LIBROdot.com

RELATOS INGLESES
VARIOS AUTORES



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LA MUJER LOBA
Frederick Marryat

I

Antes del mediodía Philip y Krantz habían embarcado, haciéndose a la vela en la piragua.

No tuvieron dificultades en mantener el curso, pues las islas durante el día y las claras estrellas por la noche eran su brújula. Cierto que no siguieron la ruta más directa, pero si la más segura, aprovechando las aguas calmadas y más bien ganando terreno hacia el norte que hacia el oeste. En muchas ocasiones los persiguieron los praos malayos que infestaban las islas, pero hallaron seguridad en la rapidez de su breve embarcación; a decir verdad, y hablando de lo que ocurría en general, los piratas abandonaban la caza en cuanto notaban la pequeñez del velero, pues suponían obtener de él muy poco o ningún botín.

Una mañana, mientras navegaban entre las islas con menos viento del acostumbrado, Philip observó:

-Krantz, dijiste que en tu vida, o en relación con ella, hubo sucesos que corroboran el misterioso relato que te confié. ¿No me dirás a qué te referías?

-Desde luego que sí -respondió Krantz-. A menudo pensé hacerlo, pero una u otra circunstancia me lo ha impedido hasta ahora. Sin embargo, ésta es una buena oportunidad. Por tanto, prepárate a escuchar una historia extraña, quizás tan extraña como la tuya. Doy por hecho -agregó Krantz- que has oído hablar de las montañas Hartz.

-Nunca oí hablar de ellas, que recuerde -respondió Philip- pero sí leí sobre ellas en algún libro, y de las extrañas cosas allí ocurridas.

-En verdad que es una región salvaje -comentó Krantz-, y se cuentan de ella muchos casos extraños; pero por extraños que sean, tengo buenas razones para suponerlos ciertos.

Mi padre no nació en las montañas Hartz, ni fue en un principio habitante de ellas; era siervo de un noble húngaro que tenía grandes posesiones en Transilvania; ahora bien, aunque siervo, de ninguna manera era mi padre un hombre pobre o analfabeta. Por el contrario, tenía riquezas, siendo tales su inteligencia y su respetabilidad, que el amo lo había elevado al cargo de administrador. Pero quien siervo nace siervo permanece, aunque acumule riquezas: ésa era la condición de mi padre. Llevaba casado unos cinco años, y de aquel matrimonio nacieron tres hijos, mi hermano mayor César, yo mismo (Herman) y una hermana llamada Marcela. Como bien sabes, Philip, el latín sigue siendo la lengua que se habla en aquel país, lo que explica la sonoridad de nuestros nombres. Era mi madre una mujer muy bella, por desgracia más bella que virtuosa. Viola y admiróla el señor de aquellas tierras, quien envió a mi padre en alguna misión. Durante su ausencia mi madre, halagada por las atenciones y conquistada por la asiduidad del noble, cedió a los deseos de éste. Sucedió que mi padre volvió antes de lo esperado y descubrió la intriga. No había dudas del vergonzoso acto de mi madre ¡pues la sorprendió en compañía de su seductor! Llevado por la impetuosidad de sus sentimientos, mi padre esperó la oportunidad de un nuevo encuentro entre aquéllos, y asesinó a la esposa y al amante. Consciente de que, como siervo, ni siquiera la ofensa recibida iba a servirle para justificar su conducta, con toda rapidez reunió cuanto dinero pudo y, por encontrarnos entonces en lo más duro del invierno, ató sus caballos al trineo, tomó a sus hijos y partió

mediada la noche; se encontraba muy lejos cuando se supo del trágico suceso. Seguro de que lo perseguirían y de que ninguna oportunidad tendría de escapar, ni de permanecer en alguna parte de su país nativo (donde podían echarle mano las autoridades), mantuvo su huída sin descanso ninguno hasta enterrarse en los vericuetos y el aislamiento de las montañas Hartz. Desde luego, todo lo que te he dicho lo supe después. Mis recuerdos más antiguos están unidos a una cabaña tosca, pero cómoda, donde viví con mi padre y mis hermanos. Estaba en los confines de uno de esos vastos bosques que cubren la parte norte de Alemania; tenía alrededor unos cuantos acres de terreno despejado que mi padre cultivaba durante los meses de verano y que, si bien daban una cosecha magra, bastaban para nuestro mantenimiento. En el invierno pasábamos mucho del tiempo puertas adentro, pues quedábamos solos mientras mi padre iba de caza, y en esa estación los lobos merodeaban sin cesar. Mi padre había comprado la cabaña y el terreno circundante de uno de aquellos rudos montañeses, quienes se ganaban la vida en parte cazando y en parte fabricando carbón, cuyo propósito era separar el mineral obtenido de unas minas cercanas; distaba unas dos millas de todo sitio habitado. Puedo en este momento traer a mi mente aquel paisaje; los altos pinos que montaña arriba se levantaban por encima de nosotros, la amplia extensión del bosque a nuestros pies, las copas y las ramas superiores de cuyos árboles mirábamos desde nuestra cabaña, según la montaña descendía rápidamente hasta el valle distante. En verano la perspectiva era muy bella, pero en el severo invierno era difícil imaginar un escenario más desolado.

Dije que, en invierno, mi padre se ocupaba en la caza. Todos los días nos dejaba, y a menudo atrancaba la puerta, de modo que no pudiéramos abandonar la cabaña. Nadie tenía que lo ayudara o cuidara de nosotros; de hecho, nada fácil era encontrar una sirvienta que aceptara vivir en aquella soledad. Pero incluso de haber encontrado alguna, mi padre no la habría aceptado, pues lo marcaba un horror hacia tal sexo, como lo probaba claramente la diferencia de trato hacia nosotros, sus dos hijos, y hacia mi pobre hermana Marcela. Has de suponer que nos descuidaba tristemente; en verdad, mucho sufríamos, pues mi padre, temeroso de que algún daño pudiera ocurrirnos, ningún combustible nos dejaba cuando partía de la cabaña, y por tanto, estábamos obligados a enterrarnos bajo un montón de pieles de oso, y allí mantenernos tan abrigados como era posible hasta su regreso al anochecer, cuando un fuego poderoso nos deleitaba. Quizás parezca extraño que mi padre eligiera ese tipo de vida, pero lo cierto es que le resultaba imposible estar tranquilo; fuera el remordimiento por el crimen cometido, la miseria derivada de su cambio de situación o ambos combinados, nunca sentía felicidad a menos de estar activo. Pero los niños, cuando tanto se los deja a la soledad, desarrollan una capacidad de reflexión desusada a sus años. Así ocurrió con nosotros. Durante los cortos días de invierno nos sentábamos silenciosos, nostálgicos de las felices horas cuando la nieve se derrite y las hojas brotan, cuando las aves comienzan a cantar y nosotros recobrábamos la libertad.

Tal fue el peculiar tipo de vida llevado hasta que mi hermano César cumplió nueve años, siete yo y cinco mi hermana, momento en el cual ocurrieron las circunstancias que sirven de base al relato extraordinario que estoy por contarte.

Un anochecer mi padre regresó a casa más tarde de lo acostumbrado; ninguna fortuna había tenido y, siendo muy severo el tiempo y habiendo sobre la tierra muchos pies de nieve, no sólo tenía mucho frío, sino que venía de muy mal humor. Había traído leña, y nosotros tres ayudábamos con gusto a soplar sobre las ascuas para levantar un buen fuego cuando tomó a la pobre Marcela por un brazo y la apartó de un empellón; la pequeña, al caer, se golpeó la boca y sangró profusamente. Mi hermano corrió a

levantarla. Acostumbrada al mal trato, temerosa de mi padre, no se atrevió a llorar, pero sí lo miraba al rostro con suma lástima. Mi padre, tras acercar su banquillo al hogar, murmuró algo criticando a las mujeres, y se ocupó en mantener el fuego, que tanto mi hermano como yo descuidáramos al ver el trato cruel dado a nuestra hermana. Llamas alegres fueron el pronto resultado de sus esfuerzos, pero, en contra de lo acostumbrado, no rodeamos aquel fuego. Marcela, sangrando aún, se apartó a un rincón y al lado de ella nos sentamos mi hermano y yo, mientras mi padre, lúgubre y solitario, se inclinaba sobre la fogata. Media hora llevábamos en aquella posición cuando el aullido de un lobo, cercano a la ventana, llegó a nuestros oídos. Sobresaltado, mi padre tomó su escopeta; repitióse el aullido; tras examinar el cebo, salió presuroso de la cabaña, cerrando la puerta tras sí. Esperamos (con oír ansioso), pues pensábamos que si lograba matar al lobo, regresaría de mejor humor; y aunque era duro con nosotros, en especial con mi hermanita, lo amábamos, y gustábamos de verlo alegre y feliz, pues ¿a qué otra cosa podíamos aspirar? Y bien puedo comentar aquí que jamás hubo tres niños que más se quisieran; a diferencia de otros, no peleábamos ni discutíamos; y si, de casualidad, surgía algún desacuerdo entre mi hermano y yo, la pequeña Marcela corría hasta nosotros y, con besos y ruegos, sellaba entre nosotros la paz. Marcela era una chiquilla cariñosa y amable e incluso me es fácil recordar sus bellos rasgos. ¡Ay, pobre Marcela!

-¿Está muerta entonces? -preguntó Philip.

-¡Muerta! ¡Sí, lo está! Pero ¿cómo murió? Mas no debo anticiparme, Philip. Déjame seguir con mi relato.

Esperamos un tiempo, pero no llegó a nosotros disparo alguno de la escopeta y mi hermano dijo: "Nuestro padre va en persecución del lobo y no volverá por un rato. Marcela, limpiemos la sangre de tu boca, dejemos este rincón y calentémonos al fuego."

Así lo hicimos, y de esta manera esperamos hasta cerca de la media noche, preguntándonos a cada momento, según transcurría el tiempo, por qué no regresaba nuestro padre. No creíamos que estuviera en peligro, pero sí pensamos que debió haber perseguido al lobo por un largo trecho. "Me asomaré a ver si padre vuelve", dijo mi hermano César yendo a la puerta. "Cuídate", pidió Marcela, "que los lobos deben andar cerca y no podemos matarlos, hermano". César abrió la puerta con mucha cautela y sólo unas cuantas pulgadas; miró fuera. "Nada veo", dijo al cabo de un tiempo y se nos unió junto al fuego. "No hemos cenado", comenté, pues mi padre solía cocinar la carne al volver a casa, y durante sus ausencias no teníamos sino los restos del día anterior.

-Y si nuestro padre vuelve a casa tras la cacería, César -agregó Marcela-, le agradará tener algo que comer; cocinemos para él y para nosotros.

César subió al banquillo y descolgó un trozo de carne, no recuerdo si de venado o de oso; cortamos la cantidad usual y procedimos a aderezarla, tal como lo hacíamos guiados por nuestro padre. Ocupados estábamos poniéndola en la fuente ante el fuego, esperando su llegada, cuando oímos el sonido de un cuerno. Atendimos. Hubo un ruido fuera y un minuto después entró mi padre, acompañado de una joven y de un hombre alto y moreno vestido de cazador.

Quizás deba relatar aquí lo que vine a saber muchos años más tarde. Al salir mi padre de la cabaña, percibió a unos treinta metros una gran loba blanca. En cuanto el animal vio a mi padre, retrocedió lentamente, gruñendo y amenazando. Mi padre lo siguió. El animal no corría, sino que se mantenía siempre a cierta distancia. A mi padre no le gustaba disparar mientras no estuviera seguro de que la bala cumpliera su misión; así continuaron por un tiempo, la loba dejándolo en ocasiones muy atrás, para luego

detenerse y desafiarlo con gruñidos, volviendo luego a alejarse con rapidez cuando lo veía acercarse.

Ansioso de matar al animal (ya que es muy raro encontrar un lobo blanco), mi padre mantuvo la persecución por varias horas, tiempo durante el cual ascendió por la montaña continuamente.

Debes saber, Philip, que en esas montañas hay lugares extraños, a los que se supone y, como mi relato lo probará, con toda razón, habitados por influencias malignas; son lugares muy conocidos por los cazadores, que invariablemente los evitan. Pues bien, uno de esos lugares, un espacio abierto en el bosque de pinos que estaba arriba de nuestra cabaña, le había sido señalado a mi padre como peligroso en razón de lo expresado. No sé si descreía aquellas historias extravagantes o si, impulsado por la excitante persecución de la caza, las hizo de lado, pero lo cierto es que la loba blanca lo condujo hasta aquel espacio abierto, y ahí pareció disminuir su velocidad. Mi padre se acercó, quedó muy próximo a la bestia y se llevó la escopeta al hombro; estaba por disparar cuando la loba desapareció de pronto. Pensando que la nieve lo había engañado, bajó el arma para buscar al animal, pero éste no apareció. Incapaz era mi padre de comprender cómo pudo escapar la loba de aquel claro sin que él la viera. Mortificado por el fracaso sufrido en aquella caza estaba por volver sobre sus pasos cuando escuchó el distante sonido de un cuerno. El pasmo sentido ante aquel sonido, a tal hora, en tal espesura le hizo olvidar por un momento su decepción, y quedó clavado en el lugar. Al minuto se escuchó el cuerno una segunda vez, a menor distancia. Inmóvil permaneció mi padre, escuchando. Hubo un tercer toque. He olvidado el término empleado para expresarlo, pero era la señal que, bien lo sabía mi padre, indicaba que alguien se encontraba perdido en el bosque. En unos cuantos minutos vio que entraba en el claro un hombre a caballo, con una mujer en la grupa, que se dirigía a él al paso. En un principio en la mente de mi padre vinieron los extraños relatos que había escuchado acerca de los seres sobrenaturales que, según se decía, frecuentaban aquellas montañas. Pero el ver de cerca a quienes venían, lo convenció de que eran tan mortales como él. En cuanto estuvieron a su lado, el hombre que guiaba el caballo le habló. "Amigo cazador, para fortuna nuestra anda tarde por aquí. De lejos venimos cabalgando, y tememos por nuestras vidas, ya que se nos busca con afán. Estas montañas nos permitieron eludir a nuestros perseguidores, pero si no hallamos refugio y alimento, de poco nos valdrá, pues habremos de perecer de hambre y debido a las inclemencias de la noche. Mi hija, que a mis espaldas viene, está más muerta que viva. ¿No podría ayudarnos en nuestras dificultades?"

-Mi cabaña se encuentra a unas millas de distancia -respondió mi padre-. Poco tengo que ofrecer, excepto refugio del tiempo. Bienvenidos son a lo poco que poseo. ¿Puedo preguntar de dónde vienen?

-No es ya ningún secreto, amigo. Escapamos de Transilvania, donde el honor de mi hija y mi vida se encontraban por igual en peligro.

Bastó aquella información para despertar el interés en el corazón de mi padre, quien recordó su propia huida. Recordó también el perdido honor de la esposa y la tragedia con la cual iba unido. De inmediato, y lleno de cordialidad, les ofreció toda ayuda que pudiera darles.

-Entonces, amable caballero, no hay tiempo que perder -observó el jinete-. Mi hija está congelada por el frío, y no podrá resistir mucho más la severidad del tiempo.

-Síganme -contestó mi padre, conduciéndolos hacia su hogar-. Me trajo hasta aquí la persecución de una gran loba blanca -comentó luego-, que vino a la ventana misma de mi cabaña; de otra manera, no hubiera salido a esta hora de la noche.

-Esa criatura pasó a nuestro lado justo cuando salíamos del bosque -dijo la mujer con voz argentina.

-Estuve por dispararle -observó el cazador-. Ya que prestó un servicio tan bueno, me alegro de haberla dejado escapar.

Como en hora y media, tiempo durante el cual mi padre caminó con paso rápido, el grupo llegó a la cabaña y, como dije antes, entró en ella.

-Al parecer, llegamos en el momento propicio -comentó el cazador moreno al captar el olor de la carne asada; acercándose al fuego, nos observó a mis hermanos y a mí-. Tiene usted aquí unos jóvenes cocineros, Meinheer.

-Me alegra que no tengamos que esperar -contestó mi padre-. Señora, siéntese al fuego; necesita usted calor tras esa cabalgata en el frío.

-¿Y dónde puedo guarecer mi caballo, Meinheer? -preguntó el cazador.

-Yo me encargaré de él -respondió mi padre saliendo de la cabaña.

Sin embargo, es necesario describir a la mujer en detalle. Era joven, como de unos veinte años de edad. Vestía ropa de viaje, profusamente orlada de piel; llevaba en la cabeza un gorro de armiño blanco. Era de facciones muy hermosas; al menos, así me lo pareció, y así lo declaró después mi padre. Tenía un cabello blondo, sedoso, satinado y lustroso como un espejo; su boca, aunque un tanto grande cuando abierta, dejaba ver los dientes más brillantes que haya yo mirado. Algo en sus ojos, refulgentes como eran, puso miedo en nosotros. Eran tan inquietos, tan furtivos. En aquel entonces no pude explicar por qué, pero sentí que había crueldad en ellos. Y cuando nos pidió que nos acercáramos, lo hicimos con miedo y temblando. Pero era hermosa, muy hermosa. Nos habló con amabilidad a mi hermano y a mí, pasándonos la mano por la cabeza y acariciándonos. Marcela no quiso acercarse. Por el contrario, se escurrió hasta la cama, allí se ocultó y no se acordó de la cena, que media hora antes había esperado con tanta ansia.

Pronto regresó mi padre, tras poner el caballo en un cobertizo cerrado, y se llevó la comida a la mesa. Terminada la cena, mi padre pidió a la joven que ocupara la cama; él permanecería junto al fuego, en compañía del cazador. Tras cierto titubeo por parte de ella, se aceptó el arreglo; mi hermano y yo nos unimos a Marcela en la otra cama, porque hasta ese momento seguíamos durmiendo juntos.

No pudimos dormir. Tan desusado era no sólo el ver extraños, sino el que durmieran en la cabaña, que nos sentíamos perplejos. En cuanto a la pobre Marcela, se mantenía callada, pero toda la noche estuvo temblando y en ocasiones pensé que contenía el llanto. Mi padre había sacado algún licor espiritoso, que rara vez consumía, y junto con el extraño cazador estuvo frente al fuego bebiendo y hablando. Teníamos los oídos prestos a captar el menor susurro, en tal medida se encontraba alertada nuestra curiosidad.

-¿Dice usted que viene de Transilvania? -preguntó mi padre.

-Así es, Meinheer -contestó el cazador-. Era un siervo de la noble casa de... Mi amo insistía en que le satisficiera sus deseos cediéndole a mi hija; terminando todo en que le cedí unas cuantas pulgadas de mi cuchillo de caza.

-Somos compatriotas y hermanos de infortunio -comentó mi padre, tomando la mano del cazador y apretándola con emoción.

-¿Habla en serio? ¿Es usted entonces de ese país?

-Sí, y tuve también que huir para salvar la vida. Pero mi historia es muy triste.

-¿Cómo se llama usted? -inquirió el cazador

-Krantz.

-¡Cómo! ¿Krantz de...? Sé de su historia; no necesita remover dolores repitiéndola. Sea bienvenido, de lo más bienvenido, Meinheer, y, si se me permite decirlo, mi apreciado pariente. Soy Wilfred de Barnsdorf, primo de usted en segundo grado -exclamó el cazador, levantándose y abrazando a mi padre.

Llenaron sus cubiletes de cuerno hasta el borde mismo y bebieron a la salud mutua, al estilo alemán. A partir de allí conversaron en voz baja; lo único que sacamos en claro fue que nuestro pariente y su hija vivirían con nosotros en la cabaña, al menos por un tiempo. Al cabo de una hora se acomodaron en sus sillas y parecieron dormirse.

-Marcela, pequeña, ¿escuchaste? -preguntó mi hermano en voz baja.

-Sí -respondió ella en un susurro-, lo oí todo. ¡Ay, hermano, me es imposible mirar a la mujer... me asusta mucho!

Nada respondió mi hermano y al poco tiempo los tres dormíamos profundamente. Cuando despertamos, a la mañana siguiente, encontramos que la hija del cazador se había levantado ya. Me pareció más bella que nunca. Se acercó a Marcela y la acarició: la pequeña rompió en llanto, y sollozaba como si estuviera por despedazársele el corazón.

Mas, para no entretenerme con una historia demasiado larga, diré que el cazador y su hija hallaron acomodo en nuestra cabaña. Mi padre y el otro salían de caza a diario, dejando a Cristina con nosotros. Se encargaba ella de todos los quehaceres, y era muy amable con nosotros los niños; poco a poco incluso el rechazo de la pequeña Marcela desapareció. En mi padre ocurrió un enorme cambio: parecía haber dominado su aversión por el otro sexo, y se mostraba de lo más atento con Cristina. A menudo, ya en cama su padre y nosotros, sentábase al fuego junto a ella, y conversaban en voz baja. Debí haber mencionado que mi padre y Wilfred, el cazador, dormían en otra parte de la cabaña; la cama que mi padre ocupaba, situada en la misma habitación que la nuestra, había quedado para uso de Cristina. Llevaban los visitantes unas tres semanas en la cabaña cuando, una noche, ya en cama nosotros los niños, hubo una plática. Mi padre había pedido a Cristina en matrimonio, recibiendo consentimiento tanto de ella como de Wilfred. Tras esto, vino una conversación que, hasta donde me es posible recordar, fue así:

-Puede usted casarse con mi hija, Meinheer Krantz, y reciba mi bendición. Me iré entonces y buscaré habitación en algún otro sitio, no importa dónde.

-¿Y por qué no quedarse aquí, Wilfred?

-No, no, me necesitan en otro lugar. Baste con ello, no me haga más preguntas. Tiene usted a mi hija.

-Lo agradezco, y sabré apreciarla. Pero hay una dificultad.

-Sé lo que va a decirme: no hay sacerdote aquí, en esta región salvaje. Cierto. Tampoco ley alguna que permita la unión. Pese a ello, debe cumplirse cualquier ceremonia que satisfaga a este padre. ¿Consentirá en casarse con ella de acuerdo con mi deseo? De aceptar, los casaré yo directamente.

-Acepto -respondió mi padre.

-Entonces, tómela de la mano. Y ahora, Meinheer, jure.

-Juro -repitió mi padre.

-Por todos los espíritus de las montañas Hartz...

-¿Y por qué no por el cielo? -interrumpió mi padre.

-Porque no se aviene con mi estado de ánimo -replicó Wilfred-. Si prefiero este juramento, menos constrictivo tal vez que el otro, estoy seguro de que no querrá usted llevarme la contraria.

-Bien, que así sea entonces. Cúmplase su deseo. Pero ¿me hará jurar por algo en lo que no creo?

-Muchos, que por su actitud externa parecen cristianos, lo hacen -replicó Wilfred-. Pero vamos a ver, ¿quiere casarse con mi hija o la llevo conmigo?

-Proceda -contestó mi padre con impaciencia.

-Juro por todos los espíritus de las montañas Hartz, por todo el poder para el bien o para el mal, que tomo a Cristina como mi esposa legal; que la protegeré, apreciaré y amaré siempre; que nunca levantaré mi mano contra ella, para lastimarla.

Mi padre repitió las palabras de Wilfred.

-Y si no cumpliera este voto, que la venganza plena de los espíritus caiga sobre mí y sobre mis hijos; que perezcan a causa del buitre, del lobo o de otras bestias del bosque; que su carne se separe de los huesos y éstos blanqueen en la soledad. Así lo juro.

Mi padre titubeó. Mientras repetía las últimas palabras, la pequeña Marcela no pudo contenerse más y, justo cuando mi padre pronunciaba la última oración, rompió en lágrimas. Esta interrupción súbita pareció perturbar al grupo, y en especial a mi padre, quien habló con dureza a la niña; controló ésta sus sollozos ocultando el rostro bajo la ropa de la cama.

Así fue el segundo matrimonio de mi padre. A la mañana siguiente Wilfred el cazador montó a caballo y se fue.

Mi padre volvió a su cama, que estaba en la misma habitación que la nuestra. Las cosas transcurrieron de modo muy parecido a como eran antes del matrimonio, excepto que nuestra madrastra ninguna amabilidad nos mostraba. Por el contrario, durante las ausencias de mi padre solía golpearnos, en especial a la pequeña Marcela; sus ojos despedían fuego cuando miraba con vehemencia a la bella y adorable niña.

Una noche mi hermana nos despertó.

-¿Qué sucede? -dijo César.

-Salió -susurró Marcela.

-¡Que salió!

-Sí, por la puerta, en su camisón -contestó la pequeña-. La vi levantarse de la cama, mirar si papá estaba dormido y salir por la puerta.

No comprendíamos qué la había inducido a dejar la cama y, sin vestir, salir con aquel mordiente tiempo invernal, cuando la nieve yacía profunda sobre la tierra. Permanecimos despiertos. Como a la hora escuchamos cerca de la ventana el gruñido de un lobo.

-Hay un lobo -dijo César-. La hará pedazos.

-¡Oh, no! -exclamó Marcela.

Unos minutos después apareció nuestra madrastra. Estaba en camisón, como Marcela había dicho. Bajó la aldaba de la puerta de modo que no hiciera ruido; se acercó a un balde de agua y se lavó la cara y manos; después, se deslizó en la cama donde mi padre dormía.

Los tres temblábamos, sin apenas saber por qué; pero resolvimos vigilarla la noche siguiente. Y así lo hicimos. Y no sólo aquélla, sino muchas otras más; y siempre, hacia la misma hora, nuestra madrastra se levantaba de la cama y salía de la cabaña; y una vez ida, invariablemente escuchábamos el gruñir de un lobo bajo nuestra ventana; y cuando ella regresaba, siempre la veíamos lavarse antes de volver a la cama. Observamos, además, que muy rara vez se sentaba a la mesa y, de hacerlo, parecía comer con disgusto. Cuando se descolgaba la carne para prepararla, a menudo, de modo furtivo, llevaba a la boca un trozo crudo.

Mi hermano César era un chico valiente; no quería hablar con mi padre mientras no supiera más. Resolvió, pues, seguirla y descubrir lo que hacía. Marcela y yo luchamos por disuadirlo de su proyecto, pero no pudimos convencerlo y la noche siguiente se acostó vestido; en cuanto nuestra madrastra abandonó la cabaña, César se levantó de un salto y, tomando la escopeta de mi padre, la siguió.

Bien podrás imaginar el estado de ansiedad en que nos vimos Marcela y yo durante la ausencia de César. Al cabo de algunos minutos escuchamos la descarga de una escopeta. Mi padre no despertó y nosotros, acostados, temblábamos de ansiedad. Un minuto después nuestra madrastra entraba en la cabaña, el vestido ensangrentado. Puse la mano sobre la boca de Marcela, para impedir que gritara, aunque yo mismo sentía una gran alarma. Mi madrastra se acercó a la cama de mi padre, miró si estaba dormido y luego, acercándose a la chimenea, sopló sobre las brasas hasta levantar un fuego.

-¿Quién anda allí? -preguntó mi padre despertando.

-Sigue acostado, querido -respondió mi madrastra-, soy yo. No me siento muy bien, y encendí el fuego para calentar un poco de agua.

Mi padre se dio vuelta y pronto estaba dormido; pero nosotros vigilamos a nuestra madrastra. Se cambió de ropa, y lanzó al fuego las prendas que antes llevaba puestas. Vimos entonces que su pierna derecha sangraba profusamente, como si la herida fuera de escopeta. La vendó y, tras vestirse, permaneció ante el fuego hasta romper el día.

¡Pobre Marcela! Su corazón latía con rapidez mientras se acurrucaba a mi lado; a decir verdad, lo mismo ocurría con el mío. ¿Dónde estaba nuestro hermano César? ¿De dónde procedía la herida de nuestra madrastra sino de la escopeta de él? Por fin se levantó mi padre y entonces, por primera vez, hablé:

-Padre, ¿dónde está mi hermano César?

-¿Tu hermano? -exclamó-. Caramba, ¿dónde puede estar?

-¡Cielo santo! Anoche, cuando estaba tan inquieta -observó nuestra madrastra-, creí oír que alguien levantaba la aldaba de la puerta y... ¡Dios me ampare, esposo! ¿Dónde está tu escopeta?

Mi padre volvió los ojos hacia la chimenea y observó que faltaba el arma. Por un momento se le vio perplejo; después, tomando un hacha de hoja ancha, salió de la cabaña sin decir una palabra más.

No estuvo alejado de nosotros mucho tiempo; a los pocos minutos regresó, trayendo en los brazos el cuerpo destrozado de mi pobre hermano. Lo puso sobre la cama y le cubrió el rostro.

Mi madrastra se levantó y miró el cuerpo, mientras que, gimiendo y sollozando con amargura, Marcela y yo nos colocábamos a su lado.

-Vuelvan a la cama, niños -dijo con brusquedad-. Esposo -agregó-, el muchacho debió tomar tu escopeta para dispararle a un lobo, y el animal fue demasiado poderoso para él. ¡Pobre chico, pagó caro su atrevimiento!

Mi padre no respondió. Yo deseaba hablar, contarlo todo, pero Marcela, al comprender mi intención, me tomó del brazo y me miró tan implorante, que desistí de hacerlo.

Mi padre, por tanto, quedó en su error. Marcela y yo, aunque incapaces de comprenderlo, conscientes estábamos de que nuestra madrastra de alguna manera se relacionaba con la muerte de mi hermano.

Aquel día mi padre cavó una fosa; después de colocar en ella el cuerpo, puso encima piedras, de modo que los lobos no pudieran desenterrarlo. El choque producido por aquella catástrofe fue muy severo para mi infeliz padre, quien por varios días

abandonó la caza, aunque en ocasiones lanzara contra los lobos amargos anatemas y promesas de venganza.

Pero durante esta época de duelo por parte de él continuaron, con la misma regularidad de siempre, las correrías nocturnas de mi madrastra.

Por fin mi padre descolgó su escopeta y fue al bosque. Pronto volvió, dando muestras de estar muy molesto.

-¿Querrás creerme, Cristina, que los lobos, ¡maldita sea toda su raza!, lograron desenterrar el cuerpo de mi pobre muchacho, y nada queda ahora de él sino los huesos?

-¿En verdad? -preguntó mi madrastra. Marcela me miró, y vi en sus inteligentes ojos todo lo que le hubiera gustado expresar.

-Padre, todas las noches un lobo gruñe bajo nuestra ventana -dije.

-¿Hablas en serio? ¿Y por qué no me lo dijiste, muchacho? Despiértame la próxima vez que lo oigas.

Vi que mi madrastra nos daba la espalda, los ojos fulgurantes de rabia y rechinando los dientes.

Mi padre volvió a salir y con un montón mayor de piedras cubrió lo poco que de mi hermano habían dejado los lobos. Ése fue el primer acto de la tragedia.

Llegó la primavera. Desapareció la nieve y nos permitieron salir de la cabaña. Pero jamás me apartaba ni por un momento de mi hermana, con quien me sentía más amorosamente unido que nunca desde la muerte de mi hermano. A decir verdad, miedo tenía de dejarla a solas con mi madrastra, quien parecía gozar en especial maltratándola. Mi padre se ocupaba ahora en su pequeño huerto, y pude serle de cierta ayuda.

Marcela solía sentarse cerca de nosotros mientras laborábamos, quedando mi madrastra sola en la cabaña. He de comentar que, según avanzaba la primavera, mi madrastra disminuía sus salidas nocturnas, y que ya no escuchamos gruñir al lobo bajo nuestra ventana después de que se lo comentara a mi padre.

Un día en que mi padre y yo nos encontrábamos en el campo, y Marcela con nosotros, mi madrastra vino a decirnos que iba al bosque a reunir algunas hierbas que mi padre deseaba; pidió que Marcela fuera a la cabaña a cuidar de la comida. Así lo hizo mi hermana y pronto mi madrastra desapareció en el bosque, en dirección opuesta a la que se encontraba la cabaña, dejándonos a mi padre y a mí, por así decirlo, entre ella y Marcela.

Como a la hora de esto nos sobresaltaron gritos que venían de la cabaña: sin duda alguna de Marcela. "Marcela se quemó, padre", dije lanzando contra el suelo mi pala. También dejó él la suya y nos apresuramos hacia la cabaña. Antes de que llegáramos a la puerta por ella salió, como una exhalación, una gran loba blanca, que huyó con la mayor rapidez. Mi padre estaba desarmado; entró presuroso a la cabaña y allí encontró a la pobre Marcela agonizante. Tenía el cuerpo horrorosamente destrozado y la sangre que de él fluía había formado un charco enorme en el piso de la cabaña. La primera intención de mi padre había sido tomar la escopeta y salir en persecución del animal, pero aquel espectáculo horrible lo detuvo; hincándose al lado de la moribunda hija, rompió en lágrimas. Marcela no tuvo tiempo sino de mirarlo dulcemente por unos segundos, y luego la muerte le cerró los ojos.

Mi padre y yo seguíamos inclinados sobre el cuerpo de mi pobre hermana cuando entró mi madrastra. Dijo estar sumamente afectada por aquel espectáculo, pero no pareció mostrar repugnancia ante la sangre, como suele suceder con la mayoría de las mujeres.

-¡Pobre pequeña! -dijo-. Debe haber sido esa gran loba blanca que acaba de pasar a mi lado, asustándome tanto. Está muerta, Krantz.

-¡Lo sé! ¡Lo sé! -gritó mi padre con angustia.

Pensé que mi padre nunca se recuperaría de los efectos de esa segunda tragedia. Se lamentó amargamente ante el cuerpo de su querida niña, y por muchos días no quiso llevarlo a su tumba, pese a las frecuentes peticiones de mi madrastra. Al final aceptó hacerlo, y cavó una fosa cerca de la de mi pobre hermano; tomó todas las precauciones necesarias para que los lobos no pudieran violarla.

Ahora me sentía en verdad miserable, solo en aquella cama que hasta entonces había compartido con mis hermanos. Me era imposible no pensar que mi madrastra estuviera complicada en ambas muertes, aunque no lograra explicarme cómo. No la temía ya, pues mi corazón estaba lleno de odio y deseo de venganza.

La noche siguiente al entierro de mi hermana, estando despierto, percibí que mi madrastra se levantaba y salía de la cabaña. Esperé un tiempo, me vestí y miré por la puerta, que abrí a medias. La luna brillaba y pude ver el sitio donde mis hermanos habían sido enterrados. ¡Cuál no sería mi horror al descubrir a mi madrastra ocupada en quitar las piedras de la tumba de Marcela!

Vestía su camisón blanco y la luna caía plena sobre ella. Cavaba con ambas manos, lanzando tras sí las piedras con la ferocidad de una bestia salvaje. Pasaron unos instantes antes de que volviera yo a mis sentidos y decidiera qué hacer. Noté por fin que había llegado al cuerpo y lo levantaba por un lado de la tumba. No pude soportarlo más; corrí donde mi padre y lo desperté.

-¡Padre, padre -grité-, vístete y toma la escopeta!

-¡Cómo! -exclamó mi padre-. Han llegado los lobos, ¿verdad?

De un salto abandonó la cama, se puso la ropa y, a causa de la ansiedad, no pareció darse cuenta de la ausencia de su mujer. En cuanto estuvo listo abrí la puerta, y salió seguido por mí.

Imagina su horror cuando (desprevenido como estaba para tal espectáculo) vio, según avanzaba hacia la tumba, no a un lobo, sino a su esposa que, en camisón, a cuatro patas, inclinada sobre el cuerpo de mi hermana, le arrancaba grandes trozos de carne, que devoraba con toda la avidez de un lobo. Estaba demasiado ensimismada para darse cuenta de nuestra llegada. Mi padre dejó caer la escopeta. Tenía el pelo de punta, al igual que yo; respiraba afanosamente y, por un instante, incluso dejó de hacerlo. Recogí la escopeta y la puse en sus manos. De pronto pareció que una rabia reconcentrada le daba el doble de vigor y, apuntando con el arma, disparó. Con un grito potente, abatida se derrumbó aquella infame que él había cobijado en su pecho.

-¡Dios de los cielos! -exclamó mi padre, cayendo desvanecido sobre la tierra en cuanto descargó la escopeta. Tuve que permanecer por un tiempo a su lado antes de que se recuperara. Dijo entonces-: ¡Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido? ¡Ah, sí... sí, ahora lo recuerdo! ¡Dios me perdone!

Se levantó y nos acercamos a la tumba. Cuál no sería nuestro asombro y horror al encontrar que, en lugar del cadáver de mi madrastra que esperábamos, sobre los restos de mi pobre hermana yacía una gran loba blanca.

-¡La loba blanca! -exclamó mi padre- la loba blanca que me llevó al bosque... Ahora lo comprendo todo... Mi trato ha sido con los espíritus de las montañas Hartz.

Por un tiempo mi padre quedó en silencio y hundido en pensamientos profundos. Luego, con todo cuidado levantó el cuerpo de mi hermana y lo volvió a su tumba, cubriéndolo como la primera vez; había golpeado la cabeza del animal con la punta de su bota y había desvariado como un loco. Regresó a la cabaña, cerró la puerta y se tiró sobre la cama. Hice lo mismo, pues me encontraba preso de estupor y aturdimiento.

Muy temprano por la mañana nos despertó un fuerte llamar a la puerta, y dentro se precipitó Wilfred, el cazador.

-¡Mi hija, mi hija! ¿Dónde está mi hija? -gritó hecho una furia.

-Espero que donde debe estar ese ser desgraciado, ese demonio -contestó mi padre levantándose y mostrando una cólera igual a la del otro-, ¡en el infierno! Abandone esta cabaña si no quiere que le ocurra algo peor que a su hija.

-¡Ajá! -replicó el cazador-, ¿se atrevería a dañar a un espíritu potente de las montañas Hartz? Pobre mortal, que quiso casarse con una mujer loba.

-¡Fuera de aquí, demonio! ¡Te desafío y desafío tu poder!

-Todavía sentirá su fuerza. No olvide su juramento, su voto solemne: jamás levantar la mano contra ella, jamás dañarla.

-Ningún trato hice con espíritus malignos.

-Lo hizo. Y si rompió su juramento, sufrirá la venganza de los espíritus. Sus hijos morirán por el buitre, el lobo...

-¡Fuera, fuera de aquí, demonio!

-...y sus huesos blanquearán en el páramo. ¡Ja, ja!

Frenético de rabia, mi padre tomó el hacha y la levantó sobre la cabeza de Wilfred, para golpearlo.

-Así lo juró -continuó diciendo el cazador con burla.

El hacha descendió. Pero pasó a través de la forma del cazador; perdiendo el equilibrio, mi padre cayó pesadamente al suelo.

-¡Mortal -dijo el cazador librando con una zancada el cuerpo de mi padre-, sólo tenemos poder sobre quienes han cometido un crimen! Culpable eres de un doble crimen: pagarás el castigo que corresponde a tu voto de casamiento. Dos de tus hijos han desaparecido, un tercero está por seguirlos... Pues habrá de seguirlos, ya que tu juramento quedó registrado. Vete. Bondadoso sería matarte, pues tu castigo consiste ¡en quedarte vivo!

Pronunciadas estas palabras, el espíritu desapareció. Mi padre se levantó del piso, me abrazó tiernamente y luego, arrodillándose, rezó.

A la mañana siguiente abandonó la cabaña para siempre. Me llevó consigo, encaminando sus pasos a Holanda, donde llegamos sanos y salvos. Le quedaba un poco de dinero. No llevábamos muchos días en Amsterdam cuando lo atacó una fiebre cerebral y murió hundido en una fiera locura. Me llevaron a un asilo y, tiempo después, me enviaron a la mar. Ahora, ya conoces mi historia. La cuestión es ¿pagaré yo el castigo que corresponde al juramento de mi padre? Estoy plenamente convencido de que, de una u otra manera, así ocurrirá.

II

El vigésimo segundo día las tierras altas del sur de Sumatra quedaron a la vista. Como no vieron buque ninguno, decidieron mantener curso a través de los estrechos y dirigirse a Pulo Penang, donde esperaban llegar en siete u ocho días, dado que el viento favorecía a su velero. Debido a su constante exposición a la intemperie, Philip y Krantz estaban tan bronceados, que sus largas barbas y su ropa de musulmanes fácilmente los habrían hecho pasar por nativos. Habían timoneado durante todos aquellos días bajo un sol quemante, descansando y durmiendo en el frescor de la noche. No por ello había sufrido su salud. Sin embargo, por varios días, a partir de que confiara a Philip la historia de su familia, Krantz se mostró silencioso y melancólico. Había desaparecido su

acostumbrado vigor de ánimo y Philip le preguntó a menudo la causa de aquello. Al entrar en los estrechos, Philip habló de lo que deberían hacer llegando a Goa. Krantz respondió con tono grave:

-Llevo algunos días, Philip, con el presentimiento de que nunca veré esa ciudad.

-Te sientes enfermo, Krantz -respondió Philip.

-No, tengo buena salud, de cuerpo y de espíritu. He procurado librarme de ese presentimiento, pero en vano. Una voz me advierte continuamente que no estaré mucho tiempo a tu lado. Philip, ¿querrías ayudarme complaciéndome en una petición? Tengo en mi persona oro que podría serte de utilidad. Compláceme aceptándolo, guardándolo contigo.

-Vaya tontería, Krantz.

-No son tonterías, Philip. Tú mismo has tenido advertencias, ¿por qué no habría yo de tener las mías? Bien sabes que no es el miedo parte importante de mi carácter, y que no doy importancia a la muerte; pero cada hora siento más fuerte el presentimiento del que te hablo...

-Son imaginaciones de una mente perturbada, Krantz. ¿Por qué no habrías tú, joven, pleno de salud y vigor, de pasar tus días en paz y llegar a una amable vejez? Nada obliga a pensar de otra manera. Mañana te sentirás mejor.

-Tal vez -replicó Krantz-. Sin embargo, cede a mi capricho y toma el oro. Si estoy equivocado y llegamos salvos a Goa, Philip, sabes que puedes devolvérmelo -comentó con sonrisa débil-. Pero olvidas que estamos casi sin agua, y debemos buscar en la costa un riachuelo para reabastecernos.

-En ello pensaba cuando comenzaste con ese tema desagradable. Es mejor que encontremos agua antes del anochecer; en cuanto hayamos llenado las vasijas, nos haremos a la vela de nuevo.

En el momento de ocurrir esta conversación se encontraban en la parte oriental del estrecho, unas cuarenta millas al norte. El interior de la costa era rocoso y montañoso, pero poco a poco fue descendiendo hasta quedar en una tierra llana, en la que alternaban bosques y selvas que llegaban hasta la playa. La región parecía deshabitada. Manteniéndose cerca de la orilla, al cabo de dos horas descubrieron una corriente de agua dulce, que de las montañas se despeñaba en una cascada, corría a través de la selva siguiendo un curso sinuoso y pagaba su tributo a las aguas del estrecho.

Entraron por la desembocadura del río, bajaron las velas e impulsaron la piragua contra la corriente, hasta recorrer trecho suficiente para asegurarse de estar en aguas del todo dulces. Pronto llenaron las vasijas y estaban por volver a zarpar cuando, seducidos por la belleza del lugar y la frescura del agua, así como cansados de su largo confinamiento a bordo de la piragua, decidieron bañarse, lujo que difícilmente sabrán apreciar quienes no se hayan visto en una situación similar. Se quitaron la ropa de musulmanes y se zambulleron en la corriente, donde permanecieron un tiempo. Krantz fue el primero en salir. Se quejó de tener frío y se encaminó a la orilla, donde habían quedado los vestidos. Philip se acercó también a la ribera, con la intención de imitarlo.

-Pues bien, Philip -dijo Krantz-, ésta es una buena oportunidad para darte el dinero. Abriré mi faja, lo sacaré de ella y tú lo pondrás en la tuya.

Philip estaba de pie en el agua que le llegaba a la cintura.

-Bueno, Krantz -dijo-, supongo que si debe ser así, así debe ser. Pero me parece una idea tan ridícula... Sin embargo, sea como quieras.

Philip salió del riachuelo y se sentó junto a Krantz, quien se ocupaba ya de extraer los doblones de los pliegues de su faja. Por fin dijo:

-Creo, Philip, que ya los tienes todos. Me siento satisfecho.

-No concibo en qué peligro puedas verte al que no esté igualmente expuesto yo -contestó Philip-. Sin embargo...

No acababa de expresar estas palabras cuando se escuchó un rugido tremendo, una acometida parecida a un viento poderoso, un golpe que lo lanzó de espaldas, un grito agudo... y una lucha. Al recobrarse, Philip vio que, con la velocidad de una flecha, un enorme tigre se llevaba el desnudo cuerpo de Krantz a través de la selva. Observó todo con ojos desorbitados. En unos cuantos segundos el animal y Krantz habían desaparecido.

-¡Dios de los cielos, debiste ahorrarme este espectáculo! -exclamó Philip, cayendo de bruces a causa de su aflicción-. ¡Oh, Krantz, amigo, hermano, cuán cierto era tu presentimiento! ¡Dios misericordioso, ten piedad!... ¡Hágase pues, tu voluntad! -y Philip rompió en llanto.

Por más de una hora quedó clavado en aquel lugar, ajeno e indiferente a los peligros que lo rodeaban. Finalmente, un tanto recuperado, se levantó, se vistió y volvió a sentarse, los ojos fijos en la ropa de Krantz y en el oro, que seguía sobre la arena.

-Quiso darme ese oro. Presintió su destino. ¡Sí, sí, se trataba de su destino, que ahora se ha cumplido! *Y sus huesos blanquearán en el páramo.* Ese cazador fantasma y su lobuna hija han quedado vengados.

PROCESO POR ASESINATO
Charles Dickens

He notado siempre una falta de valor muy preponderante, incluso en personas de inteligencia y cultura superiores, para comentar las experiencias psicológicas propias cuando han sido de índole extraña. Casi todos los hombres temen que lo relatado en tal línea carezca de paralelo o respuesta en la vida interna del oyente, y pudiera provocar suspicacias o risas. Un viajero veraz, que hubiera visto alguna criatura extraordinaria del tipo de una serpiente marina, ningún miedo sentiría de mencionarlo; pero ese mismo viajero, tras algún presentimiento, impulso, extravagancia del pensamiento, visión (por así llamarla), sueño u otra impresión mental sobresaliente y singular, dudaría considerablemente antes de aceptar haberla tenido. Atribuyo a tal reticencia gran parte del silencio que rodea a esos temas. No es habitual que comuniquemos nuestras experiencias con esos acontecimientos subjetivos como lo hacemos con nuestras experiencias de origen objetivo. Es consecuencia de esto que el fondo general de experiencias habidas en ese campo aparezca como excepcional (y que en realidad lo sea), en el sentido de presentarse lamentablemente imperfecto.

En lo que estoy por relatar ninguna intención tengo de proponer una teoría cualquiera, oponerme a ella o darle apoyo. Conozco la historia del librero de Berlín, estudié el caso de la esposa del finado astrónomo real, según relato de sir David Brewster, y he seguido en sus menores detalles el caso mucho más notable de la ilusión espectral, ocurrido en el círculo privado de mis amigos. En lo que toca a esto último, quizás sea necesario aclarar que la víctima (una dama) en ningún grado, no importa cuán remoto, era mi pariente. Una suposición errónea al respecto pudiera sugerir una explicación para una parte de mi caso -aunque sólo para una parte-, explicación que del todo carecería de fundamento. No se le puede relacionar con alguna peculiaridad heredada, ni tampoco tuve jamás experiencia similar y jamás a partir de entonces volví a tener otra.

No viene al caso precisar hace cuántos años, sean muchos o pocos, se cometió en Inglaterra un crimen que atrajo mucho la atención. Es suficiente lo que oímos de asesinos que en sucesión alcanzan un lugar de execrable eminencia, y con gusto, de poderlo hacer, enterraría toda memoria de este ser brutal en lo específico, tal como su cuerpo se halla enterrado en la cárcel de Newgate. De propósito me abstengo de dar cualquier indicio sobre la identidad de este asesino.

Al descubrirse el crimen, ninguna sospecha cayó -o más bien debiera decir, porque conviene ser muy preciso en los hechos, que en ningún sitio se insinuó públicamente que cayera sospecha alguna- sobre el hombre que más tarde fue llevado a juicio. Como por entonces ninguna referencia acerca de él se hizo en la prensa, obviamente resulta imposible que en aquel tiempo se diera en los periódicos su descripción. Es esencial que se recuerde este hecho.

Al abrir, durante el desayuno, mi periódico matutino, donde se daba razón de aquel descubrimiento, encontré el caso muy interesante y leí todo con suma atención. Y lo leí dos veces, si no es que tres. El descubrimiento ocurrió en un dormitorio y, cuando dejé a un lado el periódico, tuve un destello, un amago, un flujo, un no sé cómo llamarlo -pues ninguna palabra que conozca es lo bastante descriptiva- en que me pareció ver que el

dormitorio pasaba a lo ancho de mi habitación, como un cuadro imposiblemente pintado sobre un río en movimiento. Aunque casi instantáneo en su aparición, fue muy claro; tan claro que con toda nitidez, y con una sensación de alivio, observé que el cadáver no estaba sobre la cama.

No fue un lugar romántico aquél en el que tuve esta sensación curiosa, sino en ciertas habitaciones de Piccadilly, casi en la esquina con la calle Saint James. Se trató de algo totalmente nuevo para mí. Estaba en mi sillón, y la sensación vino acompañada de un temblor peculiar, que desplazó al mueble de su lugar. (Aunque debe comentarse que el sillón se mueve con facilidad debido a sus ruedecillas). Me acerqué a una de las ventanas (hay dos en la habitación, que está en un segundo piso) para descansar los ojos en los objetos que por Piccadilly pasaban. Era una clara mañana de otoño, y la calle se veía brillante y alegre. Había un viento fuerte; cuando miraba hacia afuera, trajo desde el parque un cierto número de hojas secas, que una ráfaga tomó e hizo girar en una columna. Al cesar el viento y dispersarse las hojas, vi a dos hombres en la acera opuesta, que iban del oeste al este, uno detrás del otro. El de adelante miraba a menudo por encima del hombro. El segundo lo seguía, a unos treinta pasos de distancia, con la mano derecha levantada en gesto amenazador. Al principio, la singularidad y constancia de aquel gesto, en un lugar tan público, atrajeron mi atención; luego, la circunstancia incluso más sorprendente de que nadie hiciera caso. Ambos hombres se abrían paso entre los transeúntes con una facilidad que difícilmente se adecuaba al acto mismo de caminar por un pavimento. Ninguna criatura, hasta donde me era posible comprobarlo, se hacía a un lado, los tocaba o los seguía con la vista. Al pasar ante mi ventana, los dos me miraron. Distinguí sus rostros con toda nitidez, y supe que los reconocería en cualquier sitio. No que hubiera notado conscientemente algo de peculiar en ellos, excepto que el primer hombre tenía un desusado gesto de preocupación y la cara de quien lo seguía el color de la cera impura.

Soy soltero; mi ayuda de cámara y su esposa componen todo mi servicio doméstico. Trabajo en una sucursal bancaria, y ojalá que los deberes como cabeza de mi departamento fueran tan ligeros como popularmente se supone. Por culpa de ellos me hallaba en la ciudad aquel otoño, cuando tanto necesitaba un cambio. No estaba enfermo, pero tampoco me sentía bien. Mis lectores deducirán lo más que deducir puedan razonablemente de aquella sensación de saciedad, de aquel estado de depresión porque sentía llevar una vida monótona y por encontrarme "ligeramente dispéptico". Mi médico, profesionista de renombre, asegura que mi estado real de salud en aquellos momentos no justifica una descripción más severa, y cito de la respuesta enviada por escrito cuando le solicité información.

Según se fueron descubriendo las circunstancias del crimen, éste se posesionó cada vez con mayor firmeza del interés público, pero lo mantuve alejado de mi mente, enterándome de ellas lo menos posible en medio de aquella excitación universal. Supe, sin embargo, que contra el sospechoso del crimen se había dictado una acusación de asesinato premeditado, y que se lo había enviado a Newgate para procesarlo. También supe que en una sesión de la Corte Criminal Central se había pospuesto el juicio con base en la existencia de un prejuicio general y porque la defensa no había tenido tiempo de prepararse. Quizás incluso haya sabido, aunque no lo creo, la fecha cierta o aproximada en que se llevarían a cabo las sesiones dedicadas al juicio.

Mi sala de estar, mi dormitorio y mi vestidor se encuentran en el mismo piso. No puede llegarse al último sino a través del dormitorio. Cierto que en él hay una puerta, en tiempos empleada para llegar a la escalera; pero -desde hace algunos años- la cruzan

varias instalaciones relacionadas con mi cuarto de baño. Por aquel entonces, y como parte del mismo arreglo, clavaron y tapiaron la puerta.

Una noche, ya tarde, estaba en mi dormitorio dándole ciertas instrucciones a mi sirviente antes de que se retirara. Daba yo la cara a la única puerta de comunicación con el vestidor, que se encontraba cerrada. Mi sirviente estaba de espaldas a ella. Mientras hablaba con él, vi que la abrían y un hombre se asomaba y, de modo muy encarecido y misterioso, me llamaba con un ademán. Era el segundo de los dos que pasaran por Piccadilly, aquél con un rostro color de cera impura.

Terminado el ademán, la figura desapareció, cerrando la puerta. Sin mayor dilación que la necesaria para cruzar el dormitorio, abrí la puerta del vestidor y miré adentro. Llevaba en la mano una bujía encendida. En mi interior no esperaba ver aquella figura allí, y no la vi.

Consciente de que mi criado me miraba con asombro, me volví hacia él y dije...

-¿Podrías creerme, Derrick, que ahora mismo, y en mis cabales, creí ver...

Al tiempo que ponía mi mano sobre su pecho, lo sentí temblar violentamente, y me contestó:

-¡Ah, por Dios, señor, sí! ¡Un hombre muerto llamando con un gesto!

Ahora bien, no creí que John Derrick, mi fiel y adicto sirviente por más de veinte años, tuviera impresión alguna de haber visto tal figura hasta que lo toqué. Al hacerlo fue tan sorprendente el cambio en él ocurrido, que ninguna duda tengo que en ese momento mismo, y de alguna manera oculta, obtuvo de mí aquella impresión.

Le pedí que trajera brandy, le di un trago y con alegría tomé otro yo mismo. De lo ocurrido antes del fenómeno presenciado aquella noche ni una palabra le dije. Al reflexionar, quedé absolutamente convencido de que nunca antes, excepto por la ocasión en Piccadilly, había visto esa cara. Al comparar su expresión cuando me llamaba desde la puerta con la otra cuando me miró estando yo a la ventana, llegué a la conclusión de que, en la primera ocasión, había buscado quedar en mi memoria, asegurándose en la segunda de que lo recordaría de inmediato.

No pasé una noche muy tranquila, aunque tenía la certidumbre, difícil de explicar, de que la figura no volvería. Hacia el amanecer caí en un sueño profundo, del que me despertó John Derrick al ponerme en la mano una hoja de papel.

Al parecer, ese papel había sido motivo de un altercado ocurrido a la puerta entre el mensajero y mi sirviente. Era un citatorio para que me presentara, como jurado, en las próximas sesiones de la Corte Criminal Central, en Old Bailey. Jamás antes me habían citado en tal calidad, como bien lo sabía John Derrick. Creía -y sigo sin saber con cuánta razón o sin ella- que la costumbre era elegir ese tipo de jurados entre personas menos calificadas que yo en lo social, y de principio me había rehusado a aceptar el citatorio. El hombre encargado de traerlo se tomó las cosas con mucha tranquilidad. Dijo que en nada le incumbía mi asistencia o mi ausencia; allí estaba el citatorio y la decisión que yo tomara a mí me afectaría, no a él.

Por uno o dos días estuve indeciso si responder al llamado o pasarlo por alto. Ninguna conciencia tenía de que hubiera la más ligera presión, influencia o atracción en una u otra dirección. Estoy tan seguro de ello como de cualquier otra afirmación aquí hecha. Al final de cuentas decidí ir, para romper la monotonía de mi vida.

La fecha señalada era una cruda mañana de noviembre. Había en Piccadilly una densa bruma parda que, al este de Temple Bar, se volvió definitivamente negra y de lo más opresiva. Encontré los pasillos y las escaleras de la corte brillantemente alumbrados con luces de gas y la corte iluminada de igual manera. *Creo* que, hasta no verme

conducido por los funcionarios a la Old Court y verla atiborrada, no supe que se juzgaría al Asesino, aquel día. *Creo* que, hasta no entrar con dificultades considerables en ella, no supe en cuál de las dos cortes dispuestas me tocaba actuar. Pero no debe tomarse esto como una afirmación definitiva, pues en mi mente no estoy del todo satisfecho respecto a ninguno de esos puntos.

Me senté en el lugar destinado a los jurados en espera, y miré a mi alrededor hasta donde me lo permitía la densa nube de niebla y aliento condensado que allí había. Me di cuenta del negro vapor que, como una cortina lóbrega, colgaba por fuera de las grandes ventanas, y me di cuenta del apagado rumor de ruedas sobre la paja o la casca dispersada por la calle; también noté el murmullo de la gente reunida allí, murmullo en ocasiones roto por un silbido agudo o por una canción o grito más fuerte que los demás. Poco después entraron los jueces, dos de ellos, y ocuparon sus lugares. Se acalló impresionantemente el bisbiseo de la sala. Se dieron órdenes de traer al Asesino. Apareció éste. En el acto reconocí en él al primero de los dos hombres que pasaron por Piccadilly.

De haberse pronunciado entonces mi nombre, dudo que hubiera podido responder en voz audible. Pero lo mencionaron en sexto u octavo lugar, y para entonces pude decir: "¡Presente!" Ahora bien, atiendan a esto. Cuando pasé al estrado de jurados el prisionero, que había estado observándolo todo con atención, pero sin señales de preocupación, se agitó violentamente y llamó a su abogado. Su deseo de rechazarme como jurado era tan evidente, que provocó una pausa, durante la cual el defensor, con la mano en la barra, estuvo hablando en voz baja con su cliente y sacudiendo la cabeza. Más tarde supe de ese caballero que las primeras palabras de pánico dichas por el prisionero habían sido: "¡A toda costa rechace ese jurado!" Pero no se hizo así, pues el prisionero carecía de razones para pedirlo y admitió no conocer ni siquiera mi nombre hasta no oírlo pronunciar allí y verme aparecer.

Tanto por los motivos ya explicados, que deseo evitar revivir la malsana memoria de aquel Asesino, como porque de ninguna manera es indispensable a mi relato una explicación detallada de aquel largo juicio, me limitaré en gran medida a los incidentes ocurridos los diez días y noches que nosotros, los del jurado, estuvimos juntos, directamente relacionados con mi extraña y personal experiencia. Es en ésta que deseo interesar a mis lectores, no en el Asesino. Es para ella, y no para una página de *The Newgate Calendar* que solicito atención.

Se me eligió presidente del jurado. La segunda mañana del juicio, tras dos horas de haberse estado tomando declaraciones (escuché sonar el reloj de la iglesia), al pasear la vista por mis compañeros tropecé con una inexplicable dificultad al contarlos. Lo hice varias veces, siempre con el mismo tropiezo: en pocas palabras, había uno de más.

Toqué al jurado cuyo lugar estaba junto al mío y le susurré:

-Hágame el favor de contarnos.

Pareció sorprendido por la petición, pero volvió la cabeza y contó.

-¡Caramba -dijo de pronto-, somos tre... Pero no, eso es imposible. No, somos doce!

De acuerdo con mis cálculos de aquel día, siempre éramos el número correcto contados en lo individual, y sin embargo, siempre resultaba uno de más vistos en grupo. No había ninguna presencia -ninguna figura- que explicara aquello; pero tenía yo el presentimiento de la figura que con toda seguridad aparecería.

El jurado estaba alojado en la London Tavern. Todos dormíamos en una habitación grande, en camas separadas, y siempre estábamos al cuidado y bajo la vigilancia del oficial encargado de nuestra seguridad. No veo razón para ocultar el nombre verdadero

de ese funcionario, quien era una persona inteligente, sumamente cortés, servicial y (me alegré enteramente de ello) muy respetada en la ciudad. Era de presencia agradable, vista aguda, negras y envidiables patillas y una voz sonora y modulada. Se llamaba Harker.

Cuando por la noche nos metíamos en nuestras doce camas, la del señor Harker quedaba atravesada en la puerta. La noche del segundo día, no sintiendo deseos de acostarme y viendo al señor Harker sentado en su cama, me puse a su lado y le ofrecí un pellizco de rapé. En el momento mismo en que, al tomar el rapé de mi caja, su mano tocó la mía, pasó por él un temblor extraño y dijo: "¿Y quién es aquél?"

Al seguir la mirada del señor Harker a lo largo de la habitación, vi la figura que esperaba: el segundo de los dos hombres que pasaron por Piccadilly. Me levanté y avance unos pasos. Luego me detuve y me volví hacia Harker. Nada le preocupaba ya, reía y dijo de modo placentero:

-Por un momento creí que teníamos un decimotercer jurado sin cama. Pero veo que fue la luna.

Sin revelarle nada, pero invitándolo a caminar conmigo hasta el otro extremo de la habitación, observé lo que hacía la figura. Se detuvo por unos instantes a la cabecera de cada uno de mis once compañeros de jurado. Siempre iba al lado derecho de la cama, y siempre pasaba a la siguiente cruzando por los pies. Parecía, dado el movimiento de la cabeza, simplemente mirar pensativa a cada una de las figuras yacentes. Ningún caso me hizo y ninguna atención prestó a mi cama que era la más cercana a la del señor Harker. Pareció salir por donde la luna entraba, a través de una ventana elevada, como si subiera por una escalera aérea.

Al día siguiente, durante el desayuno, pareció que todos los presentes, excepto el señor Harker y yo mismo, hubieran soñado la noche anterior con el hombre asesinado.

Me sentí entonces tan convencido de que el segundo hombre que pasara por Piccadilly era el asesinado (por así decirlo), como si su testimonio directo me lo hubiera hecho comprender. Pero incluso esto último vino a suceder, y de un modo para el cual no me encontraba preparado.

En el quinto día del juicio, cuando el fiscal estaba por cerrar su presentación del caso, se trajo como prueba una miniatura del asesinado, cuya falta se notó en la habitación de éste al descubrirse el crimen y que, más tarde, apareció en un escondite donde se había visto al Asesino cavar. Identificada por el testigo sujeto a examen, pasó luego al tribunal y después al jurado, para su inspección. Cuando un funcionario en toga negra se encaminaba a mí, de la multitud surgió con ímpetu la figura del segundo hombre que había pasado por Piccadilly, tomó la miniatura de manos del funcionario y me la dio con las suyas propias, diciéndome a la vez con tono grave y hueco, antes de que pudiera yo ver la miniatura, que estaba en un medallón:

-Era más joven entonces, y mi rostro no estaba exangüe.

La figura se interpuso asimismo entre mí y el jurado a quien habría pasado la miniatura, y entre él y el jurado a quien la habría pasado, y así con todos los allí sentados, hasta que la miniatura volvió a mi posesión. Sin embargo, ninguno de ellos notó lo sucedido.

A la hora de comer, y por lo general cuando nos encontrábamos encerrados juntos bajo la custodia del señor Harker, desde el comienzo habíamos comentado mucho, como era natural, los sucesos del día. Aquella quinta jornada, cerrado el caso por parte del fiscal y teniendo ante nosotros su perspectiva en forma cabal, nuestra plática fue bastante más animada y grave. Entre nosotros estaba un sacristán -el idiota más cerrado que en el mundo haya visto suelto-, quien respondía a las pruebas más claras de comprender con

las objeciones menos pertinentes, y a quien hacían coro dos blanduzcos parásitos de parroquia. Los tres habían sido elegidos para jurados en un distrito tan asolado por la fiebre, que deberían haber estado sujetos a juicio culpados de quinientos asesinatos. Cuando estos cabezas de chorlito malévolos discutían con mayor fuerza, hacia aquello de la medianoche, y mientras algunos de nosotros nos preparábamos para meternos en cama, volví a ver al asesinado. Permanecía con aire torvo detrás de ellos, llamándome con un ademán. En cuanto me acerqué e intervine en la conversación, de inmediato se retiró. Fue aquello el comienzo de una serie de apariciones separadas, que se limitó a la gran habitación en la cual *estábamos* confinados. En cuanto un grupo de mis compañeros unían sus cabezas para hablar, allí veía la del asesinado. En cuanto, al comparar notas, parecían ir en contra suya, solemne e irresistiblemente me llamaba con un gesto.

Se recordará que hasta la presentación de la miniatura, en el quinto día del juicio, nunca había visto a la Aparición en la corte. Tres cambios ocurrieron cuando la defensa comenzó a presentar su caso. Mencionaré primero dos de ellos juntos. La figura no aparecía en la corte continuamente, y nunca se dirigió entonces a mí, sino siempre a la persona que en ese momento estuviera hablando. Por ejemplo, habían cortado de uno a otro lado el cuello del asesinado. En la intervención con que abrió la defensa se sugirió que el propio difunto se había cortado la garganta. Justo en ese instante la figura, con el cuello en aquella terrible condición descrita (y que hasta entonces había ocultado), se detuvo al lado de quien hablaba, indicando la herida con un movimiento de uno a otro lado de su gaznate, unas veces con la mano derecha y otras con la mano izquierda, sugiriendo vigorosamente al hablante la imposibilidad de hacerse tal herida con alguna de las dos manos. He aquí otro ejemplo: una mujer, llamada para testimoniar sobre el carácter del prisionero, declaró que era éste el hombre más bondadoso del mundo. En aquel instante mismo la figura se detuvo frente a ella, la miró de lleno a la cara y, con brazo extendido y dedo indicador, señaló la fisonomía malévola del prisionero.

El tercer cambio, del que ahora paso a hablar, me impresionó como el más notable y sorprendente de los tres. No elucubraré al respecto; lo describiré con precisión y no haré más. Aunque aquéllos a quienes se dirigía la Aparición no la percibían, su proximidad a esas personas provocaba invariablemente en ellas algún signo de perturbación. Me parecía que leyes a las cuales no me veía sujeto le impedían revelarse plenamente a otros y, pese a ello, que podía entrar en sus mentes invisible, muda y oscuramente. Cuando el representante principal de la defensa sugirió la hipótesis de un suicidio y la figura se puso al lado de este erudito caballero, serruchando con gesto espantoso su cortado cuello, es indudable que el abogado titubeó en su elocución, perdió por unos segundos el hilo de su ingenioso discurso, se limpió la frente con el pañuelo y se puso sumamente pálido. Cuando la mujer que testimoniara sobre el carácter del acusado quedó frente a la Aparición, no hay duda de que su vista siguió la dirección indicada por el dedo y se posó con grandes titubeos e inquietudes sobre el rostro del prisionero. Bastarán dos ejemplos más. El octavo día del juicio, tras la pausa que diariamente se nos concedía a principios de la tarde, para que tuviéramos unos minutos de descanso y refresco, volví a la corte con el resto del jurado unos minutos antes de regresar los jueces. De pie en nuestro lugar y mirando a mi alrededor, pensé que la figura no se encontraba allí, hasta que, al levantar por casualidad la vista hacia la galería, la vi inclinada hacia adelante, apoyada sobre una mujer de aspecto muy honesto, como tratando de averiguar si los jueces estaban ya en su lugar. Casi de inmediato la mujer lanzó un grito, se desmayó y fue conducida fuera. Lo mismo ocurrió con el venerable, sagaz y paciente juez que dirigía el juicio. Terminada la presentación del caso, cuando preparaba sus papeles para resumir la situación, el

asesinado, entrando por la puerta de jueces, avanzó hasta el escritorio de su señoría y miró ansiosamente, por encima del hombro, a las páginas de notas que el juez leía. En el rostro de éste ocurrió un cambio; su mano se detuvo; por él pasó aquel temblor que tan bien conocía yo; balbuceó entonces: "Perdónenme por unos momentos, caballeros; estoy un poco mareado por lo viciado del aire." Y no se recobró hasta haber bebido un vaso de agua.

A todo lo largo de la monotonía de seis de aquellos diez días interminables -los mismos jueces y otros más en la tribuna, el mismo Asesino en el banquillo de acusados, los mismos abogados a la mesa, el mismo tono en las preguntas y respuestas que subían hasta el cielo raso de la corte, el mismo arañar de la pluma del juez, los mismos ujieres entrando y saliendo, las mismas luces encendidas a la misma hora cuando no había ya luz natural, la misma cortina de niebla por fuera de las grandes ventanas cuando estaba nublado, el mismo golpeteo y goteo de la lluvia en días lluviosos, las mismas huellas de carceleros y prisioneros día tras día sobre el mismo aserrín, las mismas llaves abriendo y cerrando las mismas puertas pesadas-, a todo lo largo de aquella monotonía tediosa que me hacía sentir como si hubiera sido presidente del jurado por un vasto lapso, que Piccadilly había florecido a la par que Babilonia, el asesinado jamás perdió a mis ojos lo más mínimo de nitidez; tampoco fue nunca menos nítido que los demás. No debo omitir, como hecho ocurrido, que ni una sola vez vi a la Aparición, a la que he dado el nombre de Asesinado, mirar al Asesino. Una y otra ocasión me pregunté: "¿Por qué no lo hace?" Nunca sucedió.

Tampoco volvió a mirarme, una vez presentada la miniatura, hasta los minutos finales del juicio. Faltando siete minutos para las diez de la noche, nos retiramos a deliberar. El sacristán idiota y sus dos parásitos nos dieron tantos problemas, que dos veces regresamos a la sala para pedir que se volvieran a leer ciertas partes de las notas del juez. Ninguna duda teníamos nueve de nosotros respecto a esos párrafos; tampoco la tenía, creo yo, nadie de la sala; sin embargo, aquel triunvirato de badulaques, sin más idea que la de obstaculizarlo todo, los objetaban por esa misma razón. Por fin logramos imponernos y el jurado volvió a la corte a las doce y diez.

En aquel momento el Asesinado se encontraba al otro lado de la corte, justo frente a la tribuna del jurado. Al colocarme en mi lugar, sus ojos se posaron en mí con gran atención; parecía satisfecho y lentamente extendió por encima de su cabeza y todo el cuerpo un gran velo gris, que por primera vez llevaba en el brazo. Al anunciar yo el veredicto de "culpable" el velo se derrumbó, todo desaparecía y el lugar quedaba vacío.

El Asesino al preguntar el juez, de acuerdo con la costumbre, si tenía algo que decir antes de escuchar su sentencia de muerte, sin claridad ninguna murmuró algo que, a la mañana siguiente, los principales diarios describieron como "unas cuantas palabras divagadoras, incoherentes y audibles a medias, en las que pareció quejarse de no haber tenido un juicio imparcial, pues el presidente del jurado estaba predispuesto en su contra". Sin embargo, he aquí la sorprendente declaración que en verdad hizo: "Su Señoría, me supe un hombre condenado cuando el presidente del jurado llegó a la tribuna. Su Señoría, supe entonces que no me dejaría escapar porque, antes de que me apresaran, de alguna manera llegó hasta mi cabecera durante la noche, me despertó y puso alrededor de mi cuello una soga."

TÉ VERDE

Sheridan Le Fanu

Prólogo. Martin Hesselius, el médico alemán

Aunque dueño de una cuidadosa educación en medicina y en cirugía, jamás he practicado ninguna de ellas. No obstante, sigue interesándome profundamente el estudio de ambas. Ni el ocio ni el capricho fueron causa de que abandonara la honorable vocación en la que acababa de iniciarme. Causa fue un rasguño bastante insignificante con un bisturí de disección. Aquella pequeñez me costó la pérdida de dos dedos, que me fueron amputados sin tardanza, así como la pérdida incluso más dolorosa de la salud, pues desde aquel momento nunca he estado del todo sano, y rara vez he permanecido en el mismo lugar por más de doce meses.

En mis vagabundeos trabé conocimiento con el doctor Martin Hesselius, vagabundo como yo mismo, como yo, médico y, como yo, entusiasta de su profesión. Se diferenciaba de mí en que sus viajes eran voluntarios y era, si no hombre de fortuna, según el cálculo que de fortuna hacemos en Inglaterra, al menos sí lo que nuestros antepasados llamaban "de situación acomodada". Era ya un anciano cuando lo conocí, y me llevaba casi treinta y cinco años.

En el doctor Martin Hesselius encontré mi maestro. Sus conocimientos eran inmensos y la intuición su manera de penetrar en un caso. Se trataba del hombre justo para inspirar asombro y deleite en un joven entusiasta como yo. Mi admiración ha soportado la prueba del tiempo y sobrevivido la separación de la muerte. Estoy seguro de que tenía una base sólida.

Por casi veinte años fungí como su secretario. Dejó a mi cuidado su inmensa colección de escritos, para que los ordenara, clasificara y encuadernara. Es curioso el tratamiento que dio a algunos de esos casos. Escribe de dos maneras. Describe lo visto y escuchado como pudiera hacerlo un lego inteligente; cuando, con este estilo de narrar ha acompañado a su paciente hasta el umbral, llevándolo a la luz del día, o hasta las puertas oscuras que conducen a las cavernas de la muerte, vuelve a la narración y, a partir de su arte y con toda la fuerza y la originalidad de un genio, se dedica al trabajo de análisis, diagnóstico y ejemplificación.

De vez en cuando, algún caso me parece del tipo que pudiera entretener u horrorizar a un lector lego a causa de un interés muy distinto al peculiar que tendría para un experto. Con ligeras modificaciones, sobre todo del lenguaje y, desde luego, habiendo cambiado los nombres, copio lo siguiente. El doctor Martin Hesselius es el narrador. Encontré el texto en una voluminosa cantidad de notas sobre distintos casos, que escribió hará unos sesenta y cuatro años, durante un viaje por Inglaterra.

Lo relata en una serie de cartas a su amigo el profesor Van Loo, de Leyden. El profesor no era médico, sino químico; se trataba de un hombre leído en historia, metafísica y medicina y que, en su momento, había escrito una obra de teatro.

Por consiguiente, la narración es un tanto menos valiosa como informe médico, pues de necesidad fue escrita en un estilo más propicio a interesar a un lector sin los debidos conocimientos.

Según se desprende de un memorando a ellas agregado, estas cartas parecen haber sido devueltas al doctor Hesselius en 1819, a la muerte del profesor. Algunas están escritas en inglés, otras en francés y una gran mayoría en alemán. Aunque consciente de no ser, de ninguna manera, un traductor competente, sí soy fiel; y aunque aquí y allí omití algunos pasajes, acorté otros y disfracé nombres, nada he interpolado.

I. El doctor Hesselius relata cómo conoció al reverendo Jennings

El reverendo Jennings es alto y delgado. Es un hombre maduro, que viste con elegante, anticuada y ritualista precisión. Se muestra, como es natural, un tanto grave, pero no es en lo absoluto pretencioso. Aunque no bien parecido, posee rasgos agradables y una expresión sumamente amable, a la vez que tímida.

Lo conocí en una velada en casa de lady Mary Heyduke. La modestia y la benevolencia de su rostro son atractivas en grado sumo.

Formábamos un grupo pequeño, y él se mezclaba a la conversación con bastante agrado. Parece gozar mucho más oyendo que participando en la plática; pero lo que dice viene siempre al caso y está bien expresado. Lady Mary lo aprecia enormemente y, al parecer, lo consulta respecto a muchas cosas; piensa que es una de las personas más felices y bienaventuradas de esta tierra. Cuán poco sabe acerca de él.

El reverendo Jennings es soltero y tiene, según se dice, sesenta mil libras en bonos. Es caritativo. Se muestra ansioso de participar activamente en su sagrada profesión; sin embargo, aunque siempre se encuentra tolerablemente bien de salud en otros sitios, cuando vuelve a su vicaría de Warwickshire, para dedicarse a los deberes propios de su sagrado oficio, la salud le falla, y de una manera harto extraña. Al menos, tal dice lady Mary.

No hay duda de que la salud del señor Jennings se derrumba de un modo, en general, súbito y misterioso, en ocasiones en el momento justo de oficiar en su vieja y hermosa iglesia de Kenlis. Tal vez sea su corazón; quizás el cerebro. Ha sucedido tres o cuatro veces, acaso más, que tras haber cubierto parte del servicio se detenga de pronto y, después de un silencio, y al parecer totalmente incapaz de continuar, se dedique a una oración solitaria e inaudible, las manos y los ojos levantados, pálido como la muerte; agitado por una vergüenza y un horror extraños, desciende temblando del púlpito y entra a la sacristía, abandonando a su congregación sin explicación alguna. Ocurrió esto encontrándose ausente su teniente de cura. Cuando ahora va a Kenlis, cuida siempre de acompañarse por un ayudante que comparta sus deberes, y lo sustituya en el instante mismo en que se vea tan tristemente incapacitado.

Cuando así se ve afectado el señor Jennings, se retira de la vicaría y regresa a Londres, donde habita una casa muy pequeña, situada en una oscura calle cerca de Piccadilly, y donde siempre, afirma lady Mary, está perfectamente bien. Tengo mis opiniones al respecto. Existen grados, desde luego. Ya veremos.

El señor Jennings es un perfecto caballero. Sin embargo, algo raro nota la gente en él. Da una impresión un tanto ambigua. La gente no recuerda o, tal vez, no capta con nitidez una cosa que sin duda alguna a ello contribuye. Pero yo me di cuenta casi de inmediato. El señor Jennings tiene un modo especial de mirar de lado la alfombra, como si sus ojos siguieran los movimientos de algo que allí se encontrara. Desde luego, no siempre ocurre esto. Sólo de vez en cuando. Pero lo bastante a menudo para darle un aire

extraño, como he dicho, a su comportamiento; además, en esa mirada que va por el piso hay algo a la vez tímido y ansioso.

Un filósofo médico, como a bien tiene usted llamarme, dado a elaborar teorías con ayuda de casos que él mismo busca, casos que observa y analiza con más tiempo y autoridad y, en consecuencia, con mucha mayor minuciosidad que un practicante común y corriente, sin darse cuenta adquiere el hábito de la observación, el cual va con él a todo sitio y el cual ejerce, como dirían algunas personas, con impertinencia en todo material que presente una mínima probabilidad de recompensar la investigación.

Una promesa de ese tipo hallé en el delgado, tímido, amable y reservado caballero a quien conocí en aquella agradable reunioncilla vespertina. Desde luego, observé más de lo que asiento aquí, pero conservo para un ensayo de índole estrictamente científica todo aquello que linda con lo técnico.

Debo comentar que cuando hablo de medicina lo hago, y espero que algún día se comprenda esto de un modo general, en un sentido mucho más totalizador de lo que su manejo, generalmente material, permitiría. Opino que todo el mundo natural no es sino expresión última de ese mundo espiritual del cual, y del cual únicamente, adquiere su vida. Opino que el hombre esencial es un espíritu, que ese espíritu es una sustancia organizada, pero distinta en lo material de lo que solemos comprender por materia, como ocurre con la luz o la electricidad; que el cuerpo material es, en el sentido más literal, una cobertura y que, en consecuencia, la muerte no interrumpe la existencia del hombre vivo, sino que simplemente lo extrae de su cuerpo natural, proceso iniciado en el momento justo de eso llamado muerte y cuya culminación, cuando mucho ocurrida unos cuantos días después, es la resurrección "en el poder".

La persona que sopese las consecuencias de esas posiciones verá probablemente la influencia práctica que esto tiene en la medicina. Sin embargo, no es éste el lugar pertinente para exponer las pruebas y explorar las consecuencias de una situación demasiado marginada.

Obediente a mi hábito, observaba encubiertamente y con toda precaución al señor Jennings, quien se dio cuenta; comprendí claramente que me observaba con igual cautela. Sucedió que lady Mary se dirigió a mí empleando mi nombre, doctor Hesselius, y vi entonces que Jennings me miraba con mayor atención y que permanecía pensativo por unos minutos.

Después de esto, cuando conversaba yo con un caballero al otro extremo de la habitación, noté que me miraba más de continuo, con un interés que creí comprender. Lo vi entonces aprovechar una oportunidad de hablar con lady Mary, y tuve plena conciencia, como siempre ocurre en esos casos, de ser tema de un distante preguntar y responder.

Aquel clérigo alto terminó por acercárseme, y al poco tiempo habíamos trabado conversación. Cuando dos personas amantes de la lectura, conocedoras de libros y lugares y que han viajado desean platicar, muy extraño será que no encuentren temas para hacerlo. Nada de accidental hubo en que se me acercara y buscara conversación. Sabía alemán y había leído mis ensayos sobre medicina metafísica, que sugieren mucho más de lo que en realidad dicen.

Este hombre cortés, amable, tímido, obviamente una persona intelectual y bien leída, que se movía entre nosotros y con nosotros hablaba sin ser del todo uno de nosotros; este hombre en quien sospechaba ya una vida cuyas transacciones y alarmas estaban cuidadosamente ocultas, con una reserva impenetrable no sólo respecto al

mundo, sino a sus amigos más queridos, sopesaba cuidadosamente en su cabeza la idea de tomar una cierta decisión tocante a mí.

Penetré en sus pensamientos sin que él se diera cuenta, y tuve cuidado de nada decir que traicionara a su sensible vigilancia mis sospechas respecto a su posición, o mis deducciones acerca de sus planes relacionados conmigo.

Por un tiempo platicamos de distintos asuntos, pero finalmente me dijo:

-Me interesaron mucho algunos ensayos de usted, doctor Hesselius, dedicados a lo que usted llama medicina metafísica; los leí en alemán hará unos diez o doce años. ¿Los han traducido ya?

-No, estoy seguro de que no, pues me habría enterado. Pienso que habrían solicitado mi permiso.

-Hace unos meses pedí a mis libreros que me consiguieran el libro en la edición alemana original, pero me dicen que está agotado.

-Así es, y hace varios años ya. Pero, como autor, me halaga que no haya olvidado usted mi librito, aunque -agregué riendo- diez o doce años son un lapso considerable para habérselas pasado sin él. Imagino que le ha estado dando vueltas al tema en la cabeza, o que a últimas fechas algo sucedió que le ha reavivado el interés en él.

Al escuchar este comentario, que iba acompañado de una mirada indagadora, una turbación súbita perturbó al señor Jennings, análoga a las que hacen ruborizar y parecer tonta a una jovencita. Bajó la vista, entrelazó inquieto las manos y por un momento se le vio extraño y, se diría, culpable.

Ayudé a que saliera de aquella situación incómoda del mejor modo posible; pretendiendo que nada había notado y agregando de inmediato:

-Me sucede con frecuencia sentir un interés renovado por ciertos temas. Un libro me hace pensar en otro y a menudo, tras un intervalo de veinte años, me lanza a una búsqueda quimérica. Pero si aún se interesa en tener un ejemplar, feliz me hará el proporcionárselo. Todavía conservo dos o tres; si me permite dedicarle uno, me sentiré muy honrado.

-En verdad que es usted muy amable -dijo, tranquilo ya. Y a poco-: Casi lo daba por imposible; no sé cómo agradecérselo.

-Por favor, ni una palabra más. En realidad, tan poco valor tiene la obra, que vergüenza me da el ofrecimiento. Si vuelve a agradecérmelo, echaré el ejemplar al fuego, llevado por un impulso de modestia.

El señor Jennings rio. Preguntó luego dónde me hospedaba yo en Londres y, tras conversar un poco más conmigo acerca de temas diversos, se despidió.

II. El doctor interroga a lady Mary y ella responde

-Me agrada mucho su vicario, lady Mary -dije en cuanto él se hubo ido-. Es un hombre que ha leído, viajado y meditado; habiendo sufrido también, debe ser una compañía valiosa.

-Y lo es; más aún, es un hombre en verdad bondadoso -contestó-. Me da consejos inapreciables sobre mis escuelas, y sobre mis modestas actividades en Dawlbridge. Es tan dedicado, se preocupa tanto de servir.., no tiene usted idea... cuando piensa que puede ser útil. Es de muy buen corazón y muy sensato.

-Qué agradable oír tan buena opinión de sus virtudes sociales. Puedo testimoniar que es un contertulio agradable y gentil. A las cosas que de él me ha dicho creo poder agregar dos o tres más -dije.

-¿De veras?

-Sí. Para comenzar, es soltero.

-Sí, así es. Continúe.

-Ha estado escribiendo.., mejor dicho, escribió, pero hará dos o tres años que suspendió su obra. Se trata de un libro sobre algún tema bastante abstracto... quizás teología.

-Bueno, estuvo escribiendo un libro, como dice usted. No estoy muy segura de qué trataba, pero sí de algo que no me interesaba lo más mínimo. Probablemente tenga usted razón y, desde luego, dejó de hacerlo... sí.

-Y aunque aquí, esta noche, sólo bebió un poco de café, gusta del té de un modo extravagante, o al menos gustaba de él.

-Sí, eso es muy cierto.

-Bebía té verde, y mucho, ¿no es así? -agregué.

-¡Vaya, esto sí que es extraño! El té verde era un tema cuya discusión casi nos hacía pelear.

-Pero ha renunciado a él del todo -dije.

-Así es.

-Y ahora, una cosa más. ¿Conoció usted a la madre o al padre?

-A los dos. El padre murió hace diez años. Vivían cerca de Dawlbridge y los conocimos muy bien -respondió.

-Pues bien, la madre o el padre (aunque me inclino a pensar que fue éste) vio un fantasma -dije.

-¡Vaya, en verdad que es usted un brujo, doctor Hesselius!

-Brujo o no ¿estuve en lo cierto? -respondí con alegría.

-Desde luego que sí; y fue el padre. Era un hombre silencioso y caprichoso, que solía aburrir a mi padre contándole sus sueños; finalmente, le relató una historia acerca de un fantasma al que había visto y con el que había hablado. Era una historia muy extraña. La recuerdo en especial porque sentía mucho miedo de él. Fue una historia que ocurrió mucho antes de su muerte, siendo yo pequeñita. Era muy silencioso y taciturno en el modo de conducirse; solía venir de visita algunas veces, hacia el oscurecer, cuando me encontraba sola en la sala; a menudo me imaginaba que lo rodeaban fantasmas.

Sonreí asintiendo.

-Y ahora, ya establecida mi calidad de brujo, pienso que debo despedirme -dije.

-Pero ¿cómo descubrió todo esto?

-Con ayuda de los planetas, desde luego, tal como lo hacen los gitanos -respondí; y tras ello, me despedí jovialmente.

A la mañana siguiente envié al señor Jennings el librito por el que había estado preguntando, acompañado de una nota. Aquella noche, al regresar tarde a mi alojamiento, me enteré de que había venido a visitarme, y había dejado su tarjeta. Preguntó si estaba yo en casa y la hora a la que sería más fácil encontrarme.

¿Intentará reabrir su caso y consultarme "profesionalmente" como suele decirse? Así lo espero. Concebí ya una teoría acerca de él. Le dan apoyo las respuestas de lady Mary a las preguntas que le hice antes de partir. Me gustaría mucho verla comprobada por lo que él me diga. Mas ¿qué puedo hacer con insistencia para invitarlo a una confesión sin olvidar mis buenos modales? Nada. Pienso, no obstante, que se propone hacer una. En todo caso, mi querido Van L., no le dificultaré el acceso, y pienso pagarle la visita mañana. El solicitarle que me reciba será un gesto de cortesía para agradecerle su

urbanidad. Tal vez algo salga de todo esto. Pronto sabrás, mi querido Van L., si fue mucho, poco o nada lo obtenido.

III. El doctor Hesselius extrae algo de unos libros en latín

Bien, me presenté en la calle Blank.

Al interrogar al sirviente que abrió la puerta, me dijo que el señor Jennings estaba sumamente ocupado con un caballero, un clérigo de Kenlis, su parroquia en la provincia. Con la intención de conservar el privilegio de devolver la visita, simplemente comenté que probaría suerte en otra ocasión; me había vuelto para retirarme cuando el sirviente, disculpándose, me preguntó, con una mirada un tanto más atenta de la que suelen permitirse las personas bien educadas de su profesión, si no era yo el doctor Hesselius. Al enterarse de que así ocurría, dijo:

-En tal caso, señor, tal vez quiera permitirme que se lo mencione al señor Jennings. Estoy seguro de que desea verlo.

El sirviente regresó al momento con un recado del señor Jennings, solicitándome que pasara a su estudio, que en realidad era su sala interior, donde se reuniría conmigo en unos cuantos minutos.

En verdad que aquél era un estudio, casi una biblioteca. Se trataba de una habitación de cielo raso elevado, con dos ventanas altas y estrechas, de cortinas oscuras y suntuosas. Era mucho más amplia de lo que había supuesto, con todas las paredes cubiertas de libros, desde el piso hasta el techo. La alfombra superior -pues al caminar sentí que había dos o tres de ellas- era turca. Ningún ruido hacían mis pasos. A causa de los sobresalientes libreros las ventanas, sumamente estrechas, quedaban como en nichos. Aunque se trataba de una habitación sumamente cómoda, e incluso lujosa, el efecto que causaba era decididamente sombrío, a lo que ayudaba un silencio casi opresivo. Sin embargo, tal vez debiera atribuir algo de esto a mis asociaciones. En mi mente el señor Jennings estaba unido a ideas peculiares. Entré a esta habitación de silencio perfecto, de una casa muy silenciosa, lleno de presentimientos singulares. Ayudaban a crear aquel sentimiento sombrío la oscuridad y el solemne tapizado de los libros que, excepto por dos estrechos espejos colgados de la pared, estaban por todos sitios.

Mientras aguardaba la llegada del señor Jennings me entretuve mirando algunos de los libros con que estaban cargados los estantes. No entre éstos sino justo debajo de ellos, sobre el piso y con el lomo hacia arriba, encontré una colección completa de *Arcana Coelestia*, de Swedenborg, en su idioma original, el latín. Se trataba de una hermosa colección, encuadernada en el elegante uniforme del que gusta la teología: es decir, pergamino puro, letras doradas y filos carmesíes. Había señaladores de papel en varios de los volúmenes; los levanté y puse sobre la mesa uno tras otro, y los abrí donde estaban esos papeles; leí de esta manera, en la solemne fraseología latina, una serie de oraciones subrayadas al margen con lápiz. Copio aquí unas cuantas de ellas, traducidas al inglés.

"Cuando se abre la vista interior del hombre, es decir, la de su espíritu, aparecen las cosas pertenecientes a la otra vida, imposibles de hacer visibles a la vista corporal..."

"Gracias a esa visión interna me ha sido concedido ver cosas que son de la otra vida, con mayor claridad de la que veo aquéllas de este mundo. Con base en esas consideraciones, es evidente que la visión externa viene de la interna, ésta de otra aún más interior, etcétera..."

"En cada hombre hay por lo menos dos espíritus malignos..."

"Con los espíritus malévolos se da un habla fluida, pero dura y ríspida. También existe en ellos un habla que no es fluida, percibiéndose el disentir de los pensamientos como algo que secretamente se arrastra con ella."

"Los espíritus malignos asociados con el hombre son, en verdad, de los infiernos; pero cuando están con el hombre no están ya en el infierno, pues se los saca de allí. El lugar donde entonces se encuentran yace a medio camino entre el cielo y el infierno, y recibe el nombre de mundo de los espíritus; cuando los espíritus malignos compañeros del hombre se encuentran en ese mundo, no sufren un tormento infernal, pues viven en todo afecto y todo pensamiento del hombre y, por tanto, en todo aquello que el hombre goza. Cuando se los remite al infierno, regresan a su estado anterior..."

"Si los espíritus malignos percibieran que están asociados con el hombre y, pese a ello, separados de él; si pudieran infiltrarse en las partes de su cuerpo, por mil medios intentarían destruirlo, pues odian al hombre con odio mortal..."

"Al saber, por tanto, que era yo un hombre por mi cuerpo, continuamente lucharon por destruirme; y no sólo en lo tocante al cuerpo, sino en especial al alma, pues destruir a cualquier hombre de espíritu es el deleite mayor en la vida de todo el que se encuentra en el infierno. Mas el Señor me ha protegido continuamente. Se deduce de aquí cuán peligroso es para el hombre vivir en la compañía de espíritus, a menos que se proteja con la bondad de la fe..."

"Nada se oculta con mayor cuidado del conocimiento de los espíritus asociados que el que así se encuentren unidos al hombre, pues de saberlo, le hablarían con la intención de destruirlo..."

"Es deleite del infierno hacer mal al hombre y apresurar su ruina eterna."

Una nota extensa, escrita al pie de la página con lápiz muy afilado y fino en la nítida letra del señor Jennings atrajo mi vista. Esperando un comentario al texto, leí una o dos palabras y me detuve, pues se trataba de algo muy diferente, que comenzaba de esta manera: *Deus misereatur mei,* "Dios se apiade de mí". Comprendiendo la naturaleza privada de aquello, desvié los ojos y cerré el libro; puse todos los volúmenes en su lugar, excepto uno que me interesó y que, como suele ocurrir con los hombres estudiosos y de hábitos solitarios, me absorbió al grado de aislarme del mundo externo y hacerme olvidar dónde me encontraba.

Leía algunas páginas dedicadas a los "representantes" y "correspondientes", según el idioma técnico de Swedenborg, y había llegado a un párrafo cuya sustancia era que los espíritus malignos, cuando vistos por otros ojos que no sean los de sus asociados infernales, se presentan, por "correspondencia", en un aspecto horrible y atroz, en la forma de la bestia *(fera)* que representa su concupiscencia y vida particulares. Se trata de un largo pasaje, que detalla varias de esas formas bestiales.

IV. Cuatro ojos leían el pasaje

Con el extremo de mi lapicera marcaba la línea que iba leyendo, cuando algo me hizo levantar la vista.

Justo frente a mí se encontraba uno de los espejos que he mencionado, en él vi reflejada la alta figura de mi amigo, el señor Jennings, quien se inclinaba por encima de mi hombro y leía la página que me ocupaba, con un rostro tan siniestro y distorsionado que difícil me habría sido reconocerlo.

Me volví, levantándome. Estaba erecto y, con un esfuerzo, rio brevemente, diciéndome:

-Al entrar le pregunté cómo estaba, pero sin lograr distraerlo de su libro. Me fue imposible refrenar la curiosidad y, temo que con mucha impertinencia, fisgué por encima de su hombro. No es la primera vez que lee usted esas páginas. Sin duda que hace mucho tiempo estudió a Swedenborg.

-¡Ah, sí! Mucho le debo a Swedenborg. Descubrirá algunas huellas de él en el librito de medicina metafísica que tuvo a bien recordar.

Aunque mi amigo simulaba ligereza en sus modales, tenía un ligero sonrojo en el rostro y percibí que, interiormente, se encontraba muy perturbado.

-No me siento aún calificado, pues sé muy poco de Swedenborg. Hace apenas una quincena que recibí los libros -respondió-, y pienso que muy probablemente pondrán nervioso a un hombre solitario; es decir, a juzgar por lo poco que he leído: no afirmo que me hayan puesto así -rio-, y le estoy muy agradecido por el libro. Espero que haya recibido mi nota.

Cumplí con todas las confirmaciones pertinentes, así como con negaciones de modestia.

-Jamás leí libro con el que coincidiera tan por completo como el suyo -continuó-. De inmediato comprendí que hay en él más de lo que llega a decirse. ¿Conoce usted al doctor Harley? -preguntó un tanto abruptamente.

De pasada, el revisor del texto comenta que el médico aquí mencionado era uno de los más eminentes que haya practicado en Inglaterra.

Lo conocía, pues me había escrito, mostró conmigo una gran cortesía y me ayudó considerablemente durante mi visita a Inglaterra.

-Pienso que ese hombre es uno de los tontos más grandes que haya conocido en mi vida -dijo el señor Jennings.

Era aquella la primera vez que le escuchaba un comentario agrio sobre alguien, y me sorprendió un tanto ver aplicado ese término a un nombre de mucha fama.

-¿En serio?, ¿y en qué sentido? -pregunté.

-En el profesional -respondió.

Sonreí.

-Quiero decir -agregó- que me parece medio ciego... es decir, la mitad de todo lo que mira es oscuro... preternaturalmente brillante y vívido el resto; y lo peor es que parece voluntario. No lo entiendo... es decir, no quiere... He tenido alguna experiencia con él como médico, pero en ese sentido no me parece mejor que una mente paralítica, un intelecto medio muerto. Ya le contaré... sé que en algún momento le contaré... todo esto -dijo un tanto agitado-. Usted va a estar algunos meses más en Inglaterra. Si durante su estancia, saliera yo de la ciudad por un tiempo ¿me permitiría que lo molestara enviándole una carta?

-Me placerá mucho -le aseguré.

-Es usted muy amable. Me siento tan descontento con Harley.

-Se inclina un poco por la escuela materialista -dije.

-Es simplemente un materialista -me corrigió-. No se imagina a qué grado preocupa ese tipo de cosas a quien está mejor enterado. No dirá usted a nadie (a ninguno de mis amigos que lo saben) que estoy melancólico. Por ejemplo, ahora nadie sospecha, ni siquiera lady Mary, que he visto al doctor Harley o a otro médico. Así pues, le ruego que no lo mencione. Y si hubiera la amenaza de un ataque, permítame escribirle o, si me encuentro en la ciudad, platicar con usted un rato.

Me hundía yo en conjeturas y descubrí que inconscientemente había clavado en él mis preocupados ojos, pues bajó los suyos por un momento y dijo:

-Veo que, en su opinión, debiera contárselo ahora, antes de que se forme una conjetura. Pero será mejor que renuncie a ello. Aunque se pasara el resto de la vida tratando de adivinar, nunca lo conseguiría.

Sonriendo, sacudió la cabeza. Y por aquel rostro soleado pasó de pronto una nube negra; aspiró aire por los apretados dientes, como suelen hacerlo quienes sufren un dolor.

-Siento mucho, desde luego, saber que tiene usted necesidad de nosotros, los médicos. No dude en llamarme cuando y como guste; innecesario es asegurarle que mantendré secreto lo que me ha confiado.

Habló entonces de otras cosas muy distintas, y con un humor comparativamente más alegre; al cabo de un tiempo me despedí.

V. De Richmond llaman al doctor Hesselius

Nos separamos joviales, pero ni él lo estaba ni yo tampoco. Hay ciertas expresiones de ese poderoso órgano del espíritu -el rostro humano- que, aunque las he visto a menudo y poseo los nervios de un doctor, me perturban profundamente. Me obsesionaba una mirada del señor Jennings. Había apresado mi imaginación con un poder tan funesto, que cambié mis planes para aquella noche y fui a la ópera, sintiendo que deseaba cambiar de pensamiento.

Nada oí de él o acerca de él por dos o tres días, cuando me llegó una nota escrita de su puño y letra. Estaba en un tono alegre y llena de optimismo. Me decía que por algún tiempo se había sentido mucho mejor -de hecho, del todo bien- e iba a realizar un experimento: ir por un mes o algo así a su parroquia, y ver si un poco de trabajo pudiera terminar de reponerlo. Había en ella una ferviente expresión de gratitud religiosa por aquel restablecimiento, como casi confiaba ahora que podía llamárselo.

Uno o dos días después vi a lady Mary, quien repitió lo que la nota de él había anunciado; me dijo que Jennings se encontraba en Warwickshire, y que había vuelto a sus deberes religiosos en Kenlis. Agregó:

-Comienzo a creer que en verdad se encuentra ya bien, y que en realidad nunca ocurrió nada sino nervios y fantasías. Todos somos nerviosos, e imagino que nada como un poco de trabajo duro para ese tipo de debilidad, y él se decidió a probarlo. Ninguna sorpresa sería para mí que no regresara por un año.

A pesar de aquella confianza, dos días más tarde recibí esta nota, enviada desde la casa que Jennings tenía en Piccadilly:

> Estimado señor: Vuelvo decepcionado. De llegar a sentirme apto para recibirlo, le escribiré solicitándole que tenga la bondad de visitarme. Por el momento me siento muy decaído y, a decir verdad, simplemente incapaz de expresar todo lo que expresar quiero. Por favor, no hable de mí a los amigos. A nadie puedo recibir. Dentro de un tiempo, si así le place a Dios, oirá de mí. Me propongo ir a Shropshire, donde viven unos familiares. ¡Dios lo bendiga! Ojalá y que, a mi regreso, podamos reunimos en condiciones más felices que las presentes.

Como a la semana de esto vi a lady Mary en su casa, la última persona, comentó, que quedaba en la ciudad y a punto de volver a Brighton, pues en Londres había terminado ya la temporada. Me dijo haber recibido noticias de Shropshire, de Martha, la sobrina de Jennings. De su carta nada se sacaba, excepto que él se encontraba decaído y

nervioso. En esas palabras, tomadas tan a la ligera por la gente sana, ¡qué mundos de sufrimientos se ocultan a veces!

Habían pasado casi cinco semanas sin otras nuevas del señor Jennings. Al cabo de ese tiempo recibí de él una nota. Decía:

Estuve en el campo y cambié de aires, de escenario, de caras, de todo y en todo... excepto en mí mismo. Me he decidido, hasta donde puede hacerlo la criatura más irresoluta que haya sobre la tierra, a contarle todo acerca de mi caso. Si sus compromisos se lo permiten, venga a verme hoy, o mañana, o pasado mañana, pero, por favor, lo antes posible. No sabe usted a qué grado necesito ayuda. Tengo en Richmond, donde ahora me encuentro, una casa tranquila. Tal vez pueda usted arreglárselas para venir a comer, para el almuerzo o incluso para el té. No tendrá problemas en encontrarme. El sirviente de la calle Blank que le lleve esta nota dispondrá que haya un carruaje a la puerta de usted a cualquier hora que usted decida; no saldré de casa. Dirá que no debiera estar solo. Todo lo he intentado. Venga y compruébelo.

Llamé al sirviente y decidí partir aquella misma tarde, haciéndolo así.

Estaría mucho mejor en una pensión o en un hotel, pensé mientras pasaba entre una breve y doble hilera de olmos sombríos en dirección a una casa de ladrillos muy anticuada, oscurecida por el follaje de aquellos árboles, que la superaban en altura y casi la rodeaban. Era una elección perversa, pues resultaba difícil imaginar un lugar más triste y silencioso. Supe luego que la casa le pertenecía. Se había quedado uno o dos días en la ciudad, pero hallándola insoportable por alguna causa, vino aquí, probablemente porque, al pertenecerle y estar amueblada, el ir a esa casa le aliviaba la tarea y la demora de elegir.

El sol se había puesto ya y la luz roja reflejada del occidente iluminaba la escena con el efecto peculiar que a todos nos es familiar. El vestíbulo estaba muy oscuro; cuando pasé a la sala trasera, cuyas ventanas daban al oeste, una vez más me hallé en la misma penumbra.

Me senté, mirando aquel paisaje rico en bosques, refulgente con la luz majestuosa y melancólica que a cada momento disminuía más. Los rincones de la habitación se encontraban ya en sombras. Todo oscurecía y la lobreguez insensiblemente afinaba mi mente, de por sí preparada para lo siniestro. Esperaba a solas su llegada, que no tardó en ocurrir. Se abrió la puerta que comunicaba con la habitación delantera y entró en la sala, con pasos silenciosos y recatados, la alta figura del señor Jennings, débilmente visible en aquel anochecer rojizo.

Nos dimos la mano y, poniendo una silla cerca de la ventana, donde aún había luz suficiente para vernos las caras, se sentó a mi lado y, posando la mano sobre mi brazo, comenzó su narración con apenas unas cuantas palabras de prefacio.

VI. Modo en el que el señor Jennings conoció a su amigo

El débil resplandor del oeste, la pompa de los entonces solitarios bosques de Richmond estaban ante nosotros, y detrás y a nuestro alrededor la habitación oscura; en el rostro pétreo del suficiente -pues, aunque todavía benévolo y suave, su rostro había cambiado de expresión-, se posaba ese resplandor apagado y extraño que parece descender y producir, allí donde toca, luces, súbitas aunque débiles, que se pierden, sin

pausa casi, en la oscuridad. También el silencio era total; de fuera no llegaba ni el ruido de una rueda, ni un ladrido, ni un silbatazo; dentro, la quietud deprimente producida por la casa de un soltero inválido.

Adiviné sin dificultad la naturaleza, aunque ni siquiera de un modo vago los detalles de las revelaciones que estaba por recibir, de aquel rostro fijo en el sufrimiento, que tan peculiarmente enrojecido resaltaba, como un retrato por Schalken, sobre el fondo de la oscuridad.

-Todo comenzó -dijo- el 15 de octubre, hace tres años, once semanas y dos días. Llevo la cuenta exacta porque cada día es un tormento. Si en algún punto de mi narración dejo una laguna dígamelo.

"Hará unos cuatro años comencé una investigación, que me ha costado muchas meditaciones y lecturas. Era sobre la metafísica religiosa de los antiguos."

-Imagino -dije- que se trata de la religión real del paganismo educado y pensante, separado del culto simbólico, ¿no es así? Un campo amplio y muy interesante.

-Sí, pero dañino para la mente; quiero decir, para la mente cristiana. Todo el paganismo se encuentra sujeto por una unidad esencial y, gracias a una afinidad maligna, su religión abarca su arte y ambos sus modos de ser; el tema es de una fascinación degradante y una némesis segura. ¡Dios me perdone!

"Escribí mucho, hasta muy entrada la noche. Siempre estaba pensando sobre aquel tema, por donde caminara, en donde estuviera, en todo sitio. Me infectó por completo. Recuerde que todas las ideas materiales relacionadas con él tenían que ver, en mayor o menor medida, con la belleza, que el tema mismo era deleitosamente interesante y que yo, en aquel entonces, ningún cuidado padecía -suspiró profundamente-. Creo que quien se dedica a escribir en serio cumple su trabajo, como lo expresara un amigo mío, apoyándose en algo: té, café, tabaco. Supongo que en tales ocupaciones se da un desgaste material que es necesario compensar cada hora; o que vamos cayendo en lo abstracto y la mente, por así decirlo, abandonaría el cuerpo si a menudo no se le recordara, por medio de las sensaciones, el lazo que entre ellos existe. En todo caso, sentía la necesidad y la compensaba. El té era mi acompañante; en un principio el té negro común y corriente, hecho del modo usual, no muy fuerte. Pero bebía mucho y, poco a poco, lo fui tomando más cargado. Nunca sentí, por culpa de él, síntoma desagradable alguno. Comencé a beber un poco de té verde. El efecto me fue más placentero y además aclaró e intensificó mi capacidad mental. Terminé por beberlo con frecuencia, si bien nunca más fuerte de lo que se lo toma por placer. Escribí mucho aquí en el campo y en esta habitación, pues todo era muy tranquilo. Me acostumbré a trabajar hasta muy tarde, y volvióse un hábito el beber té, té verde, a intervalos, según adelantaba en mi labor. Tenía en el escritorio una tetera pequeña colgada sobre una lamparilla, y hacia té dos o tres veces entre las once de la noche y dos de la mañana, hora en la cual me acostaba. Solía ir al pueblo todos los días. No me comportaba como un monje y, aunque empleaba una o dos horas en la biblioteca, consultando autoridades y procurando iluminar mejor mi tema de estudio, hasta donde puedo juzgarlo no padecía ningún estado de morbidez. Me reunía con los amigos tan a menudo como antes y gozaba de su compañía; en términos generales, pienso que nunca antes había sido tan placentera mi existencia.

"Conocí a un hombre dueño de algunos libros antiguos y peculiares, ediciones alemanas en latín medieval, y mucho me alegró el que se me permitiera consultarlos. Los libros de esta amable persona estaban en la parte vieja de Londres, en un apartado rincón de ella. Había permanecido allí hasta más tarde de lo previsto y, al salir, no viendo cerca coche de punto alguno, me sentí tentado de tomar el ómnibus, que pasaba frente a esta

casa. Estaba más oscuro que aquí ahora cuando el vehículo llegó a una vieja casa, tal vez la haya notado usted, con cuatro chopos a cada lado de la puerta; allí bajó el último pasajero. Seguimos adelante bastante más rápido. Era ya el crepúsculo. En mi rincón, apoyado contra el respaldo, cerca de la puerta, reflexionaba apaciblemente.

"En el interior del ómnibus había una oscuridad casi total. Observé en el rincón opuesto al mío, al otro lado, en el extremo cercano a los caballos, dos pequeños reflejos circulares de, me pareció, luz rojiza. Estaban separados unas dos pulgadas, y eran del tamaño de esos botones de cobre pequeños que quienes navegan en yates usan en sus chaquetas. Comencé a especular sobre aquella, al parecer, nimiedad, como suelen hacer las personas distraídas. ¿De qué punto provenía esa débil pero profunda luz roja y en dónde -cuentas de cristal, botones, adornos menudos- se reflejaban? Avanzábamos con suavidad, quedando todavía casi una milla por cubrir. No había resuelto el acertijo, que en un minuto más hizo aumentar mi extrañeza, pues aquellos dos puntos luminosos, con un impulso súbito, descendieron cerca del piso, manteniendo su distancia relativa y su posición horizontal; entonces, con igual prontitud, se elevaron a la altura del asiento en el cual me encontraba, y no los vi ya.

"Mi curiosidad se había alertado en verdad, pero antes de que tuviera tiempo de pensar, volví a ver esas dos lámparas opacas una vez más cerca del piso; tras desaparecer de nuevo, surgieron en el rincón donde antes las observara.

"Así pues, manteniendo los ojos en ellas, me deslicé calladamente a lo largo de mi asiento, hacia el extremo en el que aún percibía aquellos diminutos discos rojos.

"Había poquísima luz en el ómnibus. La oscuridad era casi total. Me incliné hacia delante, para ayudarme en mi empeño de descubrir qué eran en realidad aquellos dos circulitos. Cambiaban ligeramente de posición cuando yo me movía. Comencé entonces a percibir los límites de algo negro y pronto vi, con nitidez tolerable, el contorno de un monito negro, que adelantaba su cara imitándome, acercándola a la mía. Sus ojos eran circulitos y vi ahora, borrosamente, que enseñaba los dientes al sonreírme.

"Me eché hacia atrás, no sabiendo si intentaba saltar sobre mí. Imaginé que alguno de los pasajeros había olvidado esa fea mascota; deseoso de conocer algo sobre su temperamento, pero no dispuesto a confiarle uno de mis dedos, suavemente le acerqué el paraguas. Permaneció inmóvil mientras se le acercaba y *lo atravesaba,* pues el paraguas entró y salió sin la menor resistencia.

"Me es totalmente imposible hacerle comprender el horror que sentí. Cuando comprobé que aquella cosa era, como entonces supuse, una ilusión, me vinieron dudas sobre mí mismo, junto con un terror cuya fascinación me dejó incapaz por unos momentos de apartar la mirada de los ojos del animal. Mientras lo observaba, dio un saltito hacia atrás y quedó en la esquina misma; lleno de pánico me vi de pronto a la puerta, con la cabeza fuera, respirando profundamente el aire externo y mirando fijamente las luces y los árboles que pasaban, muy contento de así encontrar apoyo en la realidad.

"Hice detener el ómnibus y descendí. Noté que el conductor me miraba con extrañeza cuando le pagaba. Me atrevo a decir que algo desusado debí mostrar en mi aspecto y en mis gestos, pues nunca antes había sentido algo tan peculiar."

VII. El viaje: primera etapa

-Cuando el ómnibus se marchó dejándome solo en la carretera, miré cuidadosamente en torno, por comprobar si el mono me había seguido. Con alivio

indescriptible, en ningún sitio lo vi. No es fácil describir el choque recibido, ni mi sensación de gratitud genuina al encontrarme, como entonces lo creí, libre del mono.

"Había descendido del coche poco antes de llegar a esta casa, unos doscientos o trescientos pasos antes. Un muro de ladrillo corre a todo lo largo del sendero para peatones, y dentro del muro hay un seto de tejos, o algún otro arbusto perenne color verde oscuro; y a su vez, junto a éste, una hilera de bellos árboles, que quizás haya notado a su llegada.

"Ese muro de ladrillo me llega más o menos al hombro. Al levantar de casualidad los ojos, vi al mono que, con su andar encorvado, a cuatro patas, caminaba o gateaba encima del muro, muy cerca de mí. Me detuve y lo miré con una sensación de odio y horror. Al detenerme, se detuvo. Sentado en el muro, con sus largas manos en las rodillas, me miraba. Apenas había luz suficiente para verlo en silueta; la oscuridad no bastaba para hacer resaltar la luz peculiar de los ojos. Aun así, alcanzaba a distinguir con suficiente certeza aquella borrosa luz roja. No mostraba los dientes, no manifestaba ninguna señal de irritación, pero parecía desalentado y murrio; no dejaba de observarme fijamente.

"Retrocedí hasta mitad de la carretera. Fue un retroceso inconsciente; allí quedé, mirándolo. No se movió.

"Con la determinación instintiva de hacer algo -cualquier cosa-, me di la vuelta y caminé vigorosamente en dirección al pueblo, mirando todo el tiempo, de reojo, los movimientos de la bestia. Avanzaba ésta con rapidez a lo largo del muro, exactamente a mi velocidad.

"Allí donde termina el muro, cerca de la curva que da a la carretera, descendió y, con uno o dos saltos tensos, se puso al lado de mis pies, acelerando la marcha según aceleraba yo la mía. Estaba a la izquierda, tan próximo a mi pierna que sentía a cada momento el peligro de arrollarlo.

"La carretera estaba desierta y silenciosa, y cada instante más oscura. Me detuve, acongojado y perplejo; al detenerme, di vuelta; es decir, quedé en dirección a esta casa, de la cual me había estado alejando. Viéndome inmóvil, el mono se apartó a una distancia de, calculo, unas cinco o seis yardas y allí permaneció quieto, observándome.

"Estaba yo más agitado de lo que he dicho. Había leído, desde luego, como todo mundo, algo acerca de las 'ilusiones espectrales', según ustedes, los médicos, llaman al fenómeno en tales casos. Medité sobre mi situación y miré al rostro de mi infortunio.

"Esas afecciones, según leyera, son a veces transitorias y en ocasiones perdurables. He leído de casos en que la aparición, al principio inocua, poco a poco degenera en algo horrible e insoportable, para terminar agotando a la víctima. Según permanecía de pie allí, totalmente solo excepto por mi bestial acompañante, traté de consolarme repitiéndome una y otra vez: 'esta cosa es una mera enfermedad, una afección física muy conocida, tan identificada como la viruela o la neuralgia. Los doctores están de acuerdo en esto, la filosofía lo demuestra. No debo comportarme como un tonto. He trabajado hasta muy tarde y, he de decirlo, mi digestión va muy mal; con la ayuda de Dios, pronto estaré bien; no es éste sino un síntoma de dispepsia nerviosa'. ¿Creía en aquello? Ni en una palabra, no más que cualquier otro ser miserable que haya sido apresado y oprimido por tal cautiverio satánico. En contra de todas mis convicciones, pudiera decir que incluso de mis conocimientos, simplemente estaba espoleándome una valentía falsa.

"Caminé entonces hacia casa. Quedaban por cubrir unos cientos de yardas. Me había forzado a aceptar una especie de resignación aunque no superaba aún el choque repugnante o la agitación causada por la primera certidumbre de mi infortunio.

"Decidí pasar la noche en casa. El animal se movía muy cerca de mí, creí percibir en él esa especie de acercamiento ansioso al hogar, que se observa, a veces, en los caballos o en los perros cansados cuando se acercan a su refugio.

"Dudaba en ir al pueblo, pues temía que pudieran verme y reconocerme. Consciente estaba de una agitación incontrolable en mis gestos. Además, temía un cambio violento en mis hábitos, como ir a un centro de diversiones o alejarme de casa caminando, para fatigarme. En la puerta de entrada esperó hasta que subí los escalones; una vez abierta, entró conmigo.

"Aquella noche no bebí té. Dispuse unos puros, brandy y agua. Me vino la idea de influir sobre mi sistema físico: vivir por un tiempo separando sensaciones y pensamiento; colocarme a la fuerza, por así decirlo, en un surco nuevo. Vine aquí, a esta sala. Justo aquí me senté. El mono, entonces, trepó a una mesita que estaba allí. Se le veía aturdido y lánguido. Una inquietud irreprimible respecto a los movimientos del animal me hacía mantener los ojos en él. Los suyos estaban casi cerrados, pero podía verlos brillar. Me miraba sin cesar. En todas las situaciones, en todo momento, está despierto y mirándome. Eso jamás cambia.

"No seguiré contando en detalle lo sucedido aquella noche en lo particular. Más bien describiré los fenómenos ocurridos el primer año, que en esencia, nunca variaron. Describiré la apariencia del mono a la luz del día. En la oscuridad, como pronto le explicaré, hay peculiaridades. Es un mono pequeño, todo él negro. Lo distingue un rasgo: un aire de malignidad, de malignidad insondable. El primer año se mostró adusto y enfermo. Pero bajo ese desfallecimiento hosco se encontraba siempre esa actitud de malicia y vigilancia intensas. Durante todo aquel tiempo actuó como si su plan fuera molestarme lo menos posible que el vigilarme le permitiera. Nunca separó los ojos de mí. Nunca está alejado de mi vista, excepto cuando duermo; en la luz o en la oscuridad, de día o de noche, siempre aquí desde que llegó, excepto cuando, inexplicablemente, desaparece por algunas semanas.

"En la oscuridad total es tan visible como a la luz del día. No quiero decir sólo sus ojos, sino todo él, *todo* él es nítidamente visible en un halo parecido al resplandor de unas ascuas rojas, que lo acompaña en todos sus movimientos.

"Cuando me abandona por un tiempo, lo hace siempre de noche, en la oscuridad y de la misma manera. Comienza por mostrarse inquieto, furioso luego y, entonces, se me acerca, haciendo muecas y temblando, con los puños apretados y, al mismo tiempo, en el hogar aparece un fuego. Nunca tengo ninguno, pues no puedo dormir en una habitación donde lo haya. El animal se acerca más y más a la chimenea, trémulo, al parecer, por la rabia; y cuando su furia llega al grado máximo, salta dentro del hogar, sube por el tiro y dejo de verlo.

"Cuando esto sucedió por primera vez, me creí liberado. Era un hombre nuevo. Pasó un día, una noche, y no regresaba; una bienaventurada semana, y otra, y otra más. Estaba siempre de rodillas, doctor Hesselius, siempre de rodillas dando gracias a Dios y rezando. Tuve un mes completo de libertad y entonces, de pronto, estaba conmigo de nuevo.

VIII. La segunda etapa

-Estaba conmigo y la malicia ayer aletargada bajo un exterior adusto era hoy activa. Fuera de ello, ningún otro cambio había. Esa energía nueva era obvia en la actividad y el aspecto del animal, y pronto se manifestó de otras maneras.

"Por un tiempo, compréndalo usted, sólo se vio el cambio en una vivacidad acrecentada; en un aire de amenaza, como si todo el tiempo estuviera meditando algún plan atroz. Al igual que en el pasado, sus ojos jamás me abandonaban."

-¿Está aquí ahora? -pregunté.

-No -contestó-, se ausentó hace exactamente dos semanas y un día, quince días. En ocasiones se aleja hasta casi dos meses y, en una ocasión, lo hizo por tres meses. Su ausencia excede siempre dos semanas, aunque a veces no sea más que por un día. Habiendo transcurrido quince desde la última vez que lo vi, puede regresar en cualquier momento.

-¿Regresa -pregunté- acompañado de alguna manifestación peculiar?

-No, ninguna -dijo-. Simplemente vuelve a estar conmigo. Levanto la vista de un libro o vuelvo la cabeza y lo veo, como es usual, observándome; y así permanece, como antes, por el tiempo fijado. Jamás dije tanto, tan detalladamente, a nadie.

Noté que estaba agitado, parecía un cadáver y repetidamente se llevaba el pañuelo a la frente. Sugerí que pudiera sentirse cansado, y le dije que, con placer, volvería en la mañana. Pero contestó:

-No, prefiero que lo escuche ahora, si no le molesta. He llegado bastante lejos, y preferiría hacer un último esfuerzo. Cuando hablé con el doctor Harley, no tenía tanto por contarle. Es usted un médico filósofo. Concede al espíritu el lugar debido. Si todo esto es real...

Hizo una pausa y me miró con interrogante agitación.

-Podemos comentarlo poco a poco, a fondo. Le diré todo lo que pienso -contesté, tras un silencio.

-Bien, muy bien. Si algo tiene de real, digo, está prevaleciendo poco a poco sobre mí e interiormente hundiéndome cada vez más en un infierno. Habló de nervios ópticos. ¡Pues bien, hay otros nervios para la comunicación, Dios todopoderoso me ayude! Ahora lo escuchará.

"Como le digo, su poder de acción había aumentado. Su malicia se volvió, en cierto modo, agresiva. Hará unos dos años, resueltas algunas cuestiones que estaban pendientes entre el obispo y yo, fui a mi parroquia de Warwickshire, ansioso de ocuparme en mi profesión. No estaba preparado para lo que sucedió, aunque he pensado después que algo parecido debí haberme esperado. He aquí la razón de que diga esto...

Comenzaba a hablar con mucho mayor esfuerzo y renuencia, suspirando a menudo; en ocasiones, parecía casi abrumado. Pero en aquel momento no se mostraba agitado. Era más bien la actitud de un paciente que se hunde, habiéndose dado por perdido.

-Pero primero le hablaré de Kenlis, mi parroquia. Estaba conmigo cuando salí de aquí a Dawlbridge. Fue mi compañero de viaje silencioso, y conmigo estuvo en la vicaría. Cuando me ocupé de cumplir con mis deberes, hubo otro cambio. La cosa aquella manifestó una atroz determinación de obstaculizarme. Estaba a mi lado en la iglesia, en el escritorio, en el púlpito, en el comulgatorio. Por fin llegó al siguiente extremo: mientras leía yo para la congregación, saltaba sobre el libro abierto y allí se acuclillaba, de modo que me era imposible ver la página. Sucedió esto más de una vez.

"Dejé Dawlbridge por un tiempo. Me puse en manos del doctor Harley. Hice todo lo que me ordenó. Dedicó mucha atención a mi caso. Pienso que le interesaba. Pareció tener fortuna. Casi tres meses estuve libre por completo de su vuelta. Comencé a creerme a salvo. Con su pleno asentimiento, volví a Dawlbridge.

"Viajé en silla de posta. Iba de buen espíritu. Más que eso, iba feliz y agradecido. Volvía, pensaba entonces, libre de una alucinación horrorosa, al lugar de mis deberes,

que ansiaba retomar en mis manos. Era un bello y soleado atardecer; todo parecía sereno y alegre y yo iba lleno de deleite. Recuerdo haber mirado hacia afuera, a través de la ventana, porque entre los árboles, en el lugar donde por primera vez se la ve, descubrí la aguja de mi iglesia de Kenlis. Sucede esto justo allí donde el arroyuelo que rodea la parroquia pasa bajo el camino por una atarjea, para salir al borde del camino, junto a una piedra con una vieja inscripción. Al pasar por este punto, metí la cabeza y me senté; en un rincón de la silla estaba el mono.

"Durante un momento creí desmayar; luego, la desesperación y el horror me enloquecieron casi. Grité al conductor, salí del vehículo, me senté a la orilla del camino y rogué a Dios silenciosamente que tuviera misericordia. Sobrevino una resignación desesperada. Mi acompañante iba conmigo cuando entré a la vicaría. Volvió el mismo acoso. Al cabo de una breve lucha me sometí y pronto abandoné aquel lugar.

"Le dije -agregó- que antes de esto la bestia se había mostrado en ciertos sentidos agresiva. Me explicaré un poco más. Parecía guiarla una furia intensa y creciente en cuanto decía yo mis oraciones o, incluso, pensaba decirlas. Por fin se volvió aquello una interrupción espantosa. Se preguntará cómo podía hacer eso un fantasma silencioso e inmaterial. Así: cuando me proponía rezar, lo encontraba frente a mí, cada vez más cerca.

"Solía saltar sobre una mesa, el respaldo de una silla, el tablero de la chimenea; allí comenzaba a balancearse lentamente de un lado a otro, mirándome todo el tiempo. Hay en su movimiento un poder indefinible que disipa todo pensamiento, que ata la atención a ese ir y venir monótono, hasta que las ideas, por así decirlo, se encogen y terminan por no ser nada. Y a menos de sacudirme y eliminar esa catalepsia, siento como si estuviera a punto de perder la mente. Hay otros modos en que lo hace -y suspiró profundamente-. Por ejemplo, mientras rezo con los ojos cerrados, se acerca cada vez más y lo veo. Sé que no puede explicarse esto desde un punto de vista físico, pero en verdad lo veo, aunque tenga cerrados los párpados; hace que mi mente gire, por expresarlo de algún modo, y me domina y me siento obligado a no estar de hinojos. Si hubiera usted conocido esto, en verdad conocería la desesperación."

IX. La tercera etapa

-Veo, doctor Hesselius, que no se pierde palabra de mi confesión. No necesito pedirle que escuche con atención especial lo que voy a decirle. Hablan del nervio óptico, de ilusiones espectrales, como si el órgano de la vista fuera el único punto vulnerable a las influencias que actúan sobre mí. Sé bien lo que ocurre. En mi triste caso esa limitación prevaleció por dos años. Pero tal como se lleva suavemente la comida a los labios y de allí pasa a los dientes; tal como la punta del meñique atrapada en las ruedas de un molino arrastra consigo la mano, y el brazo y todo el cuerpo, así el mortal miserable alguna vez cogido firmemente por un extremo de la fibra más fina de sus nervios se ve apresado más y más por esa enorme maquinaria del infierno, hasta encontrarse como me encuentro. Sí doctor, como me encuentro, pues mientras le hablo e imploro alivio, siento que mi plegaria busca lo imposible y mis ruegos encuentran lo inexorable.

Me esforcé por calmar aquella agitación visiblemente en aumento, y le dije que no desesperara. Mientras hablábamos la noche nos había sorprendido. La tenue luz de la luna estaba por toda la escena que la ventana descubría, y dije:

-Tal vez prefiera que traigan unas velas. Sabe usted, esta luz me parece extraña. Quisiera que, en lo posible, estuviera usted sujeto a las condiciones usuales mientras hago mi diagnóstico, por así llamarlo. De otra manera, no me intereso.

-Me da igual qué luz haya -dijo-, excepto cuando leo o escribo. No me importaría que la noche fuera eterna. Voy a contarle lo que sucedió hará un año. La cosa comenzó a hablarme.

-¡A hablar! ¿Qué quiere decir? ¿A hablar como un hombre?

-Sí, a expresarse en palabras y en oraciones consecutivas, con articulación y coherencia perfectas, aunque existe una peculiaridad: no es con el tono de una voz humana. No me llega por medio de los oídos, sino como un canto a través de la cabeza.

"Esta facultad, este poder para hablarme, será mi ruina; No me permite rezar, pues me interrumpe con blasfemias espantosas. No me atrevo a continuar, no puedo. ¡Oh, doctor!, ¿nada pueden la capacidad, el pensamiento, las oraciones de un hombre?"

-Debe prometerme, mi querido señor, no agitarse con pensamientos innecesariamente excitantes. Limítese estrictamente a una narración de los hechos. Y recuerde, sobre todo, que incluso siendo la cosa que lo infecta, como usted parece suponer, una realidad con vida y voluntad independientes, ningún poder tiene para herirlo, a menos que de arriba se lo den. Le llega a los sentidos ante todo a causa de la condición física de usted, y esto es, gracias a Dios, su consuelo y su esperanza: todos estamos en el mismo ambiente. Sucede tan sólo que en este caso la *paries*, el velo de la carne, la pantalla, está un tanto averiada y se transmiten por ella imágenes y sonidos. Habremos de buscar un camino nuevo, señor mío; tenga valor. Dedicaré la noche a un cuidadoso estudio de todo el caso.

-Es usted muy bondadoso, señor. Piensa que vale la pena intentarlo, y no me considera del todo perdido. Pero, señor mío, usted ignora cuánta influencia ha ganado sobre mí. Me da órdenes, es un tirano y cada vez me veo más inerme. ¡Quiera Dios librarme de esto!

-Le da órdenes. Desde luego, quiere usted decir hablándole.

-Sí, sí. Todo el tiempo me incita al delito, a lastimar a otros, a herirme. Podrá usted ver, doctor, que la situación es en verdad urgente. Hace unas semanas, estando en Shropshire -el señor Jennings hablaba ahora con rapidez y temblaba, asiéndome el brazo con una mano y mirándome al rostro-, salí un día de paseo con un grupo de amigos; mi perseguidor, claro, estaba conmigo. Me retrasé respecto a los otros, pues cerca del Dee el campo es hermoso. Nuestra ruta pasaba cerca de una mina de carbón y, a orillas del bosque, hay un pozo perpendicular de, se dice, ciento cincuenta pies de profundidad. Mi sobrina había quedado atrás, conmigo; desde luego, nada sabe de la naturaleza de mis padecimientos. Sabía, sin embargo, que había estado enfermo y me encontraba débil; por tanto, permaneció conmigo para no dejarme solo. Mientras caminábamos juntos lentamente, el bruto que me acompañaba me urgía a lanzarme por el pozo. Puedo confesarle ahora, ¡ah, señor mío, piense en ello!, que la única consideración que me salvó de esa muerte horrenda fue el miedo de que presenciar aquel hecho resultara una impresión excesiva para la pobre chica. Le pedí que terminara el paseo en compañía de sus amigos, alegando que me era imposible ir más lejos. Inventó alguna excusa, y cuanto más insistía yo, más firme se mostraba. Se la veía inquieta y asustada. Supongo que algo en mi apariencia o en mi comportamiento la alarmaba; pero no quiso irse y eso, literalmente, me salvó. No tiene usted idea, señor cuán abyecto esclavo de Satanás puede ser un hombre -dijo con un gemido horrible y un sacudimiento.

Hubo una pausa y dije:

-Pero, pese a todo, *lo salvaron.* Fue un acto de Dios. Está usted en sus manos y ningún otro ser lo posee; por tanto tenga fe en el futuro.

X. En casa

Antes de dejarlo, hice que trajeran luces y me preocupé de que la habitación pareciera alegre y habitada. Le dije que debía considerar su enfermedad estrictamente como de origen físico, aunque las causas fueran *sutiles.* Le dije que tenía pruebas del amor y la preocupación de Dios en la salvación que acababa de relatarme; que con dolor percibía en él que consideraba los rasgos peculiares del caso como indicadores de que se le relegaba a la reprobación espiritual. Insistí en que nada había tan poco garantizado como aquella conclusión; y no sólo eso, sino que era del todo contraria a los hechos, como la revelaba el haberse visto misteriosamente librado de esa influencia maligna durante su excursión por Shropshire. En primer lugar, su sobrina había permanecido a su lado sin que él hubiera procurado esto; en segundo lugar, en su mente había surgido una repugnancia irresistible a ejecutar en presencia de la muchacha aquella sugerencia espantosa.

Mientras razonaba el punto con él, el señor Jennings lloraba. Parecía reconfortado. Extraje de él una promesa: que de inmediato mandaría a buscarme, de volver el mono en cualquier momento. Con esto, me despedí, repitiéndole mi afirmación de que a ninguna otra consideración dedicaría mi tiempo y mi mente mientras no hubiera investigado a fondo su caso, y que mañana le informaría de los resultados.

Antes de subir a mi vehículo, dije al sirviente que su amo estaba muy lejos de sentirse bien y que convendría asomarse a su habitación con frecuencia. En cuanto a mí, dispuse las cosas a modo de asegurarme contra toda interrupción.

Simplemente fui a mi alojamiento y, tras recoger un escritorio de viaje y una bolsa, partí en un coche de alquiler para una posada situada a unas dos millas del pueblo, llamada "Los cuernos", casa muy tranquila y cómoda, de muros gruesos. Y allí resolví, no habiendo posibilidad de intrusiones o distracciones, dedicar algunas horas de la noche, en mi cómodo gabinete, al caso del señor Jennings, así como tanto de la mañana como fuera necesario.

(Aparece aquí una nota detallada dando la opinión del doctor Hesselius sobre el caso, así como las restricciones, dieta y medicinas que prescribió. Es curiosa y algunas personas dirían que mística. Pero, en términos generales, dudo que sea de interés suficiente para un lector del tipo que probablemente tendré, como para justificarse que la reproduzca aquí. Obvio era que escribió la carta en la posada donde se ocultó en aquella ocasión. La carta siguiente está fechada en el pueblo donde se alojaba.)

Para ir a la posada donde dormí anoche, dejé el pueblo a las nueve y media; no volví a mi habitación en él sino esta tarde, a la una. Sobre la mesa encontré una carta escrita por el señor Jennings. No había venido por correo; al preguntar, me enteré que la trajo un sirviente del señor Jennings. Al informársele que no volvería yo sino al día siguiente y que nadie conocía mi paradero, pareció muy inquieto, y dijo tener órdenes de su amo de no regresar sin una respuesta.

Abrí la carta y leí:

> *Querido doctor Hesselius: Está aquí. No había pasado una hora de la partida de usted cuando volvió. Me habla. Sabe todo lo ocurrido. Lo sabe todo. Lo conoce a usted, y se muestra frenético y violento. Lanza injurias. Le envío ésta. Sabe toda palabra que he escrito, que escribo. Prometí escribir y por tanto, escribo, aunque temo que muy confuso, muy incoherente. Me interrumpen, me perturban tanto.*

De usted sinceramente,

Robert Lynder Jennings

-¿Cuándo llegó esto? -pregunté.

-El hombre volvió como a las once de anoche, y hoy se presentó tres veces más. La última, hará una hora.

Recibida esa respuesta y con las notas del caso en mi bolsillo, a los pocos minutos iba camino de Richmond, a ver al señor Jennings.

Como se ve, de ninguna manera me parecía desesperada la condición del señor Jennings. Él mismo había recordado y aplicado, aunque de modo totalmente equivocado, el principio establecido por mí en *Medicina metafísica,* que gobierna todos esos casos. Estaba yo por aplicarlo con seriedad. Me sentía profundamente interesado, así como ansioso de verlo y examinarlo mientras el "enemigo" se encontraba presente.

Llegué a la sombría casa, subí corriendo los escalones de la entrada y llamé. Al poco tiempo, abrió la puerta una mujer alta vestida de seda negra. Se la veía descompuesta, como si hubiera llorado. Hizo una reverencia, oyó mis preguntas, pero no contestó. Volvió la cara a un lado y extendió la mano en dirección a dos hombres que bajaban por la escalera. De esta manera, habiéndome puesto, por así decirlo, tácitamente en manos de ellos, salió rápidamente por una puerta lateral, cerrándola tras sí.

De inmediato me dirigí al hombre más cercano a la entrada. Pero, estando para entonces cerca de él, recibí un choque al ver sus dos manos cubiertas de sangre.

Retrocedí unos pasos; el hombre, que continuó descendiendo, simplemente dijo en voz baja: "Aquí está el sirviente, señor."

Éste se había detenido en las escaleras, confundido y mudo de verme. Se limpiaba las manos con un pañuelo, que estaba empapado de sangre.

-Jones, ¿qué significa esto? ¿Qué ha ocurrido? -pregunté, a la vez que una sospecha terrible me iba dominando.

El hombre me pidió que subiera al vestíbulo. En un momento estaba a su lado; con el ceño fruncido, pálido y con los ojos contraídos, me dijo del hecho horroroso que a medias había yo adivinado.

Su amo se había suicidado.

Subí con él a la habitación. No les diré lo que allí vi. Se había cortado el cuello con una navaja. Era una herida espantosa. Los dos hombres lo habían tendido en el lecho, acomodándole los miembros. El suceso había ocurrido, como lo testimoniaba el inmenso charco de sangre en el suelo, entre la cama y la ventana. Había una alfombra alrededor de la cama y otra bajo la mesa del tocador, pero el resto del piso estaba desnudo, pues, informó el sirviente, al amo no le gustaba tener alfombras en el dormitorio. En esa habitación sombría y ahora terrible, uno de los grandes olmos que oscurecía la casa movía lentamente la sombra de una de sus grandes ramas sobre aquel piso espantoso.

Hice una seña al sirviente y bajamos juntos. En el vestíbulo entré a una habitación revestida de madera al viejo estilo. Allí de pie, escuché lo que el sirviente tenía que contar. No era mucho.

-De lo que usted dijo, señor, de su apariencia cuando partió de aquí anoche, saqué en conclusión que mi amo estaba seriamente enfermo, en opinión de usted. Pensé que usted temía un paroxismo o alguna otra cosa. Así que obedecí muy al pie de la letra sus instrucciones. Estuvo despierto hasta muy tarde, pasadas ya las tres de la mañana. No escribía ni leía. Hablaba mucho consigo, pero nada desusado había en ello. Más o menos a esa hora lo ayudé a desnudarse, y quedó en zapatillas y bata. A la media hora volví

calladamente. Estaba en la cama, totalmente desnudo, dos velas encendidas sobre la mesita de noche. Cuando entré, se recargaba sobre un codo y miraba al otro extremo de la cama. Le pregunté si necesitaba alguna cosa y me respondió "no".

"No sé si fue lo escuchado de usted, señor, o algo un tanto desusado en él, pero me sentí intranquilo, sumamente intranquilo por él anoche. Media hora más tarde, quizás un poco más, volví. No lo oí hablar, como la vez anterior. Abrí la puerta ligeramente. Las dos velas estaban apagadas, cosa extraña. Llevaba conmigo una luz; la introduje un poco, mirando sin ruido en derredor. Lo vi sentado en la silla que está al lado de la mesita de tocador, vestido una vez más. Se volvió y me miró. Consideré extraño que se hubiera levantado, vestido, apagado las vela y sentado así en la oscuridad. Pero me limité a preguntarle de nuevo si podía ayudarlo en algo. Dijo que no, un tanto secamente, en mi opinión. Pregunté si podía encender las velas. Contestó: 'Haz lo que gustes, Jones.' Así que las prendí y anduve sin propósito por la habitación. Me preguntó:

"-Dime la verdad, Jones, ¿por qué volviste? ¿No oíste que alguien maldecía?

"-No señor -contesté, preguntándome qué querría decir.

"-No -dijo de inmediato-, claro que no.

-¿No convendría, señor, que se acostara? Son las cinco.

"Nada dijo sino:

"-Probablemente. Buenas noches, Jones.

"Así que me retiré, señor. Pero menos de una hora después volví. La puerta estaba con cerrojo; al escucharme, preguntó, pienso que desde la cama, qué quería yo, agregando que deseaba no ser molestado ya. Me acosté a dormir por un rato. Serían entre las seis y las siete que subí de nuevo. La puerta seguía cerrada y no tuve respuesta; no queriendo molestarlo, y creyéndolo dormido, lo dejé hasta las nueve. Era su costumbre llamarme con el timbre cuando me necesitaba, y no había una hora fija en que lo hiciera. Golpeé muy ligeramente la puerta; como no obtuve respuesta, estuve alejado un buen tiempo, pues supuse que descansaba. No fue sino como a las once que en verdad comencé a preocuparme por él, pues nunca, que yo recordara, se levantaba después de las diez y media. No me respondió. Llamé con los nudillos y en voz alta, sin ninguna respuesta. Siéndome imposible forzar la puerta, llamé a Thomas, que estaba en los establos, y juntos la violentamos. Lo encontramos en el estado horrible que usted lo vio.

Jones no tenía más que agregar. El desgraciado señor Jennings era muy gentil y muy amable. Todos lo querían. Vi que el sirviente se encontraba sumamente conmovido.

Así, abatido y agitado, salí de la terrible casa, de su oscuro dosel de olmos, y espero no volver a verla nunca jamás. Ahora, mientras le escribo, me siento como un hombre que ha despertado a medias de un sueño espantoso y monótono. Mi memoria rechaza aquel cuadro con incredulidad y horror. Sin embargo, lo sé cierto. Es la historia de un proceso de envenenamiento, con un veneno que excita la acción recíproca de espíritu y nervios, paralizando el tejido que separa esas funciones consanguíneas de los sentidos, la externa y la interna. De esta manera encontramos extraños compañeros, y lo mortal y lo inmortal entran en conocimiento prematuramente.

Conclusión. Unas palabras para quienes sufren

Mi querido Van L., ha sufrido usted una afección similar a la que acabo de describir. Dos veces se ha quejado de volverla a sentir.

Librodot

¿Quién, en nombre de Dios, lo curó? Su humilde servidor, Martin Hesselius. Permítaseme, más bien, adoptar la mucho más subrayada piedad de un cierto generoso cirujano francés que vivió hace trescientos años: 'Yo di el tratamiento, y Dios lo curó."

Vamos, amigo, no se muestre abatido. Déjeme informarle de un hecho.

Como lo demuestro en mi libro, conozco y he tratado cincuenta y siete casos donde hubo este tipo de visión, que sin distinción califico de "sublimada", "precoz" e "interior". Hay otra clase de afecciones a las que verdaderamente se llama -aunque suele confundírselas con las que he descrito- ilusiones espectrales. Considero a estas últimas tan fáciles de curar como un resfriado que ataca a la cabeza o una dispepsia sin importancia.

Aquellas clasificadas en la primera categoría son las que sujetan a prueba nuestra prontitud de pensamiento. Me he topado con cincuenta y siete casos, ni uno más, ni uno menos. ¿Y en cuántos de ellos he fracasado? En ninguno.

No existe aflicción más fácil y segura de vencer, con un poco de paciencia y confianza racional en el médico. Cumpliéndose esas condiciones sencillas, considero la curación absolutamente segura.

Recuerde que ni siquiera había comenzado a tratar el caso del señor Jennings. Ninguna duda tengo de que hubiera podido curarlo perfectamente en dieciocho meses o, posiblemente, en un máximo de dos años. Algunos casos son muy fáciles de curar, otros resultan sumamente pertinaces. Todo médico inteligente que dedique mente y asiduidad a la tarea, logrará la curación.

Conoce usted mi tratado sobre *Las funciones cardinales del cerebro.* Con base en las pruebas obtenidas de innumerables hechos, confirmo allí mi idea de que, con mucha probabilidad, se dé en su mecanismo, a través de los nervios, una circulación arterial y venosa. El cerebro es el corazón de ese sistema, así visto. El fluido, que se propaga desde allí mediante una clase de nervios, regresa alterado a través de otra, por su naturaleza, ese fluido es espiritual, aunque no por ello inmaterial, como no lo son, lo subrayé antes, la luz o la electricidad.

A causa de distintos abusos, entre los cuales el empleo habitual de agentes tales como el té verde es uno, ese fluido puede verse afectado en su cualidad, aunque más frecuente es que se lo perturbe en su equilibrio. Siendo tal fluido el que tenemos en común con los espíritus, una congestión que se dé en la masa del cerebro o del nervio, conectada con el sentido interior, crea una superficie que queda indebidamente expuesta, sobre la cual pueden influir los espíritus sin cuerpo. De esta manera se establece más o menos efectivamente una comunicación. Hay una íntima comunión entre la circulación del cerebro y la del corazón. El ojo es sede, o más bien instrumento, de la visión externa. Son sede de la visión interior el tejido nervioso y el cerebro que rodea la zona de las cejas. Recordará con cuánta facilidad disipé sus imágenes con una aplicación de agua de colonia helada. Sin embargo, son pocos los casos que se pueden tratar exactamente igual y con un buen éxito inmediato. El frío actúa poderosamente como un repelente del fluido nervioso. Si se lo aplica el tiempo suficiente, incluso provocará esa insensibilidad permanente que llamamos entumecimiento; de continuar la aplicación, viene la parálisis muscular y la de los sentidos.

No tengo, repito, la menor duda de que hubiera conseguido primero atenuar y finalmente cancelar ese ojo interno que el señor Jennings había abierto sin darse cuenta. Los mismos sentidos se abren durante el *delirium tremens,* y desaparecen por completo cuando un cambio decisivo en el estado del cuerpo concluye con la acción excesiva del corazón cerebral y con las congestiones nerviosas prodigiosas que la acompañan. Cuando

he actuado constantemente sobre el cuerpo, mediante un proceso sencillo, se produce -e inevitablemente se produce- este resultado, y hasta ahora nunca he fracasado.

El pobre señor Jennings se suicidó. Pero tal catástrofe fue resultado de una enfermedad por completo diferente que, por así decirlo, se proyectó sobre la ya establecida. De modo muy claro, su caso fue una complicación, y el mal que verdaderamente lo hizo sucumbir fue una manía suicida hereditaria. No puedo considerar al pobre señor Jennings uno de mis pacientes, pues ni siquiera había comenzado a tratarlo; ni por otra parte, estoy convencido de ello, se había franqueado conmigo plena y abiertamente. Si el paciente no se pone del lado de la enfermedad, la curación es cierta.

MARKHEIM

Robert Louis Stevenson

-Sí -dijo el anticuario-, nuestras ganancias inesperadas son de varios tipos. Algunos clientes son ignorantes, y entonces los dividendos vienen de mis conocimientos superiores. Otros carecen de honradez -aquí mantuvo en alto la vela de modo que la luz cayera directamente sobre el visitante- y, en ese caso -continuó-, saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar, dejando atrás las calles iluminadas por la luz del día; sus ojos no se habían acostumbrado aún a la mezcla de claridad y negrura que había en la tienda. Ante aquellas palabras filosas, y debido a la cercana presencia de la llama, parpadeó penosamente y desvió a un lado la vista.

El anticuario rio entre dientes.

-Viene a verme en navidad -prosiguió-, cuando sabe que estoy solo en casa, que he cerrado los postigos y decidido rehusarme a todo negocio. Pues bien, tendrá que pagarlo; tendrá que pagar mi pérdida de tiempo, pues debería estar dedicado al balance de mis libros. Tendrá que pagar, además, por un tipo de comportamiento que hoy noto muy preponderante en usted. Soy la esencia misma de la discreción, y nunca hago preguntas molestas; pero cuando un cliente es incapaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello -el anticuario rio entre dientes una vez más. Luego, volvió a la voz que usaba para negociar, aunque conservando una nota de ironía-. Como siempre, podrá usted explicar claramente cómo vino el objeto a su poder ¿verdad? -continuó-. ¿El gabinete de su tío todavía? ¡Un coleccionista muy notable, señor mío!

Y el pálido y pequeño anticuario de hombros caídos se puso casi de puntillas, mirando por encima de sus anteojos de oro y moviendo la cabeza de arriba abajo con plenas muestras de incredulidad. Markheim devolvió aquella mirada con otra de piedad infinita, en la que había un toque de horror.

-Esta vez -dijo- se equivoca. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ningún objeto curioso que ofrecer; el gabinete de mi tío está vacío hasta el último anaquel. Pero incluso aunque estuviera intacto, me ha ido bien en la bolsa de valores, y muy probablemente lo enriquecería y no lo contrario. Mi propósito hoy es de lo más sencillo. Busco un regalo de navidad para una dama -continuó, ganando en fluidez mientras pasaba al discurso que había preparado-. Desde luego, le debo toda clase de disculpas por así molestarlo, tratándose de un asunto tan menudo. Pero ayer me olvidé del caso y hoy, a la comida, debo presentar mi pequeño obsequio. Como usted bien sabe, no es cuestión de descuidar un casamiento ventajoso.

Vino una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar con incredulidad lo anunciado. Llenaron aquel intervalo de silencio el tictac de muchos relojes colocados entre el curioso amontonamiento de la tienda, y el leve paso de los coches de punto por una calle cercana.

-Bien, señor -dijo el anticuario-, así sea. Después de todo, es usted un viejo cliente. Y si, como afirma, tiene la oportunidad de un buen matrimonio, lejos esté de mí el volverme un obstáculo. He aquí un bello objeto para una dama -continuó-, este espejo de mano... siglo XV garantizado. Viene, además, de una buena colección. Me reservo el

nombre en bien de mi cliente que era, justo como usted, mi querido señor, sobrino y heredero único de un coleccionista notable.

El anticuario, mientras así hablaba con su voz seca y mordiente, se había agachado para tomar de su lugar el objeto. Mientras hacía esto, un sacudimiento pasó por Markheim; un movimiento a la vez de las manos y de los pies, una aparición súbita en el rostro de muchas pasiones tumultuosas. Se fue tan rápido como había venido, no dejando más huella que un ligero temblor de la mano que en ese momento recibía el espejo.

-Un espejo -dijo roncamente; hizo una pausa entonces y repitió con mayor claridad-. ¿Un espejo? ¿Para navidad? De seguro que no.

-¿Y por qué no? -exclamó el anticuario-. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible.

-¿Me pregunta por qué no? -dijo-. ¡Pero mire... mire en él... mírese! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Y a mí tampoco, y a ningún hombre.

El hombrecito había retrocedido de un salto cuando Markheim, de modo tan súbito, lo enfrentó al espejo; pero ahora, al comprender que nada peor que aquello se intentaba, rio entre dientes:

-Su futura esposa, señor, debe estar extrañamente favorecida -dijo.

-Le pido -contestó Markheim- un regalo de navidad y me ofrece esto... ¡este maldito recordatorio de los años, de los pecados y de las locuras, esta conciencia puesta en la mano! ¿Lo dijo en serio? ¿Lo pensó bien? Dígamelo. Será mejor si lo hace. Vamos hábleme de usted. Me atreveré ahora a afirmar lo siguiente: que, en el fondo, es usted un hombre muy caritativo.

El anticuario miró fijamente a su acompañante. Era muy extraño: Markheim no parecía reír; había en su rostro algo así como una ansiosa chispa de esperanza, pero nada de alegría.

-¿A dónde quiere llegar? -preguntó el anticuario.

-¿No es caritativo? -respondió el otro, tenebrosamente-. No es caritativo, no es pío, no es escrupuloso; no ama, no es amado... la mano para obtener dinero y una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? Por el amor de Dios, señor mío, ¿es eso todo?

-Le diré de qué se trata -comenzó el anticuario con cierta aspereza, para romper una vez más en una risa entre dientes-. Pero veo que éste es para usted un compromiso de amor, y que ha estado bebiendo a la salud de la dama.

-¡Ah! -exclamó Markheim, lleno de una curiosidad extraña-. ¡Ah! ¿Estuvo alguna vez enamorado? Háble me de ello.

-¡Enamorado! -exclamó el anticuario-. ¡Enamorado yo! Jamás tuve tiempo, ni lo tengo hoy para todas estas tonterías. ¿Quiere el espejo?

-¿Qué prisa hay? -replicó Markheim-. Es muy agradable estar aquí platicando. La vida es tan corta e insegura que no me apresuraría nunca a alejarme de ningún placer; ni siquiera de uno tan moderado como éste. Más bien debiéramos asirnos, asirnos a lo poco que nos es dado obtener, como se aferra un hombre al borde de un precipicio. Si bien lo piensa, cada segundo es un precipicio, un precipicio de una milla de profundidad, lo bastante hondo para que, si caemos en él, perdamos todo rasgo humano. Por ello, es mejor platicar placenteramente. Hablémonos. ¿Por qué llevar esta máscara? Volvámonos confidente uno del otro. ¿Quién lo sabe? Tal vez termináramos amigos.

-No tengo sino una cosa que decirle -respondió el anticuario-, o efectúa la compra o abandona mi tienda.

-Cierto, cierto -dijo Markheim-. Basta de tonterías. Vayamos al negocio. Muéstreme algo más.

El anticuario volvió a agacharse, esta vez para colocar el espejo en el estante; su escaso pelo rubio le cayó por encima de los ojos al hacerlo. Markheim se acercó un poco, una de las manos en el bolsillo de su gabán. Se irguió, llenándose los pulmones de aire. Al mismo tiempo, en su rostro se dibujaban muchas emociones diferentes: terror, horror, resolución, fascinación y una repugnancia física. A través de un gesto desfigurado de su labio superior, sus dientes quedaron a la vista.

-Tal vez esto sirva -observó el anticuario.

Y entonces, cuando comenzaba a levantarse, Markheim saltó desde atrás sobre su víctima. La delgada y larga daga brilló al caer. El anticuario luchaba como una gallina; se golpeó la sien con el estante y, en seguida, cayó sobre el piso en un montón.

El tiempo tenía una veintena de vocecillas en aquella tienda, algunas majestuosas y lentas, como correspondía a su considerable edad; otras parlanchinas y presurosas. Todas ellas contaban los segundos en un intrincado coro de tictacs. Entonces el paso de los pies de un muchacho, que corría sonoramente por el pavimento, irrumpió en medio de aquellas voces menos fuertes e hizo que, con un sobresalto, Markheim tuviera conciencia de sus alrededores. Miró en derredor con horror. La vela estaba sobre el mostrador, y la llama oscilaba solemne debido a una corriente. A causa de ese movimiento mínimo, toda la habitación estaba llena de un bullicio silencioso y no cesaba de subir y bajar como un océano: las altas sombras asentían, las grandes manchas de oscuridad se hinchaban y encogían como si respiraran, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban y ondulaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entreabierta y fisgaba en aquella confederación de sombras con una larga hendedura de luz diurna que parecía un dedo señalador.

Los ojos de Markheim volvieron de esos vagabundeos ceñidos por el miedo al cuerpo de la víctima, allí donde yacía a la vez encorvado y tendido, increíblemente pequeño y extrañamente más insignificante que en vida. Vestido con aquellas ropas pobres y avarientas, en aquella actitud desgarbada, el anticuario parecía un montón de aserrín. Markheim había tenido miedo de verlo y he aquí que nada era. Y sin embargo, mientras lo miraba, ese hato de ropa vieja y ese charco de sangre comenzaron a encontrar voces elocuentes. Allí debía quedar. Nadie había que diera movimiento a los hábiles goznes o dirigiera el milagro de la locomoción. Allí debía quedar hasta que lo encontraran. ¿Que lo encontraran? ¡Sí! ¿Y entonces? Entonces esa carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra, para luego llenar el mundo con los ecos de la persecución. Sí, muerto o no, aquél seguía siendo el enemigo. "El tiempo lo fue cuando el cerebro no funcionaba", pensó. Y la segunda palabra se le introdujo en la mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado; el tiempo, ya concluido para la víctima, se había vuelto perentorio e importante para el asesino.

Tenía aún en la mente aquel pensamiento cuando, primero uno y después otro, con toda posible variedad de ritmos y voces -uno profundo como la campana de una torre de catedral, otro haciendo sonar en sus notas agudas el preludio de un vals-, los relojes comenzaron a anunciar las tres de la tarde.

La súbita irrupción de tantas lenguas en aquella cámara muda lo aturdió. Comenzó a moverse, yendo de un lugar a otro con la vela, acosado por las sombras movientes, sobresaltado hasta el alma por la aparición casual de reflejos. Vio en muchos espejos suntuosos, algunos de diseño inglés, otros hechos en Venecia o Amsterdam, cómo su rostro se repetía y se repetía como si fuera un ejército de espías; tropezaba con sus propios ojos, que lo perseguían; y el sonido de sus propios pasos, leve como sonaba, turbaba la quietud circundante. Y mientras continuaba llenándose los bolsillos, su mente

lo acusaba, con iteración nauseabunda, de las mil fallas presentes en su plan. Debió elegir una hora más tranquila; debió preparar una coartada; no debió usar un cuchillo; debió ser más cauteloso y únicamente atar y amordazar al anticuario, sin matarlo; debió mostrarse más atrevido y haber matado también a la sirvienta; debió hacerlo todo de otra manera. Arrepentimientos punzantes, un afán continuo y fatigoso de la mente para cambiar lo inalterable, para planear lo que era ya inútil, para ser arquitecto de un pasado irrevocable. Mientras tanto, y por debajo de toda actividad, terrores bestiales, como el escabullirse de ratas en un ático desierto, le llenaban de tumultos las cámaras más remotas del cerebro. La mano del alguacil caería pesadamente sobre su hombro, y sus nervios saltarían como un pez atrapado; o bien veía, en un transcurrir galopante, el banquillo de los acusados, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror a la gente que pasaba por la calle aparecía ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor de la lucha no hubiera llegado a sus oídos, despertándoles la curiosidad. Y en ese momento, en todas las casas vecinas, los adivinó sentados en silencio, con el oído presto: gente solitaria, condenada a pasar la navidad con el solo acompañamiento de memorias venidas del pasado, con un sobresalto sacadas de ese tierno ejercicio; felices fiestas familiares, quedadas en silencio alrededor de la mesa, la madre con el dedo aún levantado: toda condición y edad y disposición, y todos, desde el corazón mismo, husmeando y escuchando y tejiendo la cuerda con que lo ahorcarían. A veces le parecía imposible moverse con la debida suavidad; el tintineo de las elevadas copas de Bohemia sonaba como una campana; alarmado por la sonoridad de los tictacs, estuvo tentado de detener los relojes. Y entonces, una vez más, con una rápida transición en la índole de sus terrores, el silencio mismo del lugar le pareció una fuente de peligros, algo que golpearía y congelaría a los transeúntes. Y pisaba con mayor decisión, y se movía ruidoso entre los objetos de la tienda e imitaba, con baladronada muy premeditada, los movimientos de un hombre ocupado que, sin preocupaciones, andaba por su casa.

Pero se encontraba ya tan exigido por las diferentes alarmas que, estando una parte de su mente alerta y sagaz, otra temblaba en el borde mismo de la locura. Una alucinación en especial se asió con firmeza a su credulidad. El vecino que, el blanco rostro pegado a la ventana, escuchaba; el transeúnte detenido, por una suposición horrible, en la acera; podían, en el peor de los casos, sospechar, pero no saber. Sólo el sonido penetraba por las paredes de ladrillo y las ventanas cerradas. Pero aquí, en la casa, ¿estaba solo? Sabia que sí. Había visto a la sirvienta con aire de cortejo, vestida con lo mejor de su humilde ropa, diciendo en cada listón y en cada sonrisa "es mi día libre". Sí, estaba solo, desde luego. Y pese a ello, en el cuerpo de aquella casa vacía que estaba encima de él ¿no escuchaba con toda seguridad el rumor de un pisar delicado? Estaba consciente, inexplicablemente consciente de alguna presencia. Ah, era seguro. Su imaginación lo seguía por cada habitación y cada rincón de la casa; y ahora era una cosa sin rostro, pero con ojos para ver; y ahora una sombra de sí mismo; y ahora vuelve a contemplar la imagen del anticuario muerto, que de nuevo respira con astucia y odio.

A veces, con un esfuerzo enorme, miraba la puerta abierta, que parecía seguir rechazando sus ojos. La casa era de cielo raso elevado, el tragaluz pequeño y sucio, y el día ciego a causa de la niebla. La luz que se filtraba hasta la planta baja era sumamente débil, y se la veía borrosa en el umbral de la tienda. Y sin embargo, en esa franja de luminosidad dudosa, ¿no oscilaba a la espera una sombra?

De pronto, en la calle, un caballero muy jovial comenzó a golpear la puerta con su bastón, acompañando los golpes con gritos y chocarrerías, en los cuales continuamente se

llamaba por su nombre al anticuario. Markheim, vuelto de hielo, echó una mirada al muerto. Pero no, seguía del todo inmóvil: había huido lejos, mucho más allá de donde podía escuchar esos golpes y esos gritos; estaba hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otras ocasiones habría atraído su atención hasta en el rugir de una tormenta, se había convertido en un sonido hueco. Y al poco tiempo el caballero jovial desistió de sus llamados y partió.

He aquí una insinuación clara de que se apresurara a cumplir lo aún pendiente, que se alejara de aquel barrio acusador, que se sumergiera en un baño de multitudes londinenses y alcanzara, al otro lado del día, ese abrigo de seguridad y de supuesta inocencia: su lecho. Un visitante había venido. Otro pudiera imitarlo en cualquier momento, mostrándose más obstinado. Sería un fracaso demasiado aborrecible haber llevado a cabo el hecho y no cosechar las ganancias. El dinero, ésa era ahora la preocupación de Markheim; y como medio para obtenerlo, las llaves.

Miró por encima del hombro la puerta abierta, donde la sombra seguía aguardando y temblando. Sin ninguna repugnancia consciente en la cabeza, y sin embargo con un temblor en el vientre, se acercó al cuerpo de la víctima. Todo rasgo humano había desaparecido. Como un traje a mitades lleno de salvado, por el piso estaban desperdigados los miembros y el tronco doblado. Y sin embargo, aquella cosa le repelía. Aunque tan deslucida y nimia para el ojo, pudiera ser de más peso para el tacto. Tomó el cuerpo por los hombros y lo puso de espaldas. Se lo sentía extrañamente ligero y manejable; los miembros, como si estuvieran rotos, adoptaban las posturas más singulares. Habían robado al rostro toda expresión; pero estaba tan pálido como la cera, y horriblemente embarrado de sangre en una de las sienes. Ésa era, para Markheim, la única circunstancia desagradable. Lo hacía volver, de inmediato, a un cierto día hermoso en una aldea de pescadores: un día gris, de viento sonoro, con una multitud en la calle, y el sonar de cornetas, el resonar de tambores, la voz nasal de una baladista; y un muchachillo que, hundido de cabeza en la multitud y a medias dividido entre el interés y el miedo, iba y venía hasta que, llegado al principal lugar de reunión, vio una caseta y un telón lleno de imágenes, tristemente dibujadas y coloreadas con mal gusto: Brownrigg con su aprendiz, los Manning con su huésped asesinado, Weare en el apretón de muerte de Thurtell y una veintena más de crímenes famosos. Aquello era tan claro como una ilusión; volvió a ser aquel muchachillo; veía una vez más, y con la misma sensación de rechazo físico, los viles cuadros; aún estaba aturdido por el golpear de los tambores. A su memoria vino un compás de la música oída aquel día; y con ello, por primera vez, sufrió un remordimiento de conciencia, un golpe de náusea, una súbita debilidad en las rodillas, que de inmediato debió resistir y superar.

Juzgó más prudente enfrentarse a esas consideraciones que huir de ellas; mirar con mayor firmeza la cara del muerto, haciendo que su mente comprendiera la naturaleza y la magnitud del crimen. Muy poco antes aquel rostro se había movido con todo cambio de sentimiento, aquella boca pálida había hablado, aquel cuerpo había estado ardiendo con energías gobernables; y ahora, debido a un acto suyo, ese trozo de vida se había detenido como cuando un relojero, con dedo intruso, detiene el ritmo de un reloj. Así razonó en vano; le fue imposible alcanzar mayor arrepentimiento en su conciencia; ese corazón que antes había temblado ante crímenes pintados en imágenes, miraba a la realidad sin conmoverse. Si acaso, sentía un asomo de piedad por quien estuvo dotado, en vano, con todas esas facultades que hacen del mundo un jardín de encantamientos; alguien que jamás había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de contrición nada, ni una vibración.

Así, librándose de aquellas consideraciones, tomó las llaves y se dirigió a la puerta abierta de la tienda. Afuera había comenzado a llover con fuerza; el sonido del aguacero sobre el tejado había desvanecido el silencio. Como si fuera una caverna rezumante, las cámaras de la casa estaban rondadas por ecos incesantes, que llenaban el oído y se mezclaban al tictac de los relojes. Y, según se acercaba Markheim a la puerta, creyó escuchar, como en respuesta a su cauteloso andar, los pasos de otros pies que se retiraban escalera arriba. La sombra seguía palpitando vagamente en el umbral. Puso en sus músculos una tonelada de resolución y tiró de la puerta.

La débil y neblinosa luz del día brilló levemente en el piso desnudo y en las escaleras; en la brillante armadura situada, alabarda en mano, en el descanso; en los oscuros tallados de la madera y en los cuadros que colgaban sobre los paneles amarillos del muro. Tan sonoro era el batir de la lluvia en toda la casa que, a oídos de Markheim, comenzó a separarse en muchos sonidos diferentes. Pisadas y suspiros, el paso de regimientos en marcha a la distancia, el tintineo de monedas en el mostrador y el rechinido de puertas abiertas furtivamente parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas en la cúpula y el precipitarse del agua por los caños. La sensación de no estar solo creció en él hasta el borde mismo de la locura. Presencias lo acosaban y cercaban desde todos los lados. Las oía moverse en las habitaciones superiores; oía que en la tienda, el muerto se ponía de pie; y según comenzaba, con grandes esfuerzos, a subir la escalera, había pies que huían quedamente delante de él y que a sus espaldas lo seguían con aire furtivo. ¡Si estuviera sordo, pensó, con cuánta tranquilidad dominaría mi espíritu! Y una vez más entonces, escuchando con atención renovada, se bendijo de tener aquella sensación de intranquilidad que cuidaba de las avanzadas y era centinela confiable de su vida. Su cabeza giraba continuamente sobre el cuello y sus ojos, que parecían salírsele de las órbitas, exploraban todos los lados, y en todos los lados eran recompensados a medias por el último asomo de algo imprecisable que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron veinticuatro agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres de ellas parecían tres emboscadas, que le sacudían los nervios como las bocas de unos cañones. Nunca más, sintió, estaría suficientemente defendido y fortificado contra los observadores ojos de los hombres; ansiaba estar en casa, rodeado de muros, enterrado en su cama, invisible a todos menos a Dios. Ante aquel pensamiento titubeó un poco, recordando relatos de otros asesinos y los miedos que, se decía, tenían de una venganza divina. Eso, al menos, no ocurría con él. Temía las leyes de la naturaleza que, con sus procedimientos insensibles e inmutables, pudieran conservar alguna prueba condenatoria de su crimen. Temía, diez veces más, con un terror esclavizante y supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna ilegalidad caprichosa de la naturaleza. Se dedicaba él a un juego de habilidades, en el cual dependía de las reglas y calculaba las consecuencias a partir de las causas. ¿Y si la naturaleza, como aquel tirano derrotado que tiró al suelo el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su encadenamiento? Aquello mismo había sucedido a Napoleón (dicen los escritores) cuando el invierno cambió la fecha en que aparecía. Lo mismo pudiera ocurrirle a Markheim: los sólidos muros hacerse transparentes y revelar los actos de él como los de las abejas en una colmena; los gruesos tablones ceder bajo sus pies como arenas movedizas, inmovilizándolo en sus garras; sí, y había posibilidades más sombrías: por ejemplo, que la casa se derrumbara y lo apresara junto al cuerpo de la víctima; o que la casa vecina se incendiara y los bomberos lo rodearan por todos sitios. Temía estas cosas; y, en cierto sentido, podría llamárselas las manos de Dios, extendidas para luchar contra el pecado. Pero respecto a Dios mismo,

estaba tranquilo. Sin duda que el acto cometido era excepcional, pero también lo eran las razones para cometerlo, que Dios conocía. Era allí, y no entre los hombres, que sentía la seguridad de recibir justicia.

Cuando se vio a salvo en la sala, después de haber cerrado la puerta tras sí, se dio cuenta de que se sentía libre de alarmas por un tiempo. La habitación estaba desmantelada, aparte de no tener alfombra, y llena con cajas de empaque y muebles incongruentes; había varios espejos de cuerpo entero, en los cuales se veía desde distintos ángulos, como un actor en la escena; había muchos cuadros, con y sin marco, el frente hacia la pared; había un fino aparador estilo Sheraton, un gabinete de marquetería y una enorme y vieja cama, resguardada por tapices. Las ventanas daban al exterior; para gran fortuna de él, la parte inferior de las contraventanas estaban cerradas, y esto lo ocultaba de los vecinos. Aquí, pues, Markheim puso una caja de embalaje junto al gabinete y comenzó a buscar entre las llaves. Fue un largo proceso, ya que había muchas; además, era tedioso y, después de todo, tal vez nada hubiera en el gabinete, siendo que el tiempo apremiaba. Pero lo exacto de la ocupación lo apaciguó. Con el rabillo del ojo veía la puerta e, incluso, la miraba de frente de vez en cuando, como un comandante sitiado que verifica el buen estado de sus defensas. Pero, en verdad, se encontraba en paz. La lluvia que caía en la calle sonaba de un modo natural y placentero. Al poco tiempo, por otra parte, las notas de un piano despertaron con la música de un himno, y las voces de muchos niños se unieron a la tonada y a las palabras. ¡Cuán majestuosa, cuán consoladora la melodía! ¡Cuán puras esas voces jóvenes! Markheim, sonriente, les prestó oído mientras probaba las llaves; en su mente pululaban ideas e imágenes similares; niños que iban a la iglesia y el resonar del gran órgano; niños en el campo, bañistas a orillas de un arroyo, paseantes de los campos llenos de arbustos, pilotos de cometas en el cielo ventoso y navegado por nubes; y luego, con otro cambio en la cadencia del himno, de vuelta a la iglesia, a la soñolencia de los domingos de verano, a la voz sonora y suave del párroco (y sonreía ligeramente al recordarlo) y las pintadas tumbas jacobianas, y el borroso mensaje de los diez mandamientos en el presbiterio.

Y mientras así, a la vez ocupado y reminiscente, se encontraba sentado, un sobresalto lo puso de pie. Un relámpago de hielo, un relámpago de fuego, un golpe de sangre pasaron por él; y allí quedó, transfijo y expectante. Pasos subían por la escalera lenta y regularmente, y al poco tiempo una mano se posó en la perilla de la puerta, la cerradura sonó y la puerta se fue abriendo.

El miedo tenía a Markheim en un puño. No sabía qué esperar: el muerto caminando, los oficiales encargados de la justicia humana, algún testigo casual que ciegamente entraba a la habitación para condenarlo a la horca. Pero cuando por la apertura asomó un rostro, echó un vistazo por todo el cuarto, lo miró a él, lo saludó y sonrió, como en amistoso reconocimiento, y luego desapareció, cerrando la puerta tras sí, con un grito ronco el miedo se liberó de todo control. Ante aquel sonido, el visitante regresó.

-¿Me llamó? -preguntó con tono amable.

Y diciendo esto, entró en la habitación y cerró tras sí la puerta.

Markheim, inmóvil, lo miraba con toda su fuerza. Tal vez hubiera una película frente a sus ojos, pues el contorno del recién llegado parecía cambiar y oscilar como el de los ídolos a la luz temblorosa de la tienda; en ocasiones le parecía conocerlo; en ocasiones le parecía que el otro tenía rasgos en común con él; y siempre, como una masa de terror viviente, en su pecho sentía la convicción de que aquello no era ni de la tierra ni de Dios.

Y pese a todo, la criatura presentaba una extraña apariencia cotidiana mientras, allí de pie, miraba a Markheim con una sonrisa. Y cuando agregó: "Supongo que está buscando el dinero", lo hizo en un tono de cortesía normal.

Markheim no respondió.

-Debo advertirle -prosiguió el otro- que la sirvienta dejó a su novio antes de lo acostumbrado, y pronto estará aquí. Si descubren al señor Markheim en esta casa, innecesario es describirle las consecuencias.

-¿Me conoce? -exclamó el asesino.

El visitante sonrío.

-Hace mucho que es usted uno de mis favoritos -dijo-, y por largo tiempo lo he venido observando y a menudo he procurado ayudarlo.

-¿Quién es usted? -exclamó Markheim-. ¿El diablo?

-Lo que pueda ser -respondió el otro- no influye sobre el servicio que me propongo hacerle.

-¡Puede influir -exclamó Markheim-, influye! ¿Recibir ayuda de usted? ¡No, nunca, nunca de usted! No me conoce aún; ¡gracias a Dios, aún no me conoce!

-Lo conozco -replicó el visitante con una especie de severidad o más bien firmeza amable-. Lo conozco hasta el fondo de su alma.

-¡Que me conoce! -exclamó Markheim-. ¿Quién podría conseguirlo? Mi vida no es sino un disfraz y una denigración de mí mismo. He vivido para defraudar mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen. Todos los hombres son mejores que el disfraz que crece alrededor de ellos y los asfixia. Se ve a cada uno de ellos arrastrado por la vida, como un ser a quien algunos bandidos han envuelto en una capa, ahogándole los gritos. Si tuvieran control sobre sí mismos, si pudiéramos verles la cara, serían por completo diferentes, ¡se distinguirían como héroes y santos! Soy peor que la mayoría; mi yo se encuentra más abrumado; sólo Dios y yo conocemos mis razones. Pero, de tener tiempo, podría revelarme.

-¿Ante mí? -preguntó el visitante.

-Ante usted primero que nadie -respondió el asesino-. Lo supuse inteligente. Lo consideré (ya que existe) capaz de leer el corazón. Y sin embargo, ¡pretende juzgarme por mis actos! Píenselo, ¡mis actos! Nací y he vivido en una tierra de gigantes; los gigantes me han arrastrado por las muñecas desde que nací de mi madre; los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted me juzgaría por mis actos! Pero, ¿es incapaz de ver dentro de mí? ¿No puede comprender que el mal me es odioso? ¿No alcanza a ver dentro de mí la clara escritura de mi conciencia, jamás borrada por ninguna sofistería caprichosa, aunque demasiado a menudo la haya hecho de lado? ¿No puede ver en mí eso que seguramente debe ser común a la humanidad: un pecador involuntario?

-Todo esto ha sido expresado con mucho sentimiento -fue la respuesta-, pero no me concierne. Esos puntos de apoyo están más allá de mis límites, y nada me interesa qué compulsión pueda haberlo arrastrado, siempre y cuando haya sido en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela. La sirvienta se demora porque mira los rostros de la multitud y los retratos en los tableros de avisos, pero aun así se acerca; y recuerde, ¡es como si la horca misma caminara hacia usted a través de las calles navideñas! ¿Quiere que lo ayude? ¿Quiere que lo ayude yo, que lo sé todo? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

-¿A qué precio? -preguntó Markheim.

-Le ofrezco el servicio como un regalo de navidad -replicó el otro. Markheim no pudo evitar el sonreír con una especie de triunfo amargo.

-No -dijo-, no aceptaré nada de usted. Si estuviera muriendo de sed y fuera su mano la que pusiera el jarro en mis labios, encontraría valor para rechazarlo. Tal vez sea crédulo, pero nada haré para ponerme en poder del mal.

-No tengo objeciones a un arrepentimiento en el lecho de muerte -observó el visitante.

-¡Porque no cree en su eficacia! -exclamó Markheim.

-No he dicho eso -replicó el otro-, pero miro esas cosas desde una perspectiva diferente, y cuando la vida ha concluido, mi interés cesa. El hombre vivió para servirme, para diseminar opiniones oscuras a socapa de la religión, o para sembrar cizaña, como usted lo hace, en el transcurso de un frágil acatamiento del deseo. Ahora que se acerca tanto a su liberación, sólo un servicio más puede agregar: arrepentirse, morir sonriendo y, con ello, aumentar la confianza y la esperanza de los más timoratos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan duro. Pruébeme. Acepte mi ayuda. Complázcame mientras viva como lo ha hecho hasta ahora; complázcame con mayor generosidad, ocupe con sus codos toda la mesa; y cuando la noche comience a caer y a correrse el telón le diré para consolarlo que encontrará incluso fácil el resolver su lucha contra la conciencia, y el lograr una paz de acatamiento con Dios. Vengo ahora mismo de un lecho de muerte semejante, y la habitación estaba llena de dolientes sinceros, que escuchaban las últimas palabras del hombre; y cuando miré aquel rostro, que a modo de pedernal había sido opuesto a la misericordia, encontré que sonreía con esperanza.

-Y entonces, ¿me supone usted ese tipo de criatura? -preguntó Markheim-. ¿Piensa que no tengo aspiración más generosa que pecar y pecar y pecar para, finalmente, colarme en el cielo? Mi corazón se rebela ante tales pensamientos. ¿Es ésta, entonces, la experiencia que ha tenido con la humanidad? ¿O supone en mí esa bajeza porque me ha descubierto *in fraganti?* ¿Es este asesinato en verdad tan impío que haya secado las fuentes mismas de la bondad?

-El asesinato no representa a mis ojos una categoría especial -replicó el otro-. Todos los pecados son un asesinato, tal como toda vida es una guerra. Considero a su especie como marinos muertos de hambre sobre una balsa, que arrancan mendrugos de las manos del hambre y se alimentan de la vida ajena. Sigo a los pecados más allá del momento en que se los comete; en todo encuentro que la muerte es la consecuencia última; a mis ojos, la hermosa doncella que engaña a su madre con gracias seductoras respecto a un baile, no menos visiblemente muestra el gotear de la sangre humana que un asesino como usted. ¿Dije que sigo los pecados? También las virtudes. No se diferencian ni por el grueso de una uña, pues ambos son guadañas para el ángel cosechador de la muerte. El mal, para el cual vivo, no consiste en un acto, sino en el carácter. Me es querido el hombre malo, no el acto malvado cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos lo bastante lejos en la impetuosa catarata de las edades, bien pudieran resultar más bien aventurados que los de las virtudes más exquisitas. Y no le ofrezco favorecer su escape porque haya asesinado a un anticuario, sino porque es Markheim.

-Abriré mi corazón ante usted -respondió Markheim-. Este crimen en que me ha sorprendido será el último para mí. En el camino he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una lección de peso. Hasta el presente me encaminaba con repugnancia a lo que no debía hacer; era esclavo de la pobreza, esclavo obligado y castigado con dureza. Hay virtudes robustas que pueden resistir esas tentaciones; no la mía. Tengo sed de placer. Pero hoy, de este acto, derivo advertencia y riquezas; tanto el poder como una resolución renovada de ser yo mismo. En todas las cosas seré un actor libre en el mundo; comienzo a verme como un ser cambiado, las manos agentes de la

bondad y el corazón en paz. Algo viene a mí desde el pasado; algo en lo que he soñado los domingos al anochecer cuando escucho el órgano de la iglesia, que he predicho cuando derramo lágrimas sobre los libros nobles, o de lo que hablé, siendo un niño inocente, con mi madre. He ahí mi vida. Me extravié por unos años, pero ahora veo, una vez más, la ciudad de mi destino.

-Supongo que piensa emplear este dinero en la bolsa de valores -subrayó el visitante-. Y, si no me equivoco, ya perdió en ella algunos miles.

-Ah -dijo Markheim-, pero en esta ocasión tengo algo seguro.

-Esta vez, de nuevo, perderá usted -replicó el visitante con suavidad.

-¡Ah, pero guardaré la mitad! -gritó Markheim.

-También la perderá -dijo el otro.

En la frente de Markheim comenzó a brotar sudor.

-Bien, pues entonces ¿qué importa? -exclamó-. Digamos que lo pierdo, digamos que vuelvo a caer en la pobreza, ¿seguirá una parte de mí, la peor, dominando hasta el final a la mejor? El mal y el bien corren por mí fuertes, jalándome en ambas direcciones; no amo una de las cosas, las amo todas. Puedo concebir grandes hechos, renunciaciones, martirios; y aunque haya caído en un crimen tal como el asesinato, no es la piedad extraña a mis pensamientos. Siento piedad de los pobres, pues ¿quién mejor que yo conoce sus aflicciones? Siento piedad por ellos y los ayudo; aprecio el amor, amo las risas honestas; no hay en la tierra cosa buena o verdadera que no ame desde el fondo de mi corazón. ¿Habrán mis vicios de dirigir mi vida y mis virtudes carecer de eficacia, como una carga pasiva que tuviera en la mente? No. También la bondad es fuente de acciones.

El visitante levantó un dedo.

-He observado que en los treinta y seis años que lleva en este mundo -dijo-, a través de muchos cambios de fortuna y muchas variaciones de temperamento, su caída ha sido constante. Hace quince años lo hubiera sobresaltado un robo. Hace tres, hubiera palidecido ante la mención de la palabra asesinato. ¿Hay algún crimen, alguna crueldad vil, ante el cual todavía retroceda? ¡Dentro de cinco años lo sorprenderé en ese hecho! Su camino señala hacia abajo, siempre hacia abajo, y nada sino la muerte puede detenerlo.

-Cierto -dijo Markheim roncamente-, en alguna medida he obedecido al mal. Pero así ocurre con todos; los santos mismos, en el mero ejercicio de vivir, se vuelven menos refinados y adoptan el tono de su circunstancia.

-Le haré una pregunta sencilla -dijo el otro-. Mientras responde, le presentaré su horóscopo verbal. En muchas cosas se ha vuelto más laxo; tal vez tenga razón en ser así; de cualquier manera, ocurre lo mismo con todos los hombres. Pero, concedido eso, ¿es usted en cualquier aspecto particular, no importa cuán insignificante, más difícil de satisfacer en su conducta, o en todas las cosas se conduce con rienda más suelta?

-¿Cualquiera? -repitió Markheim, con pensamiento angustiado-. ¡No -agregó con desesperación-, en ninguno! En todos he ido cayendo.

-Entonces -dijo el visitante-, conténtese con lo que es, pues nunca cambiará. Y las palabras expresadas por usted en esta etapa han quedado irrevocablemente escritas.

Markheim estuvo callado por un largo tiempo y, a decir verdad, fue el visitante quien rompió el silencio:

-Estando las cosas así -preguntó-, ¿le mostraré dónde se encuentra el dinero?

-¿No hay gracia? -preguntó Markheim.

-¿No hizo el intento ya? -replicó el otro-. Hace dos o tres años, ¿no lo vi en el estrado de las reuniones religiosas, su voz la más sonora en el canto de los himnos?

-Es verdad -dijo Markheim-, y ahora veo con claridad cuál es el deber pendiente. Desde el fondo de mi alma le agradezco esas lecciones. He abierto los ojos y, por fin, me veo tal como soy.

En ese momento, la nota aguda del timbre sonó por toda la casa. El visitante, como si fuera ésta una señal concertada de antemano, que hubiera estado esperando, cambió al punto de comportamiento.

-¡La sirvienta! -gritó-. Ha regresado, como se lo advertí, y ahora queda ante usted un trozo de camino más difícil. Debe decirle que su amo se siente mal; déjela entrar con rostro firme, pero serio; nada de sonrisas, no sobreactúe ¡y le prometo que tendrá éxito! Una vez que la chica esté dentro, la misma destreza que le sirvió para deshacerse del anticuario eliminará este último obstáculo en su salida. De ahí en adelante, tendrá toda la tarde, toda la noche de ser necesario, para saquear los tesoros de la casa y asegurar la huida. Es una ayuda que viene disfrazada de peligro. ¡Arriba! -gritó-. ¡Arriba, amigo mío, que su vida está en la balanza! ¡Arriba, a actuar!

Markheim miró fijamente a su consejero.

-Si estoy condenado a realizar actos malignos -dijo-, queda abierta una puerta de libertad: dejar de actuar. Si mi vida es algo dañino, puedo entregarla. Aunque me encuentre, como acertadamente dice usted, presto a toda tentación menuda, puedo aún, con un gesto decisivo, ponerme fuera de su alcance. Mi amor por el bien está condenado a la esterilidad, ¡así sea! Pero sigo conservando mi odio por el mal y, de allí, para amarga decepción de usted, verá que saco energía y valor.

Los rasgos del visitante comenzaron a mostrar un cambio maravilloso y bello: brillaron y se suavizaron en son de tierno triunfo y, a la vez que se iluminaban, se atenuaban y borraban. Pero Markheim no esperó a observar o comprender la transformación. Tras abrir la puerta, bajó las escaleras muy lentamente, hundido en pensamientos. Ante él pasó sobriamente su pasado y lo miró tal y como era: feo y tenaz cual un sueño, impredecible como la muerte en una reyerta, una escena de derrota. La vida, cuando así la miraba, no lo tentaba más; pero al otro lado percibía un puerto tranquilo para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde la bujía aún ardía junto al cadáver. Había un silencio extraño. Mientras miraba al anticuario, en su mente pulularon pensamientos sobre él. Y entonces el timbre irrumpió una vez más con sonar impaciente.

En el umbral se enfrentó a la sirvienta con algo parecido a una sonrisa:

-Es mejor que busque a la policía -dijo-. He matado a su amo.

EL CARRITO FANTASMA
Rudyard Kipling

Que ningún sueño maligno perturbe mi descanso ni me toque el Poder de las Tinieblas.

Himno vespertino

Una de las pocas ventajas que la India tiene sobre Inglaterra es una gran facilidad de conocimiento. Tras cinco años de servicio, un hombre tiene relaciones, directas o indirectas, con los doscientos o trescientos funcionarios de su provincia, todos los ranchos de diez o doce regimientos y baterías, y unas mil quinientas personas más de la casta sin puesto oficial. A los diez años esas relaciones habrán doblado el número, y al final de veinte años conoce, o sabe algo de, todo inglés del imperio, y puede viajar a cualquier lugar, a todos los sitios, sin tener que pagar hotel.

Quienes viajan por el mundo considerando un derecho que se les dé alojamiento han embotado, incluso en el periodo de mi vida, esta generosidad; no obstante, si hoy día se pertenece al círculo íntimo y no se es ni oso ni oveja negra, todas las puertas están abiertas, y nuestro pequeño mundo se muestra muy, muy amable y colaborador.

Rickett de Kamartha se hospedó con Polder de Kumaon hará unos quince años. Pensaba quedarse dos noches, pero lo puso en cama una fiebre reumática y por seis semanas desorganizó el establecimiento de Polder, le impidió a éste trabajar y casi se le muere en el dormitorio. Polder se comporta como si hubiera quedado de por vida deudor de Rickett, y cada año envía a los hijos de éste una caja con regalos y juguetes. Lo mismo ocurre en todos los sitios. Los hombres no se toman la molestia de ocultarnos su opinión, en el sentido de que somos unos asnos incompetentes, o las mujeres que denigran nuestro carácter y no comprenden las diversiones de nuestras esposas, se quedarán en los huesos ayudándonos si caemos enfermos o tenemos problemas serios.

Heatherlegh, el doctor, mantenía, aparte de su clientela regular, un hospital a costa de su propio bolsillo -según lo llamaban sus amigos, un agrupamiento de cubículos desvencijados para incurables- en realidad, se trataba de una especie de cobertizo adaptado para las tripulaciones que han sido dañadas por los temporales. En la India el tiempo suele ser sofocante, y como la entrega de ladrillos es siempre una cantidad fija y la única libertad existente es el permiso de trabajar horas extras sin recibir ni las gracias, los hombres se derrumban de vez en cuando y quedan tan confundidos como las metáforas de esta oración.

Heatherlegh es el doctor más adorable que haya existido, y su receta invariable para todos los pacientes: "acuéstese, tómese las cosas con calma y no se violente". Dice que mueren más hombres debido al exceso de trabajo de lo que justifica la importancia de este mundo. Afirma que el exceso de trabajo mató a Pansay, quien murió en sus manos hará unos tres años. Tiene, desde luego, el derecho de hablar con toda autoridad, y se ríe de mi teoría: que en la cabeza de Pansay había una hendedura y un poquito del mundo oscuro entró por ella y lo presionó hasta matarlo. "Pansay perdió la chaveta", dice Heatherlegh, "debido al estímulo de unas largas vacaciones en casa. Pudo o no haberse comportado como un canalla con la señora Keith-Wessington. En mi opinión, su trabajo

en la colonia de Katabundi le agotó las energías, y le dio por la melancolía y por exagerar un mero coqueteo tenido durante un viaje. Desde luego que estaba comprometido con la señorita Mannering, y desde luego que ella rompió el compromiso. Entonces, agarró un enfriamiento febricitante, y de allí todas esas tonterías acerca de fantasmas. El exceso de trabajo inició la enfermedad, la mantuvo activa y lo mató, ¡pobre diablo! Atribúyalo a un sistema que utiliza un hombre para que haga el trabajo de dos y medio."

No creo en esto. Solía sentarme con Pansay ciertas ocasiones en que a Heatherlegh lo llamaban para que fuera a ver pacientes, y sucede que estaba yo a mano para sus confidencias. El hombre me hacía de lo más infeliz describiéndome en voz baja e inalterable, la procesión que sin cesar pasaba a los pies de su cama. Manejaba el lenguaje con la capacidad de un enfermo. Sugerí que, cuando se recuperara, escribiera todo lo sucedido, de principio a fin, pues sabía que la tinta podría ayudarlo a calmar la mente.

Sufría de fiebre elevada mientras lo escribía, y el tono de revista tremendista que adoptó no llegó a calmarlo. A los dos meses lo declararon listo para servicio; pero, a pesar de que necesitaban urgentemente su ayuda para que un grupo de trabajo escaso de personal pudiera sobrevivir una etapa de déficit, prefirió morir, jurando al final de todo que lo acosaban brujas. Obtuve el manuscrito antes de que él muriera, y ésta es su versión de los hechos, fechada en 1885, tal y como la escribió:

El doctor me dice que necesito descanso y un cambio de aires. No es improbable que antes de mucho obtenga los dos; un descanso que ni el mensajero de chaqueta roja ni el cañón disparado a mediodía interrumpirán; un cambio de aires más definitivo que el que pueda darme cualquier vapor en camino a casa. Mientras tanto, estoy resuelto a permanecer donde me encuentro; y, desobedeciendo tajantemente las órdenes de mi médico, hacer de todo el mundo mi confidente. Por sí mismos se enterarán de la naturaleza precisa de mi enfermedad y, asimismo, juzgarán si hombre alguno nacido de mujer en esta tierra fatigante fue alguna vez tan atormentado como yo.

Ahora que hablo como un criminal condenado podría hablar antes de que caigan los cerrojos, pienso que mi historia, por extraña y horriblemente improbable que pueda parecer, merece por lo menos atención. De ninguna manera supongo que puedan creerla. Hace dos meses habría calificado de loco o borracho al hombre que osara contarme algo parecido. Hace dos meses era el hombre más feliz de la India. Hoy, de Peshavar a la costa, nadie hay más infeliz. Sólo mi doctor y yo sabemos de esto. Explica todo diciendo que mi cerebro, mi digestión y mi vista se encuentran ligeramente afectados, dando lugar a mis frecuentes y persistentes "ilusiones" ¡Ilusiones, cómo no! Lo considero un tonto. Pero me sigue atendiendo con la misma sonrisa infatigable, el mismo trato profesional suave, las mismas patillas rojas cuidadosamente recortadas, hasta que comienzo a sospecharme un inválido desagradecido y de mal carácter. Pero ustedes juzgarán por sí mismos.

Hace tres años fue mi fortuna -mi gran infortunio- navegar de Gravesend a Bombay, tras unas largas vacaciones, con una cierta Agnes Keith-Wessington, esposa de un oficial asignado a Bombay. No les concierne en lo más mínimo saber qué tipo de mujer era. Básteles saber que, antes de terminar el viaje, estábamos desesperada e irrazonablemente enamorados uno del otro. Bien sabe el cielo que puedo hoy admitir esto sin asomo alguno de vanidad. En este tipo de asuntos siempre hay uno que da y otro que acepta. Desde el primer día de nuestra malhadada unión tuve conciencia de que la pasión de Agnes era un sentimiento más fuerte, más dominante y -si se me permite usar la expresión- más puro que el mío. Ignoro si ella reconoció ese hecho entonces. Después, fue amargamente claro para los dos.

Llegados a Bombay la primavera de aquel año, tomamos nuestros respectivos caminos, para no vernos ya los tres o cuatro meses siguientes, cuando mis vacaciones y su amor nos llevaron a Simla. Allí pasamos la temporada juntos y, allí, mi fuego de paja llegó a una lamentable extinción con la terminación del año. No intenté dar ninguna excusa. No me disculpé. La señora Wessington había renunciado a muchas cosas a causa mía, y estaba dispuesta a renunciar a todo. De mis propios labios supo, en agosto de 1882, que me sentía hastiado de su presencia, cansado de su compañía y aburrido del sonido de su voz. Noventa y nueve mujeres de cien se habrían aburrido de mí como yo de ellas; setenta y cinco de esa cifra se habrían vengado prontamente mediante un coqueteo activo y franco con otros hombres. La señora Wessington era la número cien. En ella no tuvieron el menor efecto ni mi aversión tan claramente expresada ni las crueldades hirientes con que adornaba yo nuestras entrevistas.

-¡Jack, querido -era su eterna exclamación tonta-, estoy segura de que todo es un error, un error terrible; algún día volveremos a ser buenos amigos. *Por favor,* querido Jack, perdóname!

Yo era el ofensor, y lo sabía. Aquel conocimiento transformó mi piedad en una resistencia pasiva y, con el tiempo, en un odio ciego; se trata del mismo instinto, supongo, que impulsa a un hombre a aplastar salvajemente la araña que había matado a medias. Con este odio en mi pecho vino a su fin la temporada de 1882.

Al año siguiente volvimos a encontrarnos en Simla, ella con su rostro monótono y sus tímidos intentos de reconciliación; yo, con aquel odio por ella en todas las fibras de mi cuerpo. No pude evitar verme a solas con ella en varias ocasiones; en cada una de éstas sus palabras fueron exactamente las mismas: ese lamento irracional de que todo era un "error" y luego la esperanza de que con el tiempo "seríamos amigos". De haberme preocupado por mirar, podría haber visto que sólo la esperanza la mantenía viva. Mes con mes palidecía y adelgazaba. Estarán de acuerdo conmigo al menos en esto: que esa conducta habría hecho caer en la desesperación a cualquiera. Era innecesaria, infantil, poco femenina. Afirmo que ella tenía mucho de la culpa. Y sin embargo a veces, en mis negras y enfebrecidas vigilias nocturnas, he comenzado a pensar que pude ser un poco más amable con ella. Pero ésa sí es una "ilusión". No podía seguir pretendiendo que la amaba cuando no ocurría así, ¿no es cierto? Hubiera sido injusto para los dos.

El año pasado volvimos a reunirnos, en las mismas condiciones. Los mismos llamados fatigantes, las mismas respuestas secas de mis labios. Finalmente, decidí hacerla comprender cuán totalmente equivocados y sin esperanza eran sus intentos de reanudar la vieja relación. Según avanzaba la temporada, nos fuimos separando; es decir, le fue difícil reunirse conmigo, pues tenía yo otros intereses más absorbentes a los cuales atender. Cuando, calmadamente, repaso todo eso en mi cuarto de enfermo, la temporada de 1884 me parece una pesadilla confusa, en la que luz y sombra estuvieran entremezcladas fantásticamente: mi cortejo de la pequeña Kitty Mannering; mis esperanzas, dudas y miedos; nuestros largos paseos a caballo juntos; mi temblorosa aceptación de que estaba enamorado; su respuesta; de vez en cuando la visión de un rostro blanco que pasa en el carrito con las libreas blancas y negras que en alguna ocasión esperé con tanta ansia; la mano enguantada de la señora Wessington saludándome; y, cuando estábamos solos, lo que ocurría rara vez, la molesta monotonía de su queja. Amaba yo a Kitty Mannering; la amaba honestamente y con todo el corazón; y al crecer mi amor por ella, crecía mi odio por Agnes. En agosto Kitty y yo quedamos comprometidos. Al día siguiente encontré a espaldas del Jakko a esos malditos *jhampanies* [los que tiran de los carritos] “corvinos" y, llevado de un pasajero

Librodot

sentimiento de piedad, me detuve junto a la señora Wessington para contarle todo. Ya lo sabía.

-Escuché decir que estás comprometido, querido Jack -y entonces, sin mediar pausa alguna-: Estoy segura de que todo es un error, un error terrible. Alguna vez seremos tan buenos amigos, Jack. como siempre lo fuimos.

Mi respuesta habría hecho respingar incluso a un hombre. Cortó a la mujer moribunda que ante mí tenía como el golpe de un látigo.

-Por favor, Jack, perdóname. No quise enojarte. Pero ¡es cierto, es cierto!

Y la señora Wessington se derrumbó totalmente. Me di la vuelta y dejé que terminara su viaje en paz, sintiendo, aunque sólo por uno o dos segundos, que me había comportado como una alimaña indeciblemente cruel. Miré hacia atrás y vi que había hecho dar vuelta al carrito, con la idea, supongo, de alcanzarme.

Aquella escena y los alrededores quedaron fotografiados en mi memoria. El cielo cargado de lluvia (estábamos a finales de la temporada de lluvias), los pinos empapados y deslucidos, el camino lodoso y los farallones hendidos por la pólvora formaban un lóbrego telón de fondo, contra el cual destacaban claramente las libreas negras y blancas de los *jhampanies*, el carrito de paredes amarillas y la abatida cabeza dorada de la señora Wessington. Con el pañuelo apretado en la mano izquierda, se apoyaba extenuada en los cojines del carrito. Llevé mi caballo por una vereda cercana al Sanjowlie Reservoir y, literalmente, huí. En una ocasión creí escuchar un lejano "¡Jack!" Tal vez fuera mi imaginación. Nunca me detuve a confirmarlo. Diez minutos más tarde me encontré con Kitty, que venía a caballo. En el deleite que me produjo el largo paseo con ella, olvidé todo lo concerniente a la entrevista ocurrida.

Una semana después moría la señora Wessington, y mi vida se vio libre de la inenarrable carga de su existencia. Me fui a Plainsward totalmente feliz. Antes de los tres meses me había olvidado de ella por completo, excepto que en ocasiones hallar una de sus viejas cartas me traía desagradables recuerdos de aquella relación concluida. En enero había desenterrado de entre mis dispersas pertenencias lo que de nuestra correspondencia quedaba, quemándolo. A comienzos de abril de este año, 1885, estaba una vez más en Simla, en una semidesierta Simla, hundido en pláticas y paseos de amante con Kitty. Se había decidido que nos casáramos a fines de junio. Por consiguiente comprenderán que, amando a Kitty como la amaba, no exagero al decir que era, en aquellos momentos, el hombre más feliz de la India.

Casi habían pasado catorce días deliciosos antes de que notara su desaparición. Entonces, alertado a la conciencia de lo que era propio entre mortales comprometidos como lo estábamos ella y yo, le hice ver a Kitty que un anillo de compromiso era la señal externa y visible de su dignidad de muchacha prometida en matrimonio; que debía venir de inmediato conmigo a Hamilton para que le midieran uno. Hasta ese momento, le doy mi palabra, habíamos olvidado por completo asunto tan trivial. Así, a Hamilton nos fuimos el día 15 de abril de 1885. Recuérdese que, diga lo que diga en contra mi doctor, poseía entonces una salud perfecta, gozaba de una mente bien equilibrada y de un espíritu *por todo concepto* tranquilo. Kitty y yo entramos en Hamilton juntos y, allí, sin tomar en cuenta el orden de llegada, medí el dedo de Kitty en presencia del divertido dependiente. El anillo tenía un zafiro y dos diamantes. A continuación bajamos por la cuesta que conduce al puente de Combermere y al establecimiento de Peliti.

Mientras mi Waler avanzaba cautelosamente por el esquisto suelto, y Kitty charlaba y reía a mi lado -mientras todo Simla, es decir, tantas personas como las llegadas hasta ese momento de las llanuras, se agrupaban alrededor del cuarto de lectura y el porche de

Peliti-, sentí que alguien, al parecer desde una gran distancia, me llamaba por mi nombre de pila. Tuve la impresión de haber escuchado esa voz antes, aunque sin poder determinar de pronto cuándo y dónde. En el breve tiempo que toma cubrir la distancia entre el camino que parte de Hamilton y la primera plancha del puente de Combermere pensé en una media docena de personas que hubieran podido haber cometido aquel solecismo, y terminé decidiendo que debió tratarse de algún rumor en mis oídos. Justo frente al establecimiento de Peliti atrajo a mi vista la imagen de cuatro *jhampanies,*en libreas de "cuervo", que tiraban de un vulgar carrito de mercado, de paredes amarillas. Con una sensación de disgusto e irritación, al instante mi mente regresó a la temporada anterior y a la señora Wessington. ¿No era suficiente que la mujer hubiera muerto y desaparecido, sino que ahora viniera la aparición de sus servidores en blanco y negro a echarme a perder la felicidad sentida ese día? Decidí visitar a quienquiera que los ocupara y pedirle, como un favor personal, que cambiara las libreas de sus *jhampanies.* Alquilaría yo mismo a esos hombres y, de ser necesario, les compraría sus libreas. Es imposible expresar aquí el flujo de memorias desagradables que su presencia despertó.

-Kitty -exclamé-, ¡han vuelto los *jhampanies* de la pobre señora Wessington! Me pregunto quién los emplea ahora.

Kitty había conocido ligeramente a la señora Wessington la temporada anterior, habiendo mostrado un interés constante por la enfermiza mujer.

-¿Cómo? ¿Dónde? -preguntó-. No los veo por ninguna parte.

Y justo mientras hablaba, su caballo, por evitar una mula cargada, se puso directamente frente al carrito en marcha. Apenas había tenido tiempo de gritar una advertencia cuando, para mi horror indescriptible, caballo y jinete pasaron *a través* de los hombres y el vehículo como si fueran éstos de aire puro.

-¿Qué te ocurre? -exclamó Kitty-. ¿Por qué gritaste de un modo tan tonto, Jack? Si estoy comprometida, no quiero que todo el mundo se entere de ello. Había muchísimo espacio entre la mula y el porche. Y si te imaginas que no sé cabalgar, ¡pues entonces...!

Dicho esto, la testaruda Kitty se lanzó a medio galope, la delicada cabecita al aire, en dirección al quiosco de música, sin la menor duda, según me dijo después, de que la seguiría. ¿Qué me ocurría? Casi nada. O bien estaba yo loco o borracho, o Simla estaba rondada por diablos. Contuve con las riendas a mi impaciente montura y me volví. También el carrito había dado la vuelta y estaba ahora frente a mí, próximo al pretil izquierdo del puente Combermere.

-¡Jack, querido Jack! -esta vez no había equivocación ninguna respecto a las palabras; resonaron en mi mente como si las hubieran gritado a mi oído-. Se trata de un terrible error, estoy segura. *Por favor,* perdóname, Jack, y volvamos a ser amigos.

La capota del carrito había caído hacia atrás y dentro, tal como espero y ruego de día por la muerte que de noche temo, estaba la señora Keith-Wessington, el pañuelo en la mano, la dorada cabeza inclinada sobre el pecho.

No sé por cuanto tiempo la contemplé inmóvil. Finalmente, me despertó mi sirviente al asir la brida de Waler y preguntarme si me sentía mal. De lo horrible a lo común y corriente sólo hay un paso. Desmonté del caballo y me precipité, medio desmayado, en Peliti, donde pedí una copa de brandy de cereza. Dos o tres parejas se hallaban reunidas alrededor de las mesas, comentando los chismes del día. Su charla trivial fue más reconfortante para mí en aquel momento que los consuelos de la religión pudieran haberlo sido. De inmediato me sumergí en medio de la conversación; platicaba, reía y hacía bromas con una cara (cuando de refilón la vi en un espejo) tan blanca y desencajada como la de un cadáver. Tres o cuatro hombres notaron la condición en que

estaba; sin duda atribuyéndolo a las consecuencias de haber bebido demasiados tragos, caritativamente se esforzaron por apartarme del resto de los parroquianos. Pero me rehusé a separarme de ellos. Quería la compañía de los de mi condición, tal como un niño se precipita en medio de una fiesta tras haber recibido un susto en la oscuridad. Llevaría hablando unos diez minutos, aunque a mí me parecieron una eternidad, cuando escuché fuera la clara voz de Kitty preguntando por mí. Un minuto después estaba dentro del local, dispuesta a reconvenirme por descuidar tan señaladamente mis deberes. Algo en mi rostro la contuvo.

-Pero Jack -exclamó-, ¿en *qué* te has metido? ¿*Qué* sucede? ¿Estás enfermo?

Así conducido a una mentira directa, dije que el sol había resultado demasiado fuerte para mí. Eran cerca de las cinco, una encapotada tarde de abril, y el sol había estado oculto todo el día. Comprendí mi error en cuanto las palabras terminaron de salir de mi boca; intenté cubrirlas; disparaté lamentablemente y seguí a Kitty, cuyo enojo era de alcurnia, al exterior, entre las sonrisas de mis conocidos. Inventé alguna excusa (olvidé cuál) argumentando que me sentía débil y al paso largo busqué mi hotel, dejando que Kitty terminara sola el paseo.

En mi habitación me senté e intenté con toda calma encontrarle alguna explicación a lo sucedido. Heme aquí, yo, Theobald Jack Pansay, un funcionario civil con buenos estudios, en el año de gracia de 1885, supuestamente cuerdo, sin duda alguna sano, a quien la aparición de una mujer muerta y enterrada ocho meses atrás causa tal terror que lo separa del lado de la novia. Son hechos ante los cuales no puedo cerrar los ojos. Nada más lejano de mi pensamiento que la memoria de la señora Wessington cuando Kitty y yo salimos de Hamilton. Nada más común y corriente que la porción de muro frente a Peliti. A plena luz del día, el camino lleno de gente. Y sin embargo allí, fíjense, desafiando toda ley de la probabilidad, en violación directa de lo ordenado por la naturaleza, se me aparece un rostro venido de la tumba.

El caballo árabe de Kitty había pasado *a través* del carrito: así quedaba eliminada mi primera esperanza, que una mujer milagrosamente parecida a la señora Wessington hubiera alquilado el carrito, junto con los culies de librea. Una y otra vez di vueltas alrededor de esa maraña de pensamientos; una y otra vez me rendí, perplejo y desesperado. La voz era tan inexplicable como la aparición. De principio tuve la idea descabellada de confesarle todo a Kitty, rogarle que se casara conmigo de inmediato y, en sus brazos, desafiar a la fantasmal ocupante del carrito. "Después de todo", argüía, "la presencia del carrito basta como prueba de la existencia de una ilusión espectral. Es posible ver fantasmas de hombres y mujeres, pero de seguro nunca de culies y vehículos. Todo esto es absurdo. ¡Imagínense, ver el fantasma de un montañés!"

A la mañana siguiente envié a Kitty una nota de disculpa, implorándole que pasara por alto mi extraña conducta de la tarde anterior. Mi divinidad seguía muy enojada, y fue necesario dar disculpas personalmente. Expliqué, con una fluidez nacida de haber estado meditando toda la noche una mentira, que me vi atacado por una súbita palpitación del corazón, resultado de una indigestión. Esa solución eminentemente práctica tuvo su efecto: Kitty y yo paseamos a caballo aquella tarde con la sombra de mi primera mentira apartándonos.

Se encaprichó en un paseo al paso largo alrededor del Jakko. Con los nervios aún trastornados por la noche anterior, protesté débilmente contra la idea, sugiriendo la colina Observatory, Jutogh, el camino de Boileaugunge, cualquier cosa excepto el círculo del Jakko. Kitty estaba enojada y un tanto herida, así que cedí, temeroso de provocar un malentendido mayor; por tanto, partimos juntos hacia Chota Simla. Fuimos al paso gran

parte de la ruta y, según era nuestra costumbre, al paso largo desde poco más o menos una milla antes de Convent hasta el tramo de camino uniforme que está junto al Sanjowlie Reservoir. Los malditos caballos parecían volar, y mi corazón latía cada vez con mayor rapidez según nos acercábamos a la cresta de la pendiente. Mi mente había estado ocupada toda la tarde con la señora Wessington; cada pulgada del camino del Jakko era testigo de nuestros paseos y charlas. Los cantos rodados estaban plenos de aquello; los pinos lo cantaban potentes por encima de nosotros; invisibles, los torrentes alimentados por la lluvia reían contenidos, reían entre dientes de aquella historia vergonzante; y, en mis oídos, el viento salmodiaba la iniquidad cometida.

Como una culminación lógica, en medio del trecho que los hombres llaman la Milla de las Damas, el horror me esperaba. Ningún otro carrito a la vista; únicamente los cuatro *jhampanies* en blanco y negro, el vehículo de paredes amarillas y, dentro, la dorada cabeza de la mujer, ¡todo aparentemente como lo había dejado ocho meses y quince días atrás! Por un instante imaginé que Kitty *debía* ver lo que yo veía, tan maravillosamente coincidíamos en todas las cosas. Sus siguientes palabras me desengañaron: "¡Ni un alma a la vista! ¡Vamos Jack, te juego una carrera hasta los edificios del Reservoir!" Su musculoso caballito pura sangre partió como una exhalación, mi Waler inmediatamente detrás, y en ese orden nos lanzamos al filo de los farallones. En medio minuto estábamos a cincuenta yardas del carrito. Frené a mi Waler y me retrasé un poco. El carrito estaba justo en medio del camino y, una vez más, el pura sangre pasó a través de él, siguiéndolo mi caballo, "¡Jack, querido Jack, *por favor*, perdóname!" -oí el lamento en mis oídos y, al cabo de un intervalo-: "¡Todo fue un error, un error terrible!"

Espoleé a mi caballo como un hombre poseído. Cuando, en las instalaciones del Reservoir, volví la cabeza, las libreas en blanco y negro seguían esperando, pacientemente esperando, al pie de la gris colina, y el viento me trajo un eco burlón de las palabras escuchadas. Por el resto del paseo Kitty me embromó mucho a causa de mi silencio. Hasta ese momento había hablado sin freno y alocadamente. Ni para salvar mi vida habría podido hablar, a partir de allí, de un modo natural, y desde Sanjowlie hasta la iglesia sabiamente me mantuve en silencio.

Tenía cena con los Mannering aquella noche, y apenas me alcanzaba el tiempo para cabalgar hasta casa y cambiarme. Camino de Elysium Hill escuché a dos hombres que hablaban en la oscuridad. "Es curioso", dijo uno, "cómo desapareció toda huella de él. Ya sabe cuán locamente encariñada estaba mi esposa de esa mujer (aunque no entiendo qué pueda haber visto en ella), y quería que consiguiera yo su viejo carrito con los culies, no importa a qué precio. Lo llamo un capricho un tanto malsano, pero tengo que hacer lo que *memsahib* pida. Aunque no lo crea, el hombre que se lo alquilaba me ha dicho que los cuatro hombres -eran hermanos- murieron de cólera camino de Hardwar, ¡pobres diablos! En cuanto al carrito, él mismo lo deshizo. Me dijo que nunca usaba el carrito de una *memsahib* muerta. Que es de mala suerte. Extraña idea, ¿no le parece? ¡Imagínese, la pobre señora Wessington echándole a perder la suerte a alguien que no fuera ella misma!" En ese punto me reí en voz alta, y la risa me sacudió mientras la emitía. ¡De modo que sí había fantasmas de carritos, después de todo, con funciones fantasmales en el otro mundo! ¿Cuánto pagaba la señora Wessington a sus hombres? ¿Qué horario tenían? ¿Adónde iban?

Y como una respuesta visible a mi última pregunta, vi aquella cosa infernal en la luz mortecina, obstaculizándome el camino. Los muertos viajan rápido, y por atajos que los culies ordinarios desconocen. Reí en voz alta una segunda vez, cortando de pronto la carcajada, temeroso de estarme volviendo loco. Debí estar loco en cierta medida, pues

recuerdo que frené con las riendas a mi caballo llegando al carrito y, cortésmente le deseé "Buenas noches" a la señora Wessington. Su respuesta fue una que conocía yo demasiado bien. La escuché hasta el final. Repliqué entonces que todo aquello lo había oído ya antes, pero que si ella tenía algo que agregar, atendería con gusto. Algún demonio maligno, más fuerte que yo, debió entrar en mí aquella noche, pues tengo vagas memorias de haber comentado, por cinco minutos, los sucesos cotidianos de aquel día con la cosa que tenía enfrente.

-¡Está loco de atar el pobre diablo, o borracho! Max, mira si puedes convencerlo que se vaya a su casa.

¡De seguro *aquélla* no era la voz de la señora Wessington! Los dos hombres me habían escuchado hablar con el aire, y regresaban para cuidarme. Se mostraron muy amables y considerados, y de sus palabras deduje que me creían sumamente borracho. Les di las gracias atropelladamente y cabalgué hasta mi hotel, donde me cambié; llegué diez minutos tarde a casa de los Mannering. Alegué como excusa lo oscuro de la noche, Kitty me reprochó por mi nada romántica tardanza y nos sentamos.

La conversación se había generalizado ya. A socapa de ella dirigía yo algunas frases tiernas a mi novia cuando capté que, al extremo de la mesa, un hombre de corta estatura y patillas rojas describía, con mucho adorno, su encuentro aquella noche con un loco desconocido.

Unas cuantas oraciones me convencieron de que repetía el incidente de media hora atrás. En medio de su relato miró en derredor buscando aplausos, como hacen los narradores profesionales, tropezó con mi cara y sin más se desmoronó. Hubo un momento de penoso silencio, y el hombre de patillas rojas murmuró algo en el sentido de que "había olvidado el resto", sacrificando con ello la reputación de buen contador que había ido ganando las seis últimas temporadas. Lo bendije desde el fondo de mi alma y... seguí comiendo mi pescado.

A su debido tiempo la cena llegó a su fin. Con pesar genuino me separé de Kitty; tan cierto como estaba de mi existencia sabía que aquello me estaba esperando al otro lado de la puerta. El hombre de patillas rojas, que me fue presentado como el doctor Heatherlegh, de Simla, me ofreció compañía hasta donde nuestros caminos se separaran. Acepté la oferta con gratitud.

El instinto no me había engañado. Estaba presto en el Mall y, con lo que parecía una burla demoniaca de nuestras costumbres, tenía la lámpara frontal encendida. El hombre de patillas rojas abordó la cuestión de inmediato, mostrando con su modo de hacerlo que había estado pensando sobre el caso durante toda la cena.

-Dígame, Pansay, ¿qué diablos le ocurrió esta noche en el Elysium Road?

Lo súbito de la pregunta me arrancó una respuesta antes de que tuviera conciencia de estar respondiendo.

-¡Eso! -dije, señalando aquello.

-*Eso* puede ser *delirium tremens* o la vista, por lo que deduzco. Ahora bien, usted no bebe. Lo comprobé durante la cena, así que no puede ser *delirium tremens.* Nada hay en absoluto allí donde señala, aunque esté usted sudando y temblando de miedo, como un pony asustado. Por tanto, saco en conclusión que se trata de la vista. Y de eso creo saberlo todo. Venga a casa conmigo. Vivo en la parte baja de Blessington.

Con intenso gozo vi que el carrito, en lugar de esperarnos, se mantenía veinte yardas adelante, fuéramos al paso, al trote o al paso largo. En el transcurso de aquella larga cabalgata nocturna dije a mi acompañante casi tanto como lo comunicado a ustedes aquí.

-Bien, pues ha echado a perder usted uno de los mejores cuentos con que haya tropezado -dijo-, pero se lo perdono tomando en cuenta por lo que ha pasado usted. Ahora, venga a casa y haga lo que le pida. Y cuando lo haya curado, jovencito, que esto le sirva de lección: hasta el día de su muerte manténgase alejado de las mujeres y de la comida indigesta.

El carrito se mantenía adelante, y mi amigo de las patillas rojas parecía derivar un gran placer de escucharme decirle dónde exactamente se encontraba el vehículo.

-La vista, Pansay; la vista, el cerebro y el estómago. Y el estómago es el peor de ellos. Tiene usted un exceso de cerebro engreído, demasiado poco estómago y una vista totalmente enferma. Ponga en condiciones el estómago y lo demás vendrá por sí solo. Y todo esto lo resolverán unas píldoras para el hígado. A partir de este momento me hago cargo de su cuidado médico, pues es usted un fenómeno demasiado interesante para que lo deje pasar.

En aquel instante estábamos en la parte baja de Blessington, en lo más profundo de sus sombras, y el carrito se detuvo bajo un grupo de pinos, situado en un saliente de pizarra. Instintivamente me detuve también, explicando la razón. Heatherlegh lanzó un juramento.

-Mire, si supone que me voy a pasar esta fría noche al pie de una colina a causa de una ilusión provocada por el estómago *cum* cerebro *cum* vista... ¡Dios nos apiade, qué ha sido eso?

Se escuchó un estallido apagado, justo frente a nosotros se levantó una cegadora nube de polvo, hubo un crujido, el ruido de ramas desgajadas y unas diez yardas del farallón -pinos, maleza y todo lo demás- se deslizó hasta el camino, bloqueándolo por completo. Los árboles desenraizados oscilaron y se tambalearon por un momento en la oscuridad, como gigantes ebrios, y enseguida cayeron postrados entre sus compañeros con un estrépito atronador. Nuestros caballos quedaron inmóviles, sudando de miedo. En cuanto el ruido de la tierra y las piedras derribadas cesó, mi acompañante murmuró:

-Amigo, si hubiéramos seguido avanzando, en este momento estaríamos en nuestras tumbas, a diez pies de profundidad. "Hay más cosas en el cielo y en la tierra..." Venga a casa, Pansay, y demos gracias a Dios. Necesito de inmediato un trago.

Buscamos otro camino por Church Ridge y, poco después de la medianoche, llegué a casa del doctor Heatherlegh.

Casi de inmediato comenzaron sus intentos por curarme, y en una semana no me separé de su lado. A lo largo de esa semana, en muchas ocasiones bendije a mi buena fortuna, que me había puesto en contacto con el mejor y más amable doctor de Simla. Día a día mi espíritu ganaba en alegría y se serenaba. Asimismo, día a día me inclinaba más por aceptar la teoría de Heatherlegh sobre una "ilusión espectral" relacionada con vista, cerebro y estómago. Escribí a Kitty, diciéndole que un esguince ligero, provocado por una caída del caballo, me tendría en cama unos días; que me recuperaría antes de que tuviera tiempo de lamentar mi ausencia.

El tratamiento aplicado por Heatherlegh era sencillo en cierta medida. Consistía en píldoras para el hígado, baños de agua fría y ejercicios enérgicos, hechos al oscurecer o muy temprano por la mañana, porque, como sagazmente observó el doctor: "Un hombre con un tobillo torcido no camina una docena de millas al día, y su joven amiga pudiera entrar en sospechas de verlo".

Al finalizar la semana, tras examinarme mucho la pupila y el pulso, y tras darme instrucciones estrictas respecto a la dieta y mis caminatas, Heatherlegh me despidió con igual brusquedad que cuando se hizo cargo de mí. He aquí su bendición de despedida:

"Amigo, certifico su cura mental, lo que equivale a decir que he curado una gran parte de sus dolencias corporales. Ahora, tome sus bártulos y váyase lo antes posible; váyase y corteje a la señorita Kitty."

Me esforzaba en expresarle mi agradecimiento por sus bondades, pero me interrumpió sin más:

-No piense que lo hice porque me agrade usted. Entiendo que se ha comportado como un verdadero canalla. Pero, de cualquier manera, es usted un fenómeno, y un fenómeno curioso en igual medida que canalla. ¡No! -y me silenció una segunda vez-. Ni una rupia, por favor. Salga de aquí y mire a ver si encuentra nuevamente ese problema de ojos-cerebro-estómago. Le daré un lakh cada ocasión que lo vea.

Media hora más tarde estaba en la sala de los Mannering con Kitty, ebrio con los efluvios de mi felicidad actual y el conocimiento de que nunca más me perturbaría aquella presencia espantosa. Firme gracias a la sensación de mi recién hallada seguridad, propuse un paseo en el acto y, de preferencia, al paso largo alrededor de Jakko.

Nunca me había sentido mejor, tan lleno de vitalidad y simple espíritu animal, como aquella tarde del 30 de abril. Kitty se mostró dichosa con mi cambio de aspecto, y me felicitó por ello con su estilo tan deliciosamente franco y abierto. Dejamos juntos la casa de los Mannering, riendo y hablando, y como en los viejos tiempos fuimos al paso largo por el camino de Chota Simla.

Tenía prisa de llegar al Sanjowlie Reservoir, para allí dos veces hacer segura mi seguridad. Los caballos daban su mejor esfuerzo, que parecía demasiado lento para mi mente impaciente. A Kitty le asombraba mi bullicio.

-¡Pero Jack -exclamó finalmente -, te estás comportando como un chiquillo! ¿Qué haces?

Estábamos justo antes del convento, y por un mero impulso de travesura hacía que mi Waler cabriolara y corcoveara a lo ancho del camino, cosquilleándolo con el lazo de mi látigo.

-¿Que qué hago ? -respondí-. Nada, querida. Exactamente ocurre eso. Si nada has hecho por una semana, excepto estar en cama, te sentirías tan alborotada como yo.

> Cantando y murmurando de alegría festiva, feliz de verte vivo;
> señor de la natura, de la tierra visible de los cinco sentidos.

No acababa de expresar mi cita cuando ya habíamos rodeado la curva que está después del convento; a las pocas yardas, veíamos hasta Sanjowlie. En el centro del recto camino estaban las libreas negras y blancas, el carrito de paredes amarillas y la señora Keith-Wessington. Tiré de las riendas, miré, me restregué los ojos y, creo, algo dije. Mi siguiente memoria es de verme boca abajo sobre el camino, Kitty, en llanto, arrodillada a mi lado.

-¿Se ha ido, pequeña? -pregunté entrecortadamente, Kitty se limitó a llorar con mayor amargura.

-¿Se ha ido qué, Jack querido? ¿Qué significa todo esto? Debe haber algún error en alguna parte, Jack. Un error terrible.

Estas palabras últimas me pusieron de pie, enloquecido, desvariando por unos momentos.

-Sí, *hay* un error en alguna parte -repetí-, un error terrible. Ven y míralo.

Tengo una idea vaga de haber arrastrado a Kitty, de la muñeca, por el camino hasta donde aquello estaba, implorándole que, por piedad, le hablara, le dijera que ella y yo

estábamos comprometidos, que ni la muerte ni el infierno podrían romper el nexo que nos unía, y sólo Kitty sabe cuántas expresiones más en la misma línea. Una y otra vez pedí apasionadamente al terror sentado en el carrito que comprobara todo lo que le había dicho, que me librara de una tortura que me estaba matando. Supongo que, mientras hablaba, debí contar a Kitty de mis relaciones con la señora Wessington, porque la vi escuchar atentamente, el rostro blanco y los ojos en llamas.

-Gracias, señor Pansay -dijo-, eso es *más* que suficiente. *Syce ghora láo.*

Los sirvientes, impasibles como lo están siempre los orientales, habían regresado con los caballos. Cuando Kitty montaba, así la rienda y rogué a mi amada que me oyera y perdonara. La respuesta fue una cortadura hecha con su látigo, que me cruzó el rostro de la boca al ojo, junto con una o dos palabras de adiós que, incluso ahora, me es imposible escribir. Por ello juzgo, y juzgo acertadamente, que Kitty lo sabía todo. Tambaleante, volví junto al carrito. Tenía el rostro cortado y sangrante; el golpe del látigo había producido un lívido cardenal. No tenía yo pundonor. Justo en ese momento Heatherlegh, quien debió estar siguiéndonos a cierta distancia, se acercó.

-Doctor -dije, señalando mi rostro-, he aquí la firma de la señorita Mannering en mi orden de baja y... le agradeceré que me pague ese *lakh* en cuanto le sea posible.

Incluso en la profunda infelicidad en que me veía, la expresión de Heatherlegh me movió a risa.

-Apuesto mi reputación profesional... -comenzó a decir.

-No sea tonto -susurré-. He perdido la felicidad de mi vida. Será mejor que me lleve a casa.

Mientras hablaba, el carrito desapareció. Entonces, perdí toda conciencia de lo que pasaba. La cima del Jakko pareció elevarse, girar como la cresta de una nube y caer sobre mí.

Siete días más tarde (es decir, el 7 de mayo) tuve conciencia de encontrarme acostado en la habitación de Heatherlegh, tan débil como un niño. Heatherlegh me miraba fijamente tras los papeles puestos en su escritorio. Sus primeras palabras no fueron consoladoras, pero me encontraba demasiado agotado para que me sacudieran.

-La señorita Kitty le regresó sus cartas. Ustedes, los jóvenes, se escriben mucho. Hay aquí un paquete que parece contener un anillo, y una especie de nota jovial de papá Mannering, que me tomé la libertad de leer y quemar. El anciano caballero no está contento con usted.

-¿Y Kitty? -pregunté apagadamente.

-Bastante más conmovida que su padre, por lo que dice. Con base en esto, supongo que dejó escapar usted un cierto número de recuerdos peculiares justo antes de llegar yo. Dice que cuando un hombre se ha comportado con una mujer como usted con la señora Wessington, debería matarse de lástima por los de su especie. Esta conquista suya es un diablillo arrebatado. Afirma, además, que sufría usted *delirium tremens* cuando aquella trifulca en el camino del Jakko. Dice que prefiere morir antes que volverle a hablar.

Gruñí y me puse de espaldas.

-Tiene usted una salida, amigo mío. Es necesario romper este compromiso, y los Mannering no desean mostrarse muy severos con usted. ¿Qué produjo la ruptura, el *delirium tremens* o ataques de epilepsia? Siento no poder ofrecerle mejor opción, a menos que prefiera una locura hereditaria. Déme su consentimiento y les diré que se trata de epilepsia. Todo Simla sabe lo ocurrido en Ladies'Mile. Le doy cinco minutos para pensarlo.

Creo que durante esos cinco minutos exploré a fondo los círculos más bajos del infierno que le es permitido al hombre transitar en esta tierra. Al mismo tiempo, me veía andar a tientas por el oscuro laberinto de la duda, la aflicción y la desesperación total. Me preguntaba, como Heatherlegh, en su silla, hubiera podido preguntárselo, cuál de esas terribles alternativas adoptar. Al poco, me oí responder en una voz que apenas reconocí:

-Por estos lugares se muestran execrablemente puntillosos acerca de la moral. Ofrézcales los ataques, Heatherlegh, junto con mi cariño. Y ahora, permítame dormir un poco más.

Entonces se unieron mis dos yo, y fui tan sólo yo (el medio enloquecido, el poseído por el diablo) que me revolví en la cama, siguiendo paso a paso lo ocurrido en el último mes.

"Pero estoy en Simla -me repetía sin cesar-. Yo, Jack Pansay, estoy en Simla, y en Simla no hay fantasmas. No tiene lógica que esa mujer insista en que los hay. ¿Por qué no pudo Agnes dejarme solo? Jamás le hice daño alguno. Bien pudo sucederme a mí en lugar de a ella. Sólo que yo nunca habría vuelto con el propósito de matarla. ¿Por qué no pueden dejarme solo, solo y feliz?"

Era pleno mediodía cuando desperté; muy bajo en el cielo estaba el sol cuando me dormí como duerme en el potro del tormento un criminal torturado: demasiado agotado para sentir ya el dolor.

Al día siguiente no pude levantarme. Heatherlegh me dijo por la mañana que había recibido respuesta del señor Mannering y que, gracias a sus buenos oficios (de él, Heatherlegh), la historia de mi desgracia se había dispersado a lo largo y a lo ancho de Simla, en donde todo el mundo sentía lástima por mí.

-Y es más de lo que se merece -concluyó con tono placentero-, aunque bien sabe el Señor que ha pasado usted por una prueba muy severa. No se preocupe usted, fenómeno perverso, que todavía lograremos curarlo.

Me negué firmemente a ser curado.

-Ha sido usted demasiado amable conmigo, viejo amigo -dije-, pero no creo que sea necesario molestarlo más.

En mi corazón sabía que nada de lo que Heatherlegh pudiera hacer aliviaría la carga puesta sobre mis hombros.

Junto con ese convencimiento vino una sensación de desesperanza, de rebelión impotente ante la sinrazón del asunto. Había docenas de hombres tan malos como yo, a quienes el castigo les había sido reservado para el otro mundo; sentí que era amarga y cruelmente injusto que sólo a mí se me escogiera para destino tan espantoso. Al cabo de un tiempo aquel estado de ánimo dio lugar a otro, en el cual parecía que el carrito y yo fuéramos las únicas realidades en el mundo de sombras: que Kitty era un fantasma; que Mannering, Heatherlegh y los demás hombres y mujeres que conocía eran todos fantasmas; y las grandes y grises colinas sombras vanas, creadas para torturarme. Pasando de un humor a otro, por siete fatigantes días me revolví en todas direcciones; mi cuerpo se fortalecía cada día más, hasta que el espejo de la habitación me dijo que había vuelto yo a la vida cotidiana y era, de nuevo, como los otros hombres. Cosa bastante curiosa, mi rostro no mostraba señales de la lucha ocurrida. Estaba pálido, desde luego, pero tan falto de expresión y tan común y corriente como siempre. Esperaba ver alguna alteración permanente, alguna prueba visible de la enfermedad que me consumía. Nada hallé.

El 15 de mayo dejé la casa de Heatherlegh a las once de la mañana. Mi instinto de soltero me llevó al club. Descubrí que todos conocían mi historia en la versión de

Heatherlegh, y se mostraron, con desmañadas maneras, desusadamente amables y atentos No obstante, comprendí que, el resto de mi vida natural, estaría entre ellos, pero no sería de ellos, y envidié con amargura suma a los risueños culies del Mall. Almorcé en el club y, a las cuatro, anduve sin propósito fijo por el Mall, con la vaga esperanza de tropezar con Kitty. Cerca del quiosco para la banda se me unieron las libreas en blanco y negro, y escuché a mi lado el consabido llamado de la señora Wessington. Lo venía esperando desde que salí, y lo único que me sorprendió fue cuánto tardó en presentarse. El carrito fantasma y yo caminamos en silencio, uno junto al otro, por el camino de Chota Simla. Cerca del bazar, Kitty y un hombre, a caballo, nos alcanzaron y dejaron atrás. Si me atengo a la actitud de ella, bien podría haber sido yo un perro de la calle. Ni siquiera me ofreció el cumplido de acelerar el paso, que en la lluviosa tarde habría sido una buena excusa.

Así, Kitty y su acompañante, tal como yo y mi fantasmal enamorada, dimos vuelta al Jakko en parejas. El camino fluía de agua, los pinos desbordaban como desagües sobre las rocas y el aire estaba lleno de una lluvia fina y violenta. Dos o tres veces me sorprendí diciéndome casi en voz alta: "Soy Jack Pansay, de permiso en Simla, *en Simla.* En la Simla de todos los días, en la Simla ordinaria. No debo olvidar esto, no debo olvidar esto." Entonces trataba de recordar algunas de las hablillas escuchadas en el club: los precios que fulano de tal pedía por sus caballos.., de hecho, cualquier cosa relacionada con el mundo anglo-indio cotidiano que tan bien conocía. Incluso me repetí con premura las tablas de multiplicar, para asegurarme de que no estaba perdiendo los sentidos. Me consoló mucho, e incluso debió impedirme por un tiempo escuchar a la señora Wessington.

Una vez más subí lentamente la cuesta del convento y entré al camino recto. Aquí Kitty y el hombre tomaron el paso largo y quedé a solas con la señora Wessington. "Agnes", dije, "¿quieres bajar el toldo y explicarme de qué se trata?" La capota bajó silenciosamente y quedé cara a cara con mi fenecida y enterrada amante. Llevaba puesto el vestido en que la vi por última vez viva; en la mano derecha tenía el mismo pañuelo diminuto y, en la izquierda, el mismo tarjetero. (Una mujer muerta ocho meses antes ¡con un tarjetero!) Tuve que asirme a las tablas de multiplicar y sujetarme con ambas manos al parapeto de piedra del camino para asegurarme de que al menos todo eso era real.

-Agnes -repetí-, por el amor de Dios dime lo que significa todo esto.

La señora Wessington se inclinó hacia adelante, con ese gesto de la cabeza rápido y peculiar que tan bien le conocía, y habló.

Si mi relato no hubiera sobrepasado ya, tan locamente, los límites de toda credulidad humana, debería pedir disculpas en este momento. Como sé que nadie -ni siquiera Kitty, para quien lo escribo como una especie de justificación de mi conducta- me creerá, continuaré. La señora Wessington habló, y caminé con ella del camino de Sanjowlie hasta la desviación junto a la casa del general en jefe, tal como podría haber caminado al lado del carrito de cualquier mujer viva, hundido en profunda conversación. La segunda y más atormentadora de mis condiciones de enfermo se había apoderado súbitamente de mí y, como el príncipe en el poema de Tennyson, "parecía moverme en un mundo de fantasmas". En casa del general en jefe se había dado una reunión, y los dos nos unimos a la multitud que se encaminaba a sus casas. Al mirarlos, pensé que *ellos* eran las sombras -sombras impalpables, fantásticas-, que se apartaban para dejar pasar el carrito de la señora Wessington. No puedo -en realidad, no me atrevo a- contar lo que dijimos en el transcurso de aquella entrevista sobrenatural. Por todo comentario Heatherlegh habría reído brevemente y comentado que "estuve coqueteando con una

quimera creada por el cerebro-ojo-estómago". Fue una experiencia espantosa y, sin embargo, de algún modo indefinible, maravillosamente apreciable. ¿Será posible, me pregunté, que vaya a cortejar en esta vida, una segunda vez, a la mujer que maté con mis descuidos y crueldades?

Tropecé con Kitty en el camino a casa: una sombra entre sombras.

Si describiera todos los incidentes de los quince días siguientes en el orden que ocurrieron, nunca terminaría mi relato y agotaría la paciencia de ustedes. Una mañana tras otra, un atardecer tras otro, el carrito fantasma y yo paseábamos juntos por todo Simla. Fuera adonde fuere, las cuatro libreas en negro y blanco me seguían, dándome compañía desde y hasta mi hotel. En el teatro, los encontraba en medio de la aullante multitud de *jhampanies;* en el porche del club tras una larga velada de *whist;* en el baile, esperando pacientemente mi salida; a plena luz del día cuando iba de visita. Excepto que no producía una sombra, el carrito era, en todos los sentidos, tan real de ver como uno de madera y hierro. De hecho más de una vez hube de contenerme para no advertir a un amigo lanzado al galope que estaba por chocar contra él. Más de una vez caminé Mall abajo en honda conversación con la señora Wessington, para indescriptible asombro de los transeúntes.

Antes de que hubiera pasado una semana de mi regreso, supe que la teoría de los "ataques" había sido descartada en favor de una locura. Sin embargo, en nada cambié mi modo de vida. Fui de visita, paseé a caballo y cené fuera tan a menudo como antes. Tenía por la sociedad de mi clase una pasión como jamás la había sentido; ansiaba verme entre las realidades de la vida; al mismo tiempo, me sentía vagamente infeliz cuando por un lapso demasiado largo me veía separado de mi fantasmal compañía. Sería casi imposible describir los estados de ánimo variables por que pasé del 15 de mayo a la fecha.

La presencia del carrito me llenaba, por etapas, de horror, de miedo ciego, de una especie de placer apagado y de completa desesperación. No me atrevía a dejar Simla; sabía a la vez, que mi estancia allí me mataba. Sabía, además, que mi destino era morir lentamente, un poco cada día. Mi única obsesión era concluir con el castigo lo más calladamente posible. Alternadamente, anhelaba ver a Kitty, y con divertido interés observaba sus coqueteos desaforados con mi sucesor o, para hablar con mayor precisión, mis sucesores. Era tan ajena a mi vida como yo a la suya. De día vagaba con la señora Wessington, casi satisfecho. De noche, imploraba al cielo que me permitiera volver al mundo de antaño. Y por encima de esos estados de ánimo variables flotaba la sensación de un pasmo apagado y adormecedor porque lo visible y lo invisible se mezclaban de un modo tan extraño en este mundo para llevar a la tumba a una pobre alma.

Agosto 27. Heatherlegh se ha mostrado infatigable en los cuidados que me presta; apenas ayer me dijo que debería solicitar un permiso por enfermedad. ¡Un permiso para escapar de la compañía de un fantasma! ¡Una petición para que el gobierno me permita graciosamente librarme de cinco fantasmas y de un carrito incorpóreo yéndome a Inglaterra! La propuesta de Heatherlegh me hizo caer en una risa casi histérica. Le dije que esperaría el fin tranquilamente en Simla, y estoy seguro de que ese fin no se encuentra muy lejano. Créanme, temo su llegada más de lo que pueda expresar palabra alguna, y noche a noche me torturo con mil especulaciones acerca de cómo moriré.

¿Moriré en mi cama decentemente, como corresponde a un caballero inglés? ¿Ocurrirá que en un último paseo por el Mall me arrancarán el alma, colocándola para siempre jamás al lado de ese fantasma espeluznante? En el otro mundo ¿volveré a la relación perdida o me uniré a Agnes odiándola, atado a ella por toda la eternidad? ¿Rondaremos ambos, por el escenario en donde transcurrieron nuestras vidas, hasta la

terminación del tiempo? Según se acerca el día de mi muerte, crece en intensidad el horror profundo que toda carne viviente siente por todo espíritu escapado de la tumba. Es una cosa terrible hundirse rápidamente entre los muertos cuando apenas se ha completado una mitad de la vida. Mil veces más terrible es esperar, como yo lo hago en medio de ustedes, por no sé cuál terror inimaginable. Compadézcanme, aunque sólo sea en razón de mi "ilusión", pues bien sé que jamás creerán lo escrito aquí. Pero si alguna vez un hombre fue llevado a la muerte por los poderes de las tinieblas, ese hombre soy yo.

Para, además, ser justos, compadézcanla. Porque tan seguro como alguna vez un hombre haya matado a una mujer, yo maté a la señora Wessington. Y la última parte de mi castigo comienza a caer sobre mí.

LA CAZA DEL SNARK
Una agonía en ocho espasmos
Lewis Carroll

PREFACIO:

Si, y esto es algo desatinadamente posible, se acusara al autor de este breve, pero instructivo poema, de escribir tonterías, estoy convencido de que dicha acusación estaría basada en el siguiente verso:

Entonces el bauprés y el timón se confundían en ocasiones.

En vista de esta dolorosa posibilidad, no apelaré indignado (como podría hacer) a mis otros escritos para demostrar que soy incapaz de algo semejante; no aludiré (como podría hacer) al fuerte propósito moral de este poema, ni a los principios aritméticos tan precavidamente inculcados en él, ni a sus nobles enseñanzas de historia natural. Prefiero adoptar el procedimiento más prosaico de explicar simplemente cómo ocurrió todo.

El capitán, que era especialmente sensible en cuanto a las apariencias, solía hacer que el bauprés fuese desembarcado una o dos veces por semana para barnizarlo y en más de una ocasión, al llegar el momento de volverlo a poner en su sitio, no había nadie a bordo que supiese a qué extremo del barco pertenecía. Todos sabían que no servía de nada consultar al capitán, ya que éste simplemente se habría referido a su Código Naval y habría leído en voz alta y patética las Instrucciones del Almirantazgo, que nadie en el barco entendía, así que generalmente terminaban por sujetarlo, como podían, sobre el timón. El timonel solía observar todo esto con lágrimas en los ojos: *él* sabía que estaba mal hecho, pero, ¡ay!, el artículo 42 del Código: "Nadie hablará al Hombre del Timón", había sido completado por el mismísimo capitán con la palabras: "y el Hombre del Timón no hablará con nadie". Así que quejarse era imposible y hasta el siguiente día que tocase barnizar no podría realizarse ningún movimiento con el timón. Durante esos desconcertantes intervalos, el barco normalmente navegaba hacia atrás.

Como, de alguna forma, este poema está conectado con la balada de Jabberwock, dejadme aprovechar esta oportunidad para contestar a una pregunta que me han hecho a menudo: cómo pronunciar "deslizosos tovos". La "i" de "deslizosos" es como la "i"; de "amistosos", y "tovos" se pronuncia de manera que rime con "lodos". Así mismo, la primera "o" de "borogovos" se pronuncia como la "o" de "loro". He oído gente que trata de pronunciarla como la "o" de "ahoga". Tal es la perversidad humana.

Ésta también me parece una buena ocasión para llamar la atención sobre otras palabras difíciles del poema. La Teoría de Humpty-Dumpty, la de dos significados metidos en una sola palabra como en un maletín, me parece una buena explicación para todas ellas.

Por ejemplo, tomemos las palabras "humeante" y "furioso". Imaginad que deseáis decir las dos palabras, pero no sabéis cuál pronunciar primero Si vuestros pensamientos se inclinan, aunque sea levemente, hacia "humeante", diréis "humeante-furioso"; si por un pelo, se inclinasen hacia "furioso", diríais "furioso-humeante": pero, si tuvieseis el extraño don de una mente en perfecto equilibrio, diríais "humioso".

Supongamos que cuando Pistol pronunció la famosa frase:

¿Bajo qué rey bellaco? Habla o muere!

el juez Shallow hubiera sabido con certeza que se trataba de William o de Richard, pero, al no saber cuál de los dos exactamente, no podría decir primero uno y luego otro. No podemos dudar que para evitar morir habría exclamado: "¡Rilchiam!"

ESPASMO I

EL DESEMBARCO

"¡Éste es lugar del *snark*!", gritó el capitán,
mientras desembarcaba con cuidado a su tripulación,
manteniendo a cada hombre por encima de las olas
con la ayuda de un dedo enredado en su pelo.

"¡Éste es lugar del *snark*! Lo he dicho dos veces:
eso alentará a la tripulación.
¡Este es lugar del *snark*! Lo he dicho tres veces:
lo que yo diga tres veces es verdad."

La tripulación estaba completa. Incluía un limpiabotas,
un fabricante de gorras y bonetes,
un abogado, para que mediase en las disputas,
y un tasador, para que evaluase sus bienes.

Un jugador de billar, muy habilidoso,
que podría haberse hecho de oro,
de no ser por que un banquero, que resultaba un empleado muy caro,
cuidaba el dinero de todos.

También había un castor, que paseaba por la cubierta,
o que se sentaba en la proa a hacer encajes,
y que (según el capitán) les había salvado muchas veces de naufragar,
aunque ningún marinero sabía cómo.

Había uno que era famoso por el número de cosas
que se había olvidado al subir al barco:
su paraguas, su reloj, todas sus joyas y anillos,
y la ropa que había comprado para el viaje.

Tenía cuarenta y dos cajas, empaquetadas con gran cuidado,
con su nombre escrito claramente en ellas,
pero, como se le olvidaron,
todas se quedaron en la playa.

La pérdida de sus ropas no importaba casi nada, porque
cuando llegó al barco llevaba puestos siete abrigos
y tres pares de botas. Sin embargo, lo peor era

que había olvidado totalmente su nombre.

Contestaba a cualquier "¡Eh!" o a cualquier otro grito,
como "¡Morralla!" o "¡Buñuelo de pelos!",
o "¡Sea cual sea tu nombre!" o "¡Como te llames!",
pero, especialmente, a "¡Ese!".

Mientras de aquellos que preferían usar expresiones más enérgicas
recibía distintos nombres,
sus amigos íntimos le llamaban "Cabo de vela",
y sus enemigos, "Queso tostado".

"Su apariencia es desgarbada, su inteligencia poca"
(así decía a menudo el capitán),
"¡pero su coraje es perfecto! Y al fin y al cabo,
eso es lo que se necesita para cazar un *snark."*

Gastaba bromas a las hienas, devolviéndoles la mirada
con un descarado movimiento de cabeza,
y una vez fue a pasear, mano a mano, con un oso
"sólo para levantarle el ánimo", dijo.

Vino como panadero, pero admitió, demasiado tarde,
y esto volvió medio loco al capitán,
que sólo sabía hacer pastel de boda, para el que, yo aseguro,
no tenían ingredientes.

El último tripulante merece una observación especial.
Aunque parecía un increíble asno,
sólo tenía una idea, pero como ésta era el *snark,*
el capitán le contrató de inmediato

Vino de carnicero, pero gravemente. declaró,
cuando el barco ya llevaba una semana navegando,
que sólo era capaz de matar castores. El capitán se asustó
y tan asustado estaba que ni una sola palabra pudo articular.

Pero, más tarde, explicó, con voz temblorosa,
que había sólo un castor a bordo,
que estaba amaestrado y que era suyo,
por lo que su muerte sería profundamente lamentada.

El castor, que por casualidad escuchó esta observación,
protestó, con lágrimas en los ojos,
diciendo que ni el éxtasis producido por la caza del *snark*
podría compensarle este tremendo disgusto.

Pidió insistentemente que el carnicero viajara
en otro barco distinto.
Pero el capitán dijo que esto no concordaba
con los planes que había hecho para el viaje.

Navegar era siempre un arte muy difícil,
aunque fuese con un barro y una sola campana,
por tanto se temía que debía negarse
a contratar a otro.

Lo mejor que podía hacer el castor era, sin duda, buscarse
un abrigo de segunda mano a prueba de cuchillos.
Eso le aconsejó el panadero, y después debería
asegurar su vida en una compañía respetable

Esto le sugirió el banquero, quien se ofreció a alquilarle
(en buenas condiciones), o a venderle,
dos excelentes pólizas: una contra el fuego
y otra contra los daños producidos por el granizo.

Sin embargo, todavía, desde ese triste día,
pase por donde pase el carnicero,
el castor mira hacia otro lado
y se muestra inexplicablemente reservado.

ESPASMO II

EL DISCURSO DEL CAPITÁN

Al mismísimo capitán todos ponían por las nubes.
¡Qué porte, qué naturalidad y qué gracia!
¡Qué solemnidad, también! ¡Cualquiera podía ver que era un hombre sabio,
con sólo mirarle a la cara!

Había comprado un gran mapa del mar,
sin un solo vestigio de tierra.
Y toda la tripulación estaba encantada, al ver que era
un mapa comprensible para ellos.

"¿Qué utilidad tienen el Ecuador, el Polo Norte y las zonas de Mercator,
los Trópicos y las líneas de los Meridianos?"
Así decía el capitán. Y la tripulación contestaba:
"¡Son solamente signos convencionales!"

"Otros mapas tienen formas, con las islas y los cabos,
pero nosotros debemos agradecer a nuestro valiente capitán
(así hablaba la tripulación) que nos haya comprado el mejor...
¡un perfecto y absoluto mapa blanco!"

Esto era maravilloso, sin duda, pero pronto averiguaron
que el capitán, al que ellos tenían en tan buena estima,
sólo tenía una idea para cruzar el océano,
y ésta era tocar su campana.

Era pensativo y serio, pero las ordenes que daba
eran suficientes para desorientar a la tripulación.

Cuando gritaba "¡Girad a estribor, pero dejad la proa a babor!",
¿qué diablos podía hacer el timonel?

Entonces el bauprés y el timón se confundían en ocasiones,
algo que, como decía el capitán,
ocurre frecuentemente en climas tropicales,
cuando una nave está, por decirlo así, "snarkada".

Pero el fallo principal ocurrió durante la navegación,
y el capitán, perplejo y afligido,
dijo que él *había* esperado, al menos, que cuando el viento soplara
hacia el Este, el barco *no* fuese rumbo al Oeste.

Pero el peligro había pasado. Por fin habían desembarcado,
con sus cajas, maletas y bolsas.
Sin embargo, a primera vista, a la tripulación no le gustó el paisaje,
que estaba plagado de acantilados y rocas.

El capitán percibió que los ánimos estaban bajos
y contó, en tono melodioso,
algunas bromas que se había guardado para las ocasiones de aflicción.
Pero la tripulación no hacía más que gemir.

Les sirvió ponche con mano generosa
y les invitó a sentarse en la playa,
y ellos reconocieron que su capitán tenía un magnífico porte,
mientras permanecía de pie lanzándoles un discurso.

"¡Amigos, nobles y campesinos, prestadme atención!"
(A todos les gustaban las citas,
así que a su salud bebieron y gritaron tres hurras,
mientras él les servía otro vaso.)

"¡Hemos navegado varios meses, hemos navegado muchas semanas
(cuatro al mes, podéis anotar)
pero todavía, hasta este momento (y es vuestro capitán el que habla),
no hemos visto, ni por asomo, *un snark!*

¡Hemos navegado muchas semanas, muchos días
(siete por semana, lo reconozco),
pero nunca un *snark,* sobre el que nos encantaría poner la vista,
nos hemos encontrado hasta ahora!

Venid, escuchad, compañeros, mientras os vuelvo a decir
las cinco señas infalibles
por las que vosotros sabréis, donde quiera que vayáis,
que se trata de un genuino *snark.*

Vamos a conocerlas por orden. Primero, el sabor,
que es escaso y engañoso, pero crujiente,
como un abrigo que está demasiado ajustado a la cintura,
con un aroma a gusto de alfeñique.

Su hábito de levantarse tarde, estaréis de acuerdo conmigo
en que va demasiado lejos, cuando os digo
que normalmente desayuna a la hora del té
y cena al día siguiente.

Tercero, es lento para entender un chiste;
si os atrevéis, probad con alguno,
y suspirará como una criatura muy triste
y siempre estará serio ante un juego de palabras.

Cuarto, le encantan las cabinas de baño,
que constantemente lleva de uno a otro lado,
porque cree que le añaden belleza al paisaje...
Opinión que puede dudarse.

Quinto, es ambicioso. Pero debemos
describir dos grupos;
distinguir entre los que tienen plumas y pican,
y los que tienen bigote y arañan.

Porque, aunque normalmente un s*nark* no hace daño,
es mi obligación deciros que algunos son *boojums*..."
El capitán, alarmado, se quedó de repente callado
al ver que el panadero se había desmayado.

ESPASMO III

LA HISTORIA DEL PANADERO

Le reanimaron con panecillos, le reanimaron con hielo.
Le reanimaron con mostaza y con berros.
Le reanimaron con mermelada y con consejos juiciosos,
y le pusieron enigmas que resolver.

Cuando por fin se sentó y pudo hablar,
su triste historia se ofreció a contar.
Y el capitán gritó: "¡Silencio! ¡Ni un ruido!",
y excitado su campana se puso a tañer.

¡Se hizo un completo silencio! Ni un ruido, ni una voz,
apenas un lamento o un gemido,
mientras el hombre al que llamaban "¡Eh!" contaba su desdichada
historia en tono antediluviano.

"Mi padre y mi madre eran honrados, aunque pobres..."
"¡Sáltate eso!", interrumpió el capitán.
"Si se hace de noche, no podremos divisar un *snark*
y no tenemos ni un minuto que perder."

"Me saltaré cuarenta años", dijo el panadero llorando,"

y seguiré, sin más dilación, contando
el día en que me admitisteis en vuestro barco,
para ayudaros a cazar un *snark.*

Un tío mío muy querido (que me dio su nombre)
observó, cuando fui a despedirme de él..."
"¡Oh, sáltate a tu querido tío!", exclamó el capitán,
tocando enfadado su campana.

"Él me dijo entonces", siguió en tono amable,
"si tu *snark* es un *snark,* está bien:
tráelo a casa por todos los medios. Puedes servirlo con verdura,
y es útil para encender una vela.

Puedes buscarlo con dedales, buscarlo con cuidado,
cazarlo con tenedores y esperanza,
con acciones de los ferrocarriles amenazarlo
y hechizarlo con sonrisas y jabón..."

("Ése es exactamente el método", dijo, decidido,
el capitán en un paréntesis repentino,
"¡Esa es exactamente la forma que a mí siempre me han contado
para intentar la caza del *snark*!")

"'¡Pero, ay. radiante sobrino, guárdate de ese día,
si tu *snark* es un *boojum*!. ¡Porque entonces ese día.
suave y repentinamente, tú desaparecerás
y nadie podrá encontrarte otra vez!'

Esto es, esto es lo que oprime mi alma,
cuando pienso en las ultimas palabras de mi tío.
¡Y mi corazón no es más que un tazón
rebosante de temblorosa cuajada.

Esto es, esto es..." "Ya hemos oído esto antes",
dijo el capitán indignado.
Y el panadero contestó: "Dejadme decirlo una vez más:
¡Esto es, esto es lo que yo me temía!

Entablo con el *snark,* cada noche cuando oscurece,
una delirante lucha en sueños.
Lo sirvo con verdura en esas escenas sombrías
y también lo uso para encender cerillas.

Pero si alguna vez me encuentro con un *boojum,* ese día,
en un momento (estoy seguro de ello).
suave y repentinamente desapareceré
¡y esta idea es la que no puedo soportar!"

ESPASMO IV

LA CAZA

El capitán, encolerizado, frunció el ceño.
"¡Si tú hubieras hablado antes!
¡Ha sido inoportuno mencionar esto ahora,
con el *snark,* por así decirlo, a un paso de nosotros!

Todos lamentaríamos, puedes imaginarte,
otra vez no volver a encontrarte.
¿Pero, por qué, amigo, no sugeriste esto
cuando empezó el viaje?

Es excesivamente torpe mencionar esto ahora....
como creo que ya he dicho antes."
Y el hombre de nombre "¡Eh!" contestó suspirando:
"Os informé de esto el día del embarque.

¡Podéis acusarme de asesinato o de falta de sentido
(todos somos débiles a veces):
pero ni el más leve acercamiento a la falsedad
se encuentra entre mis delitos!

Lo dije en hebreo, lo dije en holandés,
lo dije en alemán y en griego;
pero olvidé completamente (y eso me enfada mucho)
¡que vosotros habláis en inglés!"

"Es una triste historia", dijo el capitán, cuya cara
se había alargado con cada palabra,
"pero ahora que nos has contado todo,
sería absurdo seguir hablando de ello.

El resto de mi discurso (les explicó a sus hombres)
lo oiréis cuando tenga tiempo,
pero ahora el *snark* esta cerca, ¡os lo vuelvo a repetir!,
y buscarlo es nuestro glorioso deber.

¡Buscarlo con dedales, buscarlo con cuidado,
perseguirlo con tenedores y esperanza,
con acciones del ferrocarril amenazarlo
y hechizarlo con sonrisas y jabón...!

Como el *snark* es una criatura peculiar, no lo cazaremos
de una manera normal.
Haced todo lo que ya sabéis y probad lo que no sabéis.
¡No podemos perder ni una oportunidad hoy!

Porque Inglaterra espera... me abstengo de seguir:
es una frase tremenda, aunque trivial.
Mejor será que vayáis desempaquetando lo que necesitáis
y os preparéis para la lucha.

Entonces el banquero endosó un cheque en blanco (que había cruzado)
y cambió las monedas en billetes.
El panadero, con cuidado, se peinó los bigotes y el pelo,
y sacudió el polvo de sus abrigos.

El limpiabotas y el tasador afilaron el pico...
utilizando la muela por turnos.
Y el castor seguía haciendo encajes y no mostraba
ningún interés en el asunto.

El abogado trató de apelar a su orgullo
y en vano le citó
un gran número de casos, en los que hacer encaje
se había demostrado que era, de la ley, una violación.

El fabricante de bonetes planeaba ferozmente
una nueva disposición para los lazos.
Mientras el jugador de billar, con temblorosa mano,
se pintaba con tiza la punta de la nariz.

Mas el carnicero se puso nervioso y se vistió muy elegante,
con guantes de cabritilla amarillos y chorreras...
Dijo que se sentía exactamente como el que va a una cena,
a lo que el capitán observó: "¡Qué tontería!"

"¿Me presentaréis, 'aquí, un buen tipo', le decía,
si ocurre que nos los encontramos juntos?"
Y el capitán, sacudiendo sagazmente la cabeza,
dijo: "Eso dependerá del tiempo de ese día."

El castor, simplemente, se puso a saltar de alegría,
al ver al carnicero tan nervioso,
e incluso el panadero, aunque estúpido y bobo,
trató de esforzarse para guiñar un ojo.

"¡Actúa como un hombre!", gritó el capitán airado, al oír
que el carnicero estallaba en sollozos.
"¡Si nos encontramos con un jubjub, ese pájaro tan terrible,
necesitaremos todas nuestras fuerzas!"

ESPASMO V

LA LECCIÓN DEL CASTOR

Lo buscaron con dedales, con cuidado lo buscaron,
lo persiguieron con tenedores y esperanza,
con acciones del ferrocarril lo amenazaron
y lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Entonces el carnicero ideó un ingenioso plan
para hacer una incursión él solo,

y eligió un lugar no frecuentado por el hombre,
un valle tenebroso y desolado.

Pero el mismo plan se le ocurrió al castor,
que había elegido el mismo sitio,
mas ninguno demostró, con signos o palabras,
el disgusto que apareció en su cara.

Cada uno pensaba que el otro sólo tenía en su mente al *snark*
y el glorioso trabajo de ese día.
Y trataba de fingir que no se enteraba de que el otro
andaba por ese mismo camino.

Pero el valle se hizo cada vez más estrecho
y la tarde oscureció y hacía frío,
hasta que (por los nervios, no por buena voluntad)
ellos siguieron adelante, hombro con hombro.

Entonces un grito, agudo y estridente, estremeció el cielo,
y ellos supieron que algún peligro acechaba.
El castor palideció hasta la punta del rabo,
e incluso el carnicero se sintió un poco raro.

Pensó en su niñez, muy lejana en el tiempo,
un estado inocente y dichoso.
Y el sonido que le venía a la mente
era el del pizarrín rechinando en la pizarra

"¡Es la voz del jubjub!" grito de repente
(este hombre al que solían llamar "Asno").
"Como diría el capitán", añadió con orgullo,
"ya he explicado esta sensación anteriormente.

Es el canto del jubjub Sigue contando, te lo ruego:
con ésta, observarás que lo he dicho dos veces.
"Es la canción del jubjub! La prueba está completa
y sólo te lo he dicho tres veces."

El castor había contado con escrupuloso cuidado
y cada palabra atentamente escuchaba,
pero se descorazonó completamente y le invadió la desesperación
al ver que se daba esa tercera repetición.

Sentía que, a pesar de todos sus posibles esfuerzos,
de alguna manera había perdido la cuenta,
y lo único que cabía era devanarse los sesos
tratando de volver a calcular dicha cuenta.

"Dos más uno... ¡si es que se puede contar eso...",
dijo, "... con el pulgar y los dedos!",
mientras recordaba, entre lágrimas, cómo en su juventud
no se había esforzado en aprender a sumar.

"Eso puede hacerse", dijo el carnicero, "creo."
"Debe hacerse, estoy seguro.
¡Se hará! Tráeme papel y tinta,
hay tiempo para hacerlo."

El castor trajo papel, carpeta, pluma
y tinta en una gran provisión,
mientras unas horribles criaturas salieron de sus guaridas
y con ojos perplejos observaron aquella operación.

Tan absorto estaba el carnicero, que no les prestó atención,
mientras escribía con un lápiz en cada mano,
y con un lenguaje corriente explicaba todo
para que el castor pudiera entenderlo.

"Tomaremos el *tres* como base de este razonamiento...
una cifra muy fácil de escribir...
Le sumamos *siete y diez,* y después lo multiplicamos
por *mil* menos *ocho.*

Después, como ves, dividimos el resultado
entre *novecientos noventa y dos.*
Luego restamos *diecisiete,* y la respuesta debe
ser exacta y perfectamente cierta.

Me encantaría explicarte el método a seguir,
mientras lo tengo claro en mi mente,
si tuviéramos yo tiempo y tú cabeza...,
pero aún queda mucho por decir.

En un momento he visto lo que hasta ahora ha estado
oculto en un absoluto misterio
y ahora te daré, libremente y sin cargo adicional,
una lección de historia natural."

De esta forma genial siguió hablando
(olvidando todas las leyes de la propiedad,
ya que dar instrucciones, sin introducción,
causaría un gran revuelo en la sociedad).

"Por su temperamento, el jubjub es un ave terrible,
porque vive perpetuamente en cólera.
Sus gustos son absurdos en cuanto a la ropa
y está a años luz por delante en la moda.

Recuerda a todos los amigos que ha conocido antes
y nunca se deja sobornar,
y en las reuniones benéficas se queda en la puerta
y recoge el dinero..., aunque nada se digna aportar.

Su sabor, cuando está cocinado, es mucho más sabroso

que el del cordero, las ostras o los huevos.
(Algunos piensan que se conserva mejor en una jarra de marfil,
aunque otros opinan que en un barril de caoba.)

Se hierve en serrín, se sazona con gluten,
se espesa con langosta y una cinta.
Pero todavía el principal objetivo que hay que tener...
es mantener su forma simétrica."

El carnicero habría estado hablando encantado hasta el siguiente día,
pero se dio cuenta de que la lección debía terminar
y se atrevió a decir, llorando de alegría,
que al castor, su amigo había llegado a considerar.

Mientras el Castor confesó, con aspecto emocionado,
más elocuente incluso que las lágrimas,
que en diez minutos había aprendido mucho más que lo
que todos los libros, en setenta anos, le habían enseñado.

Volvieron de la mano, y el capitán desarmado
(durante un instante), y muy emocionado,
dijo: "¡Esto compensa ampliamente los aburridos días
que en el agitado océano hemos pasado!"

Tan amigos se hicieron, el castor y el carnicero,
que es algo nunca visto.
En invierno, o verano. siempre era lo mismo...
uno nunca podía ver al otro sin su amigo.

Y si alguna disputa surgía, como pasa a menudo
a pesar de que todos se esfuercen.
¡la canción del jubjub volvía a sus mentes
y cimentaba su amistad para siempre

ESPASMO VI

EL SUEÑO DEL ABOGADO

Lo buscaron con dedales, con cuidado lo buscaron,
lo persiguieron con tenedores y esperanza,
con acciones del ferrocarril lo amenazaron
y lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Pero el abogado, cansado de probar en vano
que el castor con su encaje estaba delinquiendo,
se durmió y en sus sueños vio claramente a la criatura
que su imaginación había estado buscando tanto tiempo.

Soñó que estaba ante un sombrío tribunal,
donde el *snark*, con una lente sobre el ojo,
toga, faja y peluca, defendía a un cerdo,

acusado de haber abandonado su pocilga.

Los testigos demostraron, sin fallo o error,
que la pocilga cuando la encontraron estaba vacía.
Y el juez siguió explicando lo que la ley establecía
en un tono dulce y subterráneo de voz.

La acusación no había sido claramente explicada,
parecía que el *snark* había empezado,
y durante tres horas había comentado, antes de que alguien adivinara
lo que se suponía que había hecho el cerdo acusado.

Los miembros del jurado tenían puntos de vista diferentes
(antes de que se leyese la acusación),
y todos hablaban a la vez y ninguno sabía
qué era lo que decía el resto de la gente.

"Debéis saber...", dijo el juez, pero el *snark* exclamó: "¡Tonterías!
¡Esta ley es bastante obsoleta!
Dejadme que os diga, amigos, que toda esta cuestión se basa
en un antiguo derecho feudal.

En cuanto a la traición, parecería que el cerdo
ha ayudado, pero no ha incitado.
Mientras que el cargo de insolvencia se descarta, eso esta claro,
si se admite como alegato nada hubo adeudado.

En cuanto a la deserción, no lo pongo en duda,
pero su culpa, creo, será anulada
(por lo menos en lo referente al coste de este pleito)
por la coartada que ha sido demostrada,

El destino de mi pobre cliente depende ahora de sus votos."
Aquí, el orador se sentó en su sitio
y se dirigió al juez para que consultara sus notas
y brevemente resumiera el caso.

Pero el juez dijo que nunca había hecho un resumen antes.
Así que el *snark* ocupó su lugar
¡y lo hizo tan bien que llegó más allá
de lo que los testigos habían dicho

Cuando se pidió que dieran el veredicto, el jurado declinó
porque esa palabra era muy difícil de deletrear.
Pero se atrevieron a pedirle al *snark*
que se ocupase de eso también.

Así que el *snark* dio el veredicto, aunque, como confesó,
estaba cansado por el esfuerzo del día.
Cuando dijo la palabra "¡CULPABLE!", todo el jurado gimió
y alguno incluso se desmayó.

Entonces el *snark* dictó sentencia, al estar el juez
demasiado nervioso para decir una sola palabra
Cuando se puso de pie, el silencio era tan total
que podía oírse una aguja caer.

"Destierro de por vida", fue la sentencia que dictó,
"y luego una multa de cuarenta libras tendrá que pagar."
Todo el jurado aplaudió. aunque el juez dijo que había temido
que la frase no tuviese un sonido legal.

Pero su explosión de júbilo pronto se vio truncada
cuando el carcelero les informó. entre llantos.
que dicha sentencia no tendría el más mínimo efecto
porque el cerdo había muerto hacía ya algunos años.

El juez se marchó del tribunal, con aspecto de profundo disgusto,
pero el *snark*, aunque un poco consternado,
como era el abogado encargado de la defensa,
siguió hasta el final cantando.

Esto soñó el abogado, mientras el canto parecía
hacerse más audible a cada momento,
hasta que le despertó el tañer de una furiosa campana
que el capitán tocaba a su oído.

ESPASMO VII

EL DESTINO DEL BANQUERO

Lo buscaron con dedales, con cuidado lo buscaron,
lo persiguieron con tenedores y esperanza,
con acciones del ferrocarril lo amenazaron
y lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Y el banquero, movido por un coraje tan novedoso
que fue objeto de comentario general,
salió como un loco hasta perderle de vista,
en su empeño por cazar el *snark.*

Pero mientras lo buscaba con dedales y cuidado,
un *bandersnatch* rápidamente se le acercó
y capturó al banquero, que de miedo chilló,
porque sabía que era inútil tratar de escapar.

Le ofreció un gran descuento, también le ofreció un cheque
(pagadero "al portador") por valor de más de siete libras,
pero el *bandersnatch* solamente estiró el cuello
y agarró de nuevo al banquero.

Sin descanso y sin pausa, mientras esas mandíbulas
no dejaban de chasquear alrededor,

se escapó, saltó, forcejeó y se desplomó,
hasta que, de un desmayo, al suelo cayó.

El *bandersnatch* se marchó mientras los otros venían,
atraídos por el grito de miedo,
y el capitán observó: "¡Es lo que me temía!"
Y solemnemente su campana tocó.

Tenía la cara negra y ellos apenas pudieron imaginar
el más mínimo parecido con lo que había sido antes,
porque tan grande era su miedo que su chaleco se había puesto blanco.
¡Algo realmente digno de ver!

Para horror de todos los que estaban presentes ese día,
se irguió vestido de etiqueta,
y por medio de muecas sin sentido procuró decir
lo que su lengua nunca más podría

Se hundió en una silla, pasándose las manos por el pelo,
y cantaba las más *mísvolas* canciones,
palabras que por necias demostraban su locura,
mientras hacía sonar dos huesos.

"¡Dejadlo a su suerte..., se esta haciendo tarde!",
gritó el capitán asustado.
"Hemos perdido la mitad del día. Cualquier otro retraso,
y no cazaremos un *snark* y la noche habrá llegado!'.

ESPASMO VIII

LA DESAPARICIÓN

Lo buscaron con dedales, con cuidado lo buscaron,
lo persiguieron con tenedores y esperanza,
con acciones del ferrocarril lo amenazaron
y lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Temblaban al pensar que la caza podía fallar,
y el castor, muy excitado,
saltaba sobre la punta del rabo,
mientras la luz del día se había desvanecido.

"¡Ya se oye gritar a *Ese*!", dijo el capitán.
"Grita como un loco, escuchad!
¡Agita los brazos y sacude la cabeza,
seguro que ha encontrado un *snark*!"

Miraban deleitados y el carnicero decía:
"¡Siempre fue un bromista terrible!"
Le vieron... a su panadero..., a su héroe sin nombre...
subido en una roca vecina.

Erguido y sublime, por un momento.
Al momento siguiente, la salvaje figura que miraban
(como presa de un espasmo) cayó en un abismo,
mientras todos asustados esperaban y escuchaban.

"¡Es un *snark*!", fue lo primero que oyeron
y a todos les parecía demasiado bueno para ser cierto.
Después siguió un torrente de risas y hurras,
luego las temidas palabras: "¡Es un *boo*...!"

Después, silencio. Algunos se imaginaron que oían en el aire
un suspiro cansado y errante,
que sonaba algo así como "¡...*jum*!", pero otros declararon
que sólo era el viento que soplaba.

Cazaron hasta que se hizo de noche, pero no encontraron
ni un botón, ni una pluma, ni una señal
que pudiera indicarles que estaban pasando
por donde el panadero había encontrado al *snark.*

En mitad de la palabra que trataba de decir,
en mitad de su risa y su júbilo,
suave y repentinamente desapareció...,
porque el *snark era* un *boojum*, ya veis.

EL CUENTO DEL CABALLERO
Geoffrey Chaucer

Nos cuentan viejas leyendas que había una vez un duque llamado Teseo, dueño y señor de Atenas. No existía por entonces conquistador más poderoso bajo el sol. Había conquistado muchos reinos de inigualable riqueza y, por su caudillaje y valor caballeresco, incluso el país de las Amazonas, que por aquel entonces se llamaba Escitia[59], y se había casado con Hipólita, su reina. Se la llevó a vivir con él a su propio país, con la mayor pompa y esplendor, junto con Emilia, la hermana menor de aquélla. Y aquí dejo a este noble duque y a sus huestes armadas cabalgando victoriosamente y al son de la música hacia Atenas.

Si no resultara demasiado largo de narrar, describiría pormenorizadamente cómo fue vencido por Teseo y sus caballeros el país de las Amazonas y, muy especialmente, la enconada batalla que sostuvieron los atenienses con ellas; cómo Hipólita, la feroz y hermosa reina de Escitia, fue asediada; la fiesta que se celebró cuando su boda y la gran tormenta[60] que les sobrevino en la travesía hacia su patria. Pero, de momento, debo omitir estos detalles, pues Dios sabe muy bien que tengo un gran campo que arar y que dispongo de débiles bueyes para tal menester. El resto de mi relato es bastante largo, y no quiero robar el tiempo a los demás. Que cada uno relate su cuento cuando le corresponda, y veremos quién gana el banquete. Voy, pues, a reanudar mi narración donde la dejé.

El duque del que iba hablando estaba ya en las inmediaciones de la ciudad cuando, en medio de su alegría y triunfo, observó por el rabillo del ojo a un grupo de mujeres vestidas de negro, arrodilladas de dos en dos, en hilera, a lo largo del camino. Sus lloros y lamentos eran tales que jamás criatura viviente alguna había oído algo semejante; no cesaron en sus gemidos hasta que consiguieron agarrar la brida y la rienda de su caballo.

-¿Quiénes sois que así turbáis mi regreso al hogar y la alegría general con vuestras lamentaciones? preguntó Teseo. ¿Por qué os quejáis y lamentáis así? ¿Acaso os molesta que reciba estos honores? ¿0 es que alguien os ha insultado u ofendido? Decidme qué es lo que debo enderezar y por qué razón vais así vestidas de negro.

Casi a punto de desmayo, con un semblante pálido como la muerte que partía el corazón, la dama de más edad empezó a hablar:

-Mi señor, a quien la diosa Fortuna[61] ha concedido la victoria y todos los honores dignos de un conquistador, no nos molestan ni vuestros laureles ni vuestro triunfo, sino que os pedimos ayuda y gracia. ¡Tened piedad de nuestra pena y de nuestro infortunio! Que de la nobleza de vuestro corazón caiga al menos una gota de piedad sobre nosotras, pobres mujeres, pues, mi señor, no hay ninguna de nosotras que, en el pasado, no haya sido duquesa o reina. Pero ahora, como podéis ver, somos las más infelices de las mujeres, gracias a la rueda traicionera de la diosa Fortuna que hace que los asuntos no nos sean propicios. Creednos, mi señor: hemos estado aguardando vuestra llegada en el

[59] Región al norte del mar Negro.
[60] Posiblemente, una referencia a la tormenta que la reina Ana soportó al llegar a Inglaterra para casarse con Ricardo II.
[61] La Fortuna se representaba como una rueda giratoria que hacía variar la suerte de los mortales.

templo de la diosa de la Piedad durante dos semanas enteras. Ahora, señor, ¡ayudadnos, ya que podéis hacerlo!

»Yo, que lloro aquí mi desgracia, fui en el pasado la esposa del rey Capaneo[62], el que sucumbió en Tebas. ¡Maldito sea aquel infausto día! Todas las que aquí sollozamos, vestidas de negro, perdimos a nuestros esposos durante el asedio de la ciudad. ¡Ay de nosotras! En este preciso momento, el anciano Creón, ahora señor de Tebas, lleno de cólera e iniquidad está deshonrando sus cadáveres: con desprecio tiránico ha hecho amontonar los cuerpos degollados de nuestros esposos y no quiere ni oír hablar de quemarlos o de darles sepultura, sino que, lleno de desprecio, los arroja a los perros para que los devoren.

Al decir esto cayeron de bruces, gritando lastimosamente: -Tened compasión de nosotras, infortunadas mujeres, y dejad que nuestro dolor penetre en vuestro corazón. Cuando el duque les oyó hablar, de un salto se apeó del caballo, con el corazón lleno de compasión al ver la desgracia y abandono de aquellas mujeres que habían tenido tan alto rango. Sintió tan intensa piedad, que parecía que el corazón le iba a estallar. Levantó con sus brazos a cada una de ellas y trató de infundirles ánimo, jurando por su condición de caballero que utilizaría todo su poder en vengarlas del tirano, hasta que toda Grecia conociera la forma en que Teseo iba a dar a Creón[63] la muerte a que se había hecho acreedor. Entonces, desplegó de inmediato su estandarte para congregar a sus hombres y se dirigió contra Tebas con todo su ejército. Ni siquiera media jornada se acercó a Atenas para descansar, sino que aquella noche pernoctó en el camino que conducía a Tebas. Envió a la reina Hipólita y a su joven y encantadora hermana Emilia a la ciudad de Atenas para que permanecieran allí mientras él seguía cabalgando. ¿Qué más puedo decir?

La roja imagen de Marte con su lanza y escudo resaltaba su gran estandarte blanco hasta que su reflejo brilló en todos los puntos de los campos que atravesó, junto al estandarte llevaba un pendón de oro, bordado con la figura del Minotauro, que había conquistado en Creta. De esta guisa el duque conquistador cabalgó con sus huestes -la flor de la caballería- hasta llegar a Tebas, donde se desplegaron en perfecto orden de batalla.

Para abreviar el relato: luchó con Creón, el rey de Tebas, y le mató en noble combate, como corresponde a un valiente caballero. Entonces, tras derrotar a los hombres de Creón, asaltó la ciudad, derribando murallas, vigas y puntales. Luego, Teseo restituyó a las mujeres los cadáveres de sus esposos para que recibieran sepultura siguiendo los ritos funerarios de costumbre. Tardaría demasiado en describir el griterío de las mujeres como expresión de su dolor cuando fueron incinerados los restos de sus esposos o en relatar la solemne ceremonia con que el noble conquistador de Teseo las obsequió en su despedida, pues quiero que mi cuento sea lo más breve posible.

Tras haber matado a Creón, tomado Tebas y dispuesto de todo el reino a su antojo, el noble duque Teseo pemoctó en el campamento al aire libre. A continuación dispuso del país a su gusto; los saqueadores se dedicaron al pillaje de los cadáveres, despojándolos de armas y ropajes. Sucedió que entre los cuerpos amontonados encontraron a dos jóvenes caballeros, que yacían uno al lado del otro y que iban vestidos con el mismo escudo de armas. Sus armaduras, ricamente elaboradas, estaban perforadas por varios golpes mortales. Uno de los caballeros se llamaba Arcite; el otro, Palamón. Aunque estaban medio vivos o medio muertos, como queráis, los heraldos los

[62] Uno de los siete que sitiaron Tebas.
[63] Gobernante de Tebas y prototipo de tirano

reconocieron, sobre todo por su equipo y sus escudos de armas, como primos y miembros, a su vez, de la real casa de Tebas. Los saqueadores los apartaron del montón de cadáveres y los transportaron con todo cuidado a la tienda de Teseo, quien, rechazando cualquier clase de rescate, los envió inmediatamente a Atenas condenados a cadena perpetua. Después de dictar estas disposiciones, el noble duque y su ejército se dirigieron directamente a casa, coronados con los laureles conquistados allí, y, no hace falta decirlo, vivió honrado y alegre el resto de sus días.

Mientras, Palamón y su amigo Arcite permanecían encerrados para siempre en un torreón, sufriendo pena y oprobio. Con ninguna cantidad de oro podría comprarse su libertad.

Así transcurrían los días y los años. Una mañana del mes de mayo ocurrió que Emilia -más hermosa que un lirio en su tallo verde y más lozana que el mes de mayo en su florido esplendor, pues su tez competía ventajosamente con las rosas- se había levantado y vestido antes de romper el alba como solía hacer a menudo.

Las noches de mayo no son propicias para el sueño. En esta época del año los corazones nobles se agitan y salen a su conjuro de su sopor:

-¡Levántate y rinde homenaje a la primavera!

Esto hizo recordar a Emilia que debía rendirse a los encantos del mes de mayo y se levantó de la cama. Imagináosla vestida con ropajes nuevos, con su cabello de un dorado rubio cayéndole por la espalda en forma de trenza de casi una yarda de longitud, vagando sin rumbo por el jardín al amanecer para recoger flores blancas y rojas y tejer con ellas una guirnalda para su cabeza y cantando con voz celestial como la de un ángel.

Un torreón enorme, de gruesos y recios muros, en el que estaban encarcelados los dos caballeros protagonistas de mi relato, constituía la mazmorra más importante del castillo y tenía una pared común con el muro que rodeaba el jardín en el que Emilia se estaba solazando. El sol brillaba aquella mañana con todo su esplendor y el pobre cautivo Palamón se había levantado como de costumbre. Por condescendencia de su carcelero paseaba por una habitación elevada desde la que podía contemplarse la bella perspectiva de la ciudad y también el verdoso jardín por el que Emilia, tan radiante y lozana, se estaba paseando. Mientras, el cautivo Palamón andaba tristemente de un extremo a otro del aposento, compadeciéndose de sí mismo y lamentándose en voz alta con cierta frecuencia: «¡Ay de mí! ¿Por qué habré nacido?» Fuera por casualidad o porque el destino lo había dispuesto así, su mirada se posó en Emilia, a través de una ventana fuertemente protegida con barrotes de hierro, cuadrados y macizos como si fueran estacas de madera. Al verla retrocedió dando un grito que le brotó de lo más profundo de su corazón. Al percibir el ruido, Arcite se puso en pie y preguntó:

-¿Qué te pasa, primo? ¿Por qué tienes esta mortal palidez? ¿Por qué has gritado? ¿Qué te ha alterado de esta forma? ¡Por el amor de Dios!, resígnate con nuestro encierro. No tienes otra alternativa. Estas penalidades son el designio de la diosa Fortuna; alguna disposición maligna de Saturno[64] y de las constelaciones lo permite, a pesar de todo lo que podamos hacer. Estaba ya escrito en las estrellas cuando nacimos; por duro que sea, debemos aceptar nuestro destino. Palamón replicó:

-Verdaderamente, primo, estás muy equivocado. No fue esta cárcel la que me ha hecho gritar, sino porque mi ojo ha sido herido por una saeta que me ha llegado al corazón y me temo que resulte mortal. La belleza de la dama que he visto vagar por el

[64] El maléfico influjo de Saturno provocará la muerte de Arcite.

jardín ha sido la única causa de mi grito y mi dolor. No puedo asegurar si se trata de una diosa o de una mujer, pero creo que se trata de la propia Venus.

Entonces cayó de rodillas y dijo:

Venus, si es tu voluntad manifestarte en este jardín a una criatura tan apenada y desgraciada como yo, ayúdanos a escapar de esta cárcel; sin embargo, si mi destino está irrevocablemente escrito y debo morir en cautividad, ten piedad de esta noble sangre humillada por la tiranía.

Pero mientras Palamón estaba hablando, los ojos de Arcite divisaron también a la dama que paseaba por el jardín. Quedó tan conmovido ante su belleza, que si Palamón había resultado herido, Arcite lo fue también en el mismo o mayor grado. Con tristeza dijo: -La lozana belleza de esa muchacha que pasea por ahí me ha asestado un golpe tan repentino como mortal; si no llego a obtener su piedad y su favor para que, al menos, pueda verla, seré hombre muerto. Es todo lo que puedo decir.

Cuando Palamón oyó estas palabras, replicó secamente: -¿Dices esto en broma o en serio?

-En serio y de buena fe -repuso Arcite-. Dios es testigo de que no estoy de humor para chanzas.

Palamón frunció el ceño y contestó:

-No te honraría mucho serme desleal o traicionarme, si consideras que no solamente soy tu primo, sino tu hermano por juramento. Estamos unidos mutuamente por las más solemnes promesas hasta que la muerte nos separe. Ni tan sólo la muerte por tortura debe permitir que uno de nosotros estorbe al otro en cuestiones de amor o de cualquier otra naturaleza. Al revés. Tú, mi querido hermano, debes acudir en mi ayuda fielmente, de la misma forma en que yo debo acudir en la tuya. Esta fue la promesa que nos juramos, y sé perfectamente que no te atreverás a negarlo. Por esta razón yo confié completamente en ti; pero ahora tú estás tratando traicioneramente de amar a la dama que deberé querer y servir siempre hasta que mi corazón deje de latir. No, tú no lo harás, falaz Arcite, ¡te aseguro que no lo harás! Yo fui el primero en amarla; te comuniqué lo que me pasaba porque, como te dije, tú eres el confidente de mis secretos. Mi hermano por juramento dio su palabra de acudir a ayudarme y, por tanto, está obligado, en su calidad de caballero, a prestarme toda la ayuda que requiera. En otro caso te llamaré perjuro.

Arcite le reconvino desdeñosamente:

-Tú eres, más que yo, el que mayor probabilidad tiene de cometer perjurio. Tú si que has faltado a tu promesa, te lo digo francamente. Yo la amé con verdadera pasión antes que tú. ¿Qué dices a eso? Hasta ahora no sabías aún si era mujer o diosa. Tu amor es un efecto espiritual, mientras que el mío es el amor de un ser humano; por eso te he contado lo que me ha sucedido, como primo mío y hermano por juramento.

»Demos por supuesto, dentro de esta discusión, que tú la amas en primer lugar. ¿No has oído jamás el viejo adagio que dice: "¿Quién puede imponer la ley a un amante?"[65]. Por mi alma te aseguro que el amor es una ley más poderosa que cualquier

[65] *Boecio* III, m. 12,55.

Librodot

otra decretada por hombres mortales. Por consiguiente, todas las leyes hechas por los hombres y mandatos parecidos son quebrantados cada día por motivos de amor por todo tipo de gente. Un hombre ama contra toda razón.

Aunque tuviera que costarle la vida no tiene escapatoria, tanto si ella es doncella, viuda o esposa. De todas formas, es muy dificil que uno de los dos conquistemos sus favores, puesto que, como muy bien sabes, estamos condenados a prisión perpetua y no existe rescate que pueda redimimos.

»Estamos peleando como aquellos dos perros que lucharon todo el día por un hueso y no lo consiguieron; mientras ellos reñían, llegó un gavilán y se lo llevó delante de sus propias narices. Por ello, hermano mío, como en la alta política, que cada uno luche por sí mismo. Esto es todo lo que se puede hacer. Ámala si quieres, pero yo la amo y siempre la amaré. Querido hermano, cada uno de nosotros debe soportar estas cadenas y aceptar su suerte. Eso es todo.

Si tuviera tiempo describiría con todo detalle su larga y enconada pelea, pero para abreviar os diré que, al final, un noble duque llamado Peroteo, que había sido amigo del duque Teseo desde que eran niños, llegó un día a Atenas. Solía hacer esto para tomarse unas vacaciones y visitar a su antiguo compañero de juegos. No había nadie a quien quisiera más en este mundo, y Teseo, en justa correspondencia, lo apreciaba con la misma intensidad y ternura. Tan grande era el aprecio mutuo que se tenían, que los ancianos escribas refieren que cuando uno de ellos murió, su amigo fue y le bajó a buscar a los infiernos. Pero ésa es otra historia.

El duque Peroteo sentía un gran aprecio por Arcite, pues durante muchos años le había tratado en Tebas. Después de mucho insistir, a instancias de Peroteo, el duque Teseo dejó salir a Arcite de la cárcel sin pagar rescate alguno y con libertad de ir a donde quisiera bajo la siguiente condición.

En términos sencillos, el convenio entre Teseo y Árcite fue éste: si Arcite era cogido vivo a cualquier hora del día o de la noche en los dominios de Teseo, sería decapitado; no tenía otra alternativa que despedirse y, sin dilación, volver a su patria. Era conveniente que no olvidase: el precio era su cabeza.

¡Qué angustia sufrió entonces Arcite! Sintió a la muerte penetrar en su corazón; lloró y se lamentó y lanzó quejidos lastimeros, esperando secretamente una oportunidad para suicidarse.

-¡Ay del día en que nací! -gritaba-, pues ahora mi cárcel es más dura que antes. Estoy eternamente condenado a vivir, y no en el purgatorio, sino en el infierno. ¡Ay de mí! ¿Por qué conocí a Peroteo? De lo contrario habría permanecido con Teseo, encadenado en su cárcel para siempre. Entonces hubiera vivido en la felicidad en vez de la desesperación. El simple hecho de ver a la mujer que adoro habría sido más que suficiente para mí, aunque nunca conquistase su cariño. Querido primo Palamón -prosiguió-, en este caso saliste ganando. ¡Con qué felicidad sigues en la cárcel! ¿Qué digo? ¿Cárcel? ¡Paraíso!

»La diosa Fortuna ha cargado los dados en tu favor: tú disfrutas de la presencia de Emilia, yo sufro su ausencia. Y es posible (pues tú estás cerca de ella y eres un caballero valiente lleno de recursos) que tú, por casualidad -pues la Fortuna es veleidosa-, más tarde o temprano alcances lo que deseas. En cuanto a mí, exiliado y desprovisto de toda esperanza, me hallo en tal estado de desesperación, que ni la tierra, ni el fuego, ni el agua, ni el aire, ni criatura alguna hecha de estos elementos puede proporcionarme consuelo o remedio. Bien puedo perecer de desesperación y tristeza. ¡Adiós vida, alegría y felicidad!

»¡Ay! ¿Por qué la gente, en general, se queja de lo que disponen Dios o la Fortuna, quienes con frecuencia y de tan diverso modo arreglan los acontecimientos mejor de lo que ellos mismos podrían imaginar? Uno tiene riquezas, que pueden causar su muerte o pérdida de la salud; otro es liberado de la cárcel, sólo para perecer bajo el cuchillo de sus criados al llegar a casa. Infinitas calamidades provienen de esta forma de proceder: no sabemos qué es lo que pedimos en oración a los dioses aquí abajo. Nos comportamos como un hombre borracho como una cuba: sabe perfectamente que tiene un hogar al que dirigirse, pero desconoce dónde se halla. Y el hombre bebido camina por senda resbaladiza. Así es como nosotros andamos por el mundo, en busca desesperada de la felicidad, pero, generalmente, donde no se encuentra. Esto es cierto para todos nosotros, pero muy particularmente para mí. Yo que tenía la idea de que si lograba escapar de la prisión mi felicidad y bienestar estarían asegurados, ahora me encuentro en el exilio y sin reposo para mi espíritu. Si no puedo verte, Emilia, no soy mejor que un cadáver viviente; no hay solución.

Cuando Palamón comprobó que Arcite se había marchado, dio tales gritos que la gran torre vibró con sus voces descompasadas. Los grilletes que cercaban sus hinchados tobillos quedaron humedecidos por sus saladas y amargas lágrimas.

-¡Oh primo Arcite! -exclamó-, Dios sabe que has salido el mejor librado en nuestra pelea. Ahora puedes andar a tus anchas por Tebas sin pensar en mi desgracia. Siendo un hombre astuto y decidido, tienes ocasión de reunir nuestras gentes y declarar contra Atenas una guerra tan feroz, que mediante un ataque osado o algún tratado consigas a Emilia por dama y esposa -por quien yo debo perecer aquí. Comparando nuestras posibilidades, tu situación es muy superior a la mía, pues aquí estoy muriendo enjaulado. Tú eres un príncipe que ya no está en prisión, sino en libertad. Pero yo tengo que llorar y lamentar toda mi vida la desgracia que acarrea el estar encarcelado, más las punzadas de dolor que provoca en mí el amor, lo que duplica mi tormento y mi pena.

Entonces se encendió en su pecho la llama de los celos y agarró su corazón con tal fuerza, que el color de su piel adoptó el del boj o el de las cenizas de un fuego apagado, y gritó:

-¡Oh, vosotros, dioses crueles que gobernáis el mundo, sometiéndolo con vuestras leyes implacables y escribiendo vuestras decisiones y decretos eternos en tablas diamantinas!, ¿cómo puede preocuparos más la humanidad que las ovejas de un redil? Pues el hombre muere igual que cualquier otro animal y, a menudo, sufre arrestos y cárcel o padece pestes y adversidades sin culpa alguna. ¿Qué designio figura en vuestra presciencia al atormentar al inocente y al que carece de toda culpa? Y lo que acrecienta toda esta penitencia es que el hombre se ve obligado a caminar según las leyes de Dios y debe reprimir sus deseos, mientras que una bestia es libre de hacer lo que le parece; una vez muerto, no se siente dolor; sin embargo, después de la muerte el hombre debe llorar y sufrir aunque haya padecido mucho en este mundo. No hay duda de que, como están las cosas, se debe dejar a los teólogos que proporcionen la respuesta; pero de una cosa estoy seguro: que aquí en la tierra hay muchos padecimientos. »¡Ay!, veo a una víbora, a un ladrón que ha hecho daño a muchos hombres buenos, quedar libre para ir a donde le plazca, mientras yo tengo que languidecer en prisión porque Saturno y Juno en su furor celoso han destruido por completo la mejor sangre de Tebas, cuyas espesas murallas yacen ahora derruidas, y por otro lado Venus me mata de celos y temor por causa de Arcite.

Ahora voy a dar descanso a Palamón y lo dejaré en prisión, mientras me extiendo en mi relato sobre Arcite.

Pasa el verano y sus largas noches doblan los violentos tormentos del amante Arcite y del prisionero Palamón. No sé cuál de los dos es el que debe soportar más dolor. Para abreviar, Palamón está condenado a prisión perpetua, cargado de cadenas y grilletes hasta que muera. Arcite, en cambio, exiliado bajo pena de muerte, no podrá ver jamás a su dama en los dominios de Teseo.

Ahora, vosotros que amáis, dejadme que os formule una pregunta: ¿quién sufre más por ello, Arcite o Palamón? ¿El que ve a su dama diariamente, pero está encerrado para siempre, o el que es libre de ir donde le plazca, pero no verá nunca más a su dama? Aquellos de vosotros que podáis, elegid entre las dos situaciones a voluntad; yo, por mi parte, continuaré como he empezado.

AQUÍ TERMINA LA PARTE PRIMERA Y COMIENZA LA SEGUNDA

Cuando Arcite llegó a Tebas, repetidas veces caía desmayado o se ponía a gritar, pues nunca más podría ver a su dama. Su angustia era tan grande, que tal vez ninguna criatura viviente ha sufrido tanto o es probable que sufra mientras el mundo exista[66]. Privado del sueño, alimento y bebida, Arcite se quedó delgado y seco como un palo; sus ojos se hundieron en sus cuencas y adquirieron un aspecto cadavérico; su cara y tez se iban volviendo cetrinas y lívidas. Andaba siempre solo, lamentando sus males durante toda la noche y rompiendo a llorar de modo incontenible en cuanto percibía el son de la música o de una canción. Su espíritu se debilitó de tal manera y él mismo sufrió un cambio tan grande, que nadie reconocía su voz o modo de hablar. En cuanto a su conducta, andaba por todas partes como si sufriera no una simple nostalgia de amor, sino una verdadera manía engendrada por algún humor melancólico dentro de su frente, donde la imaginación tiene su asiento[67]. En pocas palabras, el comportamiento y carácter del príncipe Arcite, el angustiado amante, habían cambiado por completo.

Pero no es preciso que pase todo el día describiendo sus sufrimientos. Había ya padecido esta cruel angustia y tormento durante un año o dos en Tebas (su país natal, como dije). Una noche, mientras se acostaba para dormir, creyó ver ante él al alado dios Mercurio, que le hablaba para animarle. El dios tenía en su mano, en posición vertical, la vara con la que imparte sueño, y llevaba un casco encima de su lustroso cabello. Permitidme que haga observar aquí que el dios iba vestido como cuando adormeció a Argos[68].

-Debes ir a Atenas -dijo a Arcite-. Allí terminarán tus aflicciones.

Dichas estas palabras, Arcite despertó y se incorporó. -Iré a Atenas inmediatamente, por grande que sea el riesgo -dijo-. El temor a morir no me detendrá ni me privará de ver a mi dama a quien amo y sirvo. En su presencia no me importará morir.

En diciendo esto, se miró en un gran espejo y se dio cuenta de que su color había cambiado por entero y que su rostro estaba completamente alterado. Entonces le sobrevino una idea. Su rostro había quedado tan desfigurado por la enfermedad, que podría fácilmente vivir en Atenas sin ser reconocido y ver a su dama casi a diario, si su comportamiento no despertaba sospecha. Enseguida cambió de vestimentas, se disfrazó con ropas de humilde trabajador y emprendió el camino de Atenas por la vía más

[66] Los síntomas que siguen pertenecen a la *maladie d amour*, descrita en los tratados médicos medievales.

[67] El cerebro se dividía en tres compartimentos. En el frontal residía la unaginación; en el central, la razón, y en el posterior, la memoria. La melancolía se ubicaba en la parte central.

[68] Mercurio adormeció a Argos, el de los cien ojos. (Cfr. la *Metamorfosis* de Ovidio, 1, 714 y ss.)

rápida, acompañado de un escudero a quien había relatado todas sus cuitas, vestido también con ropas tan miserables como las suyas.

Un día se acercó a palacio y ofreció sus servicios en la puerta para realizar cualquier tarea dura que pudiera precisarse. Y os diré que consiguió trabajo a las órdenes de un chambelán, que pertenecía al séquito de Emilia: un individuo astuto que no perdía de vista a ninguno de sus sirvientes, con el fin de que cumplieran con su deber. Como Arcite era joven, alto, bien formado y de excepcional fortaleza, destacó cortando leña con el hacha y sacando agua del pozo, pues sabía hacer cualquier cosa que le pidieran.

Bajo el supuesto nombre de Filostrato pasó un año o dos al servicio de la bella Emilia en calidad de paje de cámara, y nadie que ostentaba idéntico cargo en la corte era ni la mitad de apreciado que él. Su carácter era tan noble, que se hizo famoso en todo el palacio. Se reconocía como una acción meritoria el hecho de que Teseo le promoviese a una posición más digna en la que ejercer sus talentos. Y así, andando el tiempo, su reputación de cortés y servicial llegó a oídos de Teseo, quien le escogió para su servicio personal, nombrándole escudero de cámara y dándole dinero para que pudiera sostener su nueva posición. Aparte de eso, cada año se le enviaba, secretamente, dinero desde su propio país, que gastaba con tal prudencia y discreción, que nadie le preguntaba cómo lo conseguía. De esta forma vivió tres años, portándose tan bien en tiempos de paz y de guerra, que se ganó como nadie la estima de Teseo. Ahora voy a dejar a Arcite en esta feliz situación y hablaré de Palamón durante un rato.

Palamón, consumido por la angustia y la desesperación, había pasado estos siete años en la horrible oscuridad de su inexpugnable prisión. ¿Quién siente doblemente dolor y pena, si no es Palamón, a quien el amor aflige en tal grado que está a punto de perder el juicio de tanto infortunio? Para colmo, se halla en prisión, no por un año o más, sino para toda la vida. ¿Quién es capaz de describir en cristiano una idea justa de su martirio? Desde luego, yo no; y así pasaré esto por alto.

Según los antiguos escribas que explicaron esta historia con mucho más detalle, la tercera noche del mes de mayo[69] del séptimo año de su encarcelamiento sucedió (sea por casualidad o fatalidad, pues una vez que algo está escrito, debe necesariamente suceder) que Palamón, auxiliado por un amigo, se escapó de la cárcel poco después de medianoche y huyó de Atenas tan deprisa como pudo. Para ello había dado a beber a su carcelero una taza de un licor sazonado con especias y miel, compuesto de un determinado vino, narcóticos y refinado opio tebano[70], con lo que el carcelero durmió el resto de aquella noche. Por mucho que le hubieran sacudidlo, nadie habría sido capaz de despertarle. Y así Palamón se escapó a toda velocidad.

Como la noche era corta y se acercaba ya la luz del día, Palamón tuvo que ocultarse, y para ello se dirigió sigilosamente a una arboleda cercana. En pocas palabras, tenía la intención de esconderse durante el día y luego caminar de noche hacia Tebas para, una vez allí, pedir a sus amigos ayuda para declarar la guerra a Teseo. Su intención era, o perecer, o conquistar a Emilia por esposa.

Ahora, volvamos nuevamente a Arcite, quien poco pensaba lo cerca que estaba de una calamidad. La diosa Fortuna estaba a punto de urdirle una trampa.

La bulliciosa alondra, mensajera de la luz del día, saludó con su alegre canto el amanecer, mientras el ardiente Febo se alzaba esplendoroso. Todo el Oriente se alegró

[69] En esta misma fecha, 3 de mayo, el zorro captura a *Chantecler*. (Cfr. *Cuento del Capellán de monjas.)* Era una fecha de desgracias

[70] De Tebas (Egipto).

con su embajador y sus rayos secaron las gotas de rocío que pendían de las hojas de los helechos. Arcite, escudero principal de la corte real de Teseo, se levantó y por la ventana contempló el risueño día. Para rendir homenaje al mes de mayo -mientras pensaba todo el tiempo en el objeto de su deseo- y para divertirse montó un brioso corcel y cabalgó por la campiña alejándose un par de millas de la corte. Dio la casualidad que dirigió su montura hacia la arboleda que acabamos de mencionar, para fabricarse una guirnalda con hojas de escajo o madreselva. Con fuerte voz cantó a la luz del sol:

Quiero darte, mes de mayo florido y hermoso, mi bienvenida con tus flores y tus hojas, que espero recoger para ti alegre y gozoso.

Saltó alegre del caballo y rápido se dirigió hacia el huerto. Penetró en él por un sendero que recorría el seto en el que Palamón, temiendo por su vida, se había escondido para que no le viesen. Palamón no tenía la menor idea de que se tratase de Arcite. El cielo sabe que dificilmente se le hubiera podido ocurrir semejante idea. Pero el antiguo proverbio reza acertadamente: «Los campos tienen ojos, pero los bosques, oídos.»

Es muy conveniente no perder la serenidad, pues se encuentra siempre a la gente cuando uno menos lo espera. ¡Cuán lejos estaba Arcite de imaginar que su amigo, agazapado e inmóvil detrás de un arbusto, estaba lo suficientemente cerca para escuchar todas sus palabras!

Cansado de ir de acá para allá, Arcite terminó su alegre canción. Entonces, se puso a meditar profundamente. Esta es la extraña costumbre de los amantes, cuyo talante sube y baja como el cubo de un pozo: ora se halla en lo alto de los árboles, ora se hunde entre la maleza. De hecho, la caprichosa Venus[71] cubre de nubarrones el corazón de sus seguidores exactamente como en un viernes, que aparece despejado y después diluvia; y al igual que los viernes son caprichosos, volubles y tornadizos (pues viernes es el día de Venus), del mismo modo la diosa cambia de talante (un *viernes raras* veces es un día como los demás de la semana).

En cuanto terminó su canción, Arcite empezó a suspirar y después se sentó.

-¡Maldito sea el día en que nací! -dijo--. ¡Oh, despiadada Juno!, ¿cuánto tiempo más vas a estar haciendo la guerra a Tebas? ¡Ay!, la sangre real de Cadmo y Anfión[72] ha sido destruida; Cadmo, que fundó Tebas antes de que existiera la ciudad y fue el primer rey coronado de la misma. Yo soy de su sangre, desciendo en línea directa de la familia real; y ahora soy un esclavo tan miserable y desgraciado, que sirvo de simple escudero a mi más mortal enemigo. Sin embargo, Juno todavía me colma más de vergüenza, pues no me atrevo ni a reconocer mi propio nombre -cuando solía ser llamado Arcite, ahora me llaman Filostrato. ¡Qué tontería!-. ¡Oh, implacable Marte! ¡Oh, Juno! Vuestra cólera ha borrado toda mi familia de la faz de la tierra excepto a mí y al pobre Palamon, a quien Teseo martiriza en prisión. Y, además de todo esto, como para aniquilarme del todo, Amor Cupido ha lanzado su flecha encendida, llameante, atravesando mi pecho y quemándolo de tal forma que parece como si me hubiera preparado la muerte desde antes de mi nacimiento. ¡Oh, Emilia!, una mirada de tus ojos me ha destrozado. Muero por tu causa. No prestaría la menor atención a ninguna de mis aflicciones si pudiera hacer algo que te agradara.

Después de esto cayó en prolongado trance, levantándose luego de un salto.

[71] Diosa del amor y la fertilidad. El viernes es su día.
[72] Legendarios fundadores de Tebas.

Palamón, al que parecía que le acababan de atravesar el corazón con una espada helada, se encolerizó. No podía aguantar ni un momento más. Después de escuchar a Arcite hasta el final, salió de la maleza, con el rostro lívido como el de un orate, gritando:

Arcite, ¡malvado traidor! Ya te tengo. ¡Tú que amas a la dama por la que sufro y peno! ¡Tú, hermano de sangre, mi confidente por juramento, como te he hecho recordar muchas veces! ¡Tú que, a escondidas, has cambiado tu nombre y engañado al duque Teseo! ¡Uno de los dos tiene que morir! ¡Tú no vas a amar a Emilia, nadie excepto yo puede amarla, pues soy Palamón, tu mortal enemigo! Aunque no tengo ningún arma aquí, ya que sólo he tenido la suerte de escapar de prisión; no temas: o mueres o dejas de amar a Emilia. Elige, pues no escaparás.

Así que Arcite le reconoció y escuchó sus palabras, rebosó su corazón rabia y desprecio. Con la ferocidad de un león, desenvainó la espada y exclamó:

-¡Por Dios, que está en los cielos! Si no fuese porque el amor te ha sorbido el seso y careces de arma, te aseguro que antes de que salieras de la arboleda moriría a mis manos, pues reniego de los pactos que según tú hice contigo. ¡Tú, imbécil!, métete esto en la cabeza: el amor no tiene barreras, y seguiré amándola a pesar de lo que hagas. Pero como tú eres un caballero honrado, dispuesto a mantener en el campo de batalla tu pretensión por ella, te doy mi palabra de honor de que mañana compareceré aquí, sin que lo sepa nadie, vestido de caballero y trayendo conmigo las armas y corazas necesarias para ti, de modo que puedes elegir las que te parezcan mejor y dejes las peores para mí. Esta noche te traeré comida y bebida suficientes, así como mantas para que puedas dormir. Y mañana, si ganas tu dama y me matas en este seto, entonces, por lo que a mí concierne, será tuya.

Palamón replicó: -De acuerdo.

Y, después de haberse dado mutuamente palabra, se separaron hasta el día siguiente.

¡Inexorable Cupido, cuyo imperio no admite rival! Dice bien el proverbio: «Ni el amor ni el poder toleran amistad»[73], como Arcite y Palamón saben muy bien. Arcite regresó directamente a la ciudad. A la mañana siguiente, antes de romper el alba, preparó en secreto dos equipos completos de armadura con la que dirimir en batalla entre los dos la cuestión pendiente. Él solo transportó estas armaduras con su caballo. En la arboleda, en el momento y lugar fijados previamente, Arcite y Palamón se enfrentaron. Sus rostros empezaron a mudar de color, de la forma que cambian los rostros de los monteros tracios que están de vigilancia en un claro del seto con sus lanzas, cuando salen a la caza de osos o leones, y oyen a la bestia que se abalanza a través del escajo, quebrando ramas y hojas, y piensan: «Aquí llega mi mortal enemigo. Sea como sea, a uno de nosotros le toca morir: o lo mato cuando salga de la espesura, o la bestia me matará si cometo una equivocación.» De esta misma guisa los dos caballeros mudaron de color, al conocer cada uno el valor y la destreza del adversario.

Sin intercambiar ninguna clase de saludo, directamente y sin pronunciar palabra, procedieron a ayudarse mutuamente a ponerse la armadura, como si fuesen hermanos. Luego se atacaron con sus potentes y afiladas lanzas durante horas. Viéndoles luchar, cualquiera hubiera creído que Palamón era un furioso león, y Arcite, un tigre implacable. En su rabiosa furia, se lanzaban el uno contra el otro como salvajes jabalíes

[73] Aunque tal es la traducción literal del original medieval inglés, Chaucer tenía probablemente *in mente* a Ovidio: *Metamorfosis* 11, 846 y ss. («Ninguno de los dos tolera rivales.»)

con sus fauces llenas de espumarajos, hasta que la sangre ya les cubría hasta los tobillos[74].

Dejémosles en esta enconada lucha y volvamos a ver qué hace Teseo entretanto.

Tan fuerte es el Destino, ministro máximo, que cumple en todas partes la providencia que le dicta Dios, que acontecimientos que todos jurarían imposibles de suceder, tarde o temprano llegan a cumplirse, aunque ello ocurra una sola vez en un milenio. A decir verdad, nuestras pasiones están gobernadas por una providencia superior, tanto en la guerra como en la paz, en el odio como en el amor. Todo esto puede aplicarse al gran Teseo, cazador tan apasionado, especialmente para la captura del ciervo en mayo, que el amanecer jamás le encontraba en la cama, sino ya vestido y dispuesto a partir con sus monteros, trompetas y jaurías de perros. Tanto gozaba cazando, que el matar ciervos se había convertido en su máxima pasión: después de Marte, dios de la guerra, seguía a Diana[75] cazadora.

Como dije antes, era un día hermoso cuando Teseo partió de caza alegremente con su agraciada esposa, la reina Hipólita, y con Emilia, todos vestidos de verde y con atavíos reales.

El duque Teseo dirigió su caballo directamente a una espesura cercana, en donde le habían dicho que se escondía un ciervo. Fue recto hacia un claro, probable refugio del ciervo; saltó un arroyo y continuó su camino. El duque esperaba correr tras el ciervo una o dos veces con los perros que había elegido de los de la jauría.

Cuando el duque llegó al claro y miró a su alrededor, protegiéndose los ojos de la fuerte luz solar, divisó a Arcite y Palamón que luchaban como dos toros furiosos. Las relucientes espadas hendían el aire con tal fuerza, que el menor de sus golpes parecía suficiente para derribar un roble.

No tenía la menor idea de su identidad. ¡El duque espoleó a su corcel y de un salto estuvo entre los dos. Sacando la espada, gritó:

-¡Deteneos! ¡No sigáis, bajo pena de muerte! Por el poderoso Marte, el primero al que vea dar otro mandoble, muere aquí mismo. Pero ¿queréis decirme qué clase de hombres sois que lucháis aquí con tal encarnizamiento sin juez ni arbitro, como si fuera un torneo real?

Palamón se apresuró a contestar:

-Señor, no hay nada que decir. Ambos merecemos la muerte. Somos dos pobres desgraciados, dos cautivos, cuyas vidas representan sendas cargas para sí mismo. Ya que sois un príncipe y juez justiciero, no nos concedáis ni gracia ni perdón. Por caridad, señor, matadme primero a mí y luego a mi compañero junto conmigo, o bien primero matadle a él, pues poco sabéis que se trata de vuestro mortal enemigo, Arcite, a quien habéis prohibido entrar en vuestro país bajo pena de muerte; por eso sólo ya la merece. Él es el hombre que se acercó a la puerta de vuestro palacio haciéndose llamar Filostrato. Todos estos años os ha estado engañando hasta que le nombrasteis vuestro escudero principal, y ése es el hombre que ama a Emilia. Ahora que mi último día ha llegado, voy a abriros mi corazón: yo soy el desgraciado Palamón que, ilegalmente, se escapó de vuestra cárcel. Soy vuestro mortal enemigo. Y estoy tan enamorado de la bella Emilia, que me hallo dispuesto a morir ante sus ojos en este mismo instante. Por consiguiente, pido para mí mismo la pena de muerte. Pero matad a mi compañero al mismo tiempo, pues ambos la merecemos.

A esto el noble duque repuso inmediatamente:

[74]Exageración evidente.

[75] Diosa de la caza.

-La decisión es rápida. Por esta confesión, vuestra propia boca os ha condenado y yo confirmo la sentencia. No es necesario torturaros para que habléis. ¡Por el todopoderoso Marte, morid!

En aquel momento rompió a llorar la reina, movida por femenina compasión, y lo mismo hicieron Emilia y todas las damas del séquito. Pensaban que era una gran lástima que tal destino se abatiera sobre ellos, ya que eran nobles de alto rango y solamente el amor era la causa de su pelea.

Y cuando ellas vieron sus sangrientas heridas, profundas y abiertas, todas a una gritaron:

-¡Señor, por nosotras, tened piedad! y cayeron sobre sus desnudas rodillas, dispuestas a besar los pies de Teseo allí mismo donde estaba, hasta que su cólera disminuyó; pues la piedad pronto brota de los corazones nobles.

Aunque, de momento, temblaba de ira, pronto reconsideró aquella transgresión y la causa que la motivó; y al mismo tiempo que su cólera ponía de relieve su culpa, su razón encontraba excusas para disculparles a ambos.

Pensó para sí mismo que cualquier enamorado procurará escaparse de la cárcel, si puede. Y su corazón se apiadó de las mujeres que estaban llorando juntas; y en su magnanimidad, reflexionó, diciendo para sus adentros: «Vergüenza ha de tener el gobernante que no tenga piedad, si actúa y habla como un león a los que están arrepentidos y temerosos, del mismo modo que a los poderosos y altaneros que persisten en sus propósitos. Un príncipe tiene escaso discernimiento si no sabe distinguir en casos así y pasa al orgullo por el mismo rasero que a la humildad.» Cuando se hubo calmado su enojo, levantó la vista animosamente y dijo en voz alta:

-¡Qué grande y poderoso señor es el dios del Amor! No existen obstáculos que prevalezcan contra su fuerza. Sus milagros le facultan a que se le llame dios, pues, a su modo, puede modelar los corazones en la forma que le plazca. Mirad aquí a Arcite y Palamón; libres de mi cárcel, podían haber vivido en Tebas como príncipes que son. Saben que soy su mortal enemigo y que sus vidas están en mis manos. Sin embargo, el amor les ha traído aquí a ambos con los ojos bien abiertos a morir en este lugar en que estamos. Si pensáis bien en ello, ¿no es el colmo de la insensatez? ¿Existe mayor insensato que un enamorado? ¡Por Dios, en los cielos! ¡Miradles! ¡Ved cómo sangran! ¡Mirad en qué estado tan lastimoso están! Así es cómo su señor, el dios del Amor, paga sus salarios y recompensa sus servicios.

»Sin embargo, los devotos del Amor se consideran a sí mismos perfectamente racionales, no importa lo que suceda. Y lo más chocante y ridículo de todo es que la causante de todo este espectáculo no tiene más razón para agradecérselo que la que tengo yo mismo. ¡Por los cielos benditos! Ella sabe tanto acerca de estos furiosos acontecimientos como una liebre o un cucú. Sin embargo, todo se debe probar alguna vez, no importa el qué; un hombre o es un joven insensato o es un insensato viejo. Esto lo descubrí yo mismo hace mucho tiempo, pues en mis tiempos también yo fui uno de los esclavos del Amor. Y es por ello -como quien ha sido cogido frecuentemente en su trampa- por lo que entiendo cómo son las heridas de amor y de qué forma pueden afectar a un hombre, y que, porque me lo piden tanto la reina, aquí arrodillada, y mi querida hermana Emilia, perdono completamente vuestro delito. A cambio, ambos tenéis que jurar que no causaréis daño a mi país otra vez o que me haréis la guerra, sino que me demostraréis amistad de todas las formas que podáis. Libremente, pues, perdono vuestra transgresión.

Ambos juraron lo que él les había pedido, rindiéndole homenaje en la forma debida y rogándole protección y gracia, que Teseo, sin más, les concedió. Entonces les dijo:

-Aunque ella fuese reina o princesa, en lo que a sangre real se refiere, cada uno de vosotros es apto para aspirar a casarse con ella a su debido tiempo. Pero, sin embargo y hablo en nombre de mi hermana Emilia, causa de vuestros celos y de vuestros sinsabores-, como sabéis muy bien, podríais luchar eternamente, pero jamás podrá casarse con dos hombres a la vez; por ello, uno de vosotros, le guste o no, se quedará sin ella. No hay otra opción. En otras palabras, ella no puede casarse con ambos, por celosos o enojados que estéis. Por consiguiente, lo mejor que puedo hacer ahora es arreglar los asuntos de modo que cada uno de vosotros tenga el destino que le está reservado. Si escucháis, os lo explicaré. Este es vuestro destino en el arreglo que os sugiero.

»He aquí mi decisión: para terminar con este engorroso asunto de una vez por todas sin discusión y que vosotros podéis o no aceptar-, cada uno de vosotros queda libre para ir, sin rescate y con plena seguridad, a donde le plazca, pero dentro de doce meses, contando a partir del día de hoy, ni un día más ni un día menos, cada uno de vosotros deberá traer cien caballeros completamente equipados y armados para un torneo, y estar dispuesto a batirse para reivindicar su pretensión sobre Emilia.

»Y yo os prometo solemnemente, por mi honor de caballero, que al que venza de vosotros dos -es decir, tanto si mata a su contrario o le arroja de la lid con la ayuda de los cien caballeros de que acabo de hablar- le otorgaré la mano de Emilia al que la Fortuna le conceda sus favores. Yo construiré las instalaciones para el torneo en este mismo lugar y, que Dios se apiade de mi alma, demostraré ser juez veraz y justo. Uno de vosotros debe caer muerto o prisionero: ningún otro desenlace me dará satisfacción. Si mi propuesta os parece bien, decidlo, consideraos afortunados. Y aquí acaba la cuestión para vosotros.

¡Qué feliz se ve a Palamón! ¡Cómo brinca Arcite de alegría! ¿Cómo podré describir el alborozo de todos los presentes por el generoso gesto de Teseo? Todos se arrodillaron y le dieron las gracias una y otra vez desde el fondo de sus corazones, en especial los dos tebanos. Entonces, con el corazón ligero, lleno de esperanza, se despidieron y cabalgaron hacia su patria, hacia las antiguas y anchas murallas de Tebas.

AQUÍ TERMINA LA PARTE SEGUNDA Y COMIENZA LA TERCERA

Supongo que me vais a reprochar el que omitiera describir la suntuosa magnificencia con que Teseo se puso a erigir las lizas reales. Me atrevo a decir que no hubo terreno más suntuosamente adornado en todo el mundo. Con murallas de piedra rodeadas por fuera con un foso, el circuito tenía una milla de radio. Era de forma circular, como una brújula, con gradas hasta la altura de setenta pies, de forma que un hombre sentado en cualquier fila no obstruyera la vista de su vecino. Un portal de mármol blanco se levantaba en el extremo oriental; otro similar se erguía en el extremo opuesto, hacia Occidente. A decir verdad, no había edificio como aquél, considerando el corto tiempo empleado en erigirlo. Pues en el país no hubo artesano conocedor de la geometría o de la aritmética, ningún pintor o escultor a quien Teseo no le pagase manutención y salario para la construcción y el adorno del terreno de lucha. Encima de la puerta oriental instaló un altar y un templo para el culto a Venus, diosa del amor, donde realizar los ritos y sacrificios.

Sobre la puerta occidental levantó otro igual dedicado a Marte, que costó casi una carretada de oro. También encargó una maravillosa capilla, dedicada a la casta Diana, que daba gusto contemplar; la hizo construir en alabastro blanco y coral rojo en una torrecilla encima de la muralla septentrional.

Casi me olvidaba describir los espléndidos bajorrelieves, cuadros, formas, rostros y figuras que se hallaban en estos tres templos. En primer lugar, veíais -realizadas en los muros dentro del templo de Venus- conmovedoras representaciones del insomnio, de los suspiros que parten el alma, de las lágrimas sagradas y de los sentidos anhelos que los esclavos del Amor sufren en su vida; los juramentos que enlazan sus votos: Placer, Esperanza, Deseo, Osadía, Belleza, Juventud, Alegría, Riquezas, Filtros amorosos y Fuerza, Mentiras, Halagos, Despilfarro, Intrigas; los Celos llevando una guirnalda de margaritas amarillas[76] con un cucú posado en su mano; Fiestas, Música, Canciones, Bailes, Gozo y Diversión. Todos los fenómenos del amor que he enumerado o estoy a punto de enumerar estaban pintados por este orden sobre los muros, aparte de muchos más de los que puedo mencionar.

Por cierto que toda la montaña de Citerión[77], en donde Venus tiene su trono principal, figuraba en los frescos con todos sus jardines y su alegría. No se olvidaron de la Pereza, la portera, ni del hermoso Narciso[78] de los tiempos pretéritos; la insensatez del rey Salomón[79]; la enorme fuerza de Hércules, las brujerías de Medea y Circe[80], el fiero valor de Turnus[81] y el opulento Creso[82] en la desgracia y cargado de cadenas. La moraleja era que ni la sabiduría, la riqueza, la belleza, la astucia, la fuerza ni el valor pueden compararse con Venus, que puede gobernar el mundo como le plazca, pues toda esta gente quedó atrapada en su cepo hasta que en su agonía gritaron de nuevo. Uno o dos ejemplos servirán, aunque podría contar un millar más.

Había una espléndida estatua de Venus desnuda, flotando sobre un mar sin orillas. Desde el ombligo hacia abajo quedaba oculta por verdes olas que brillaban como el cristal. Sostenía una cítara con la mano derecha. Unas palomas aleteaban encima de una hermosa guirnalda de rosas frescas y olorosas que llevaba en la cabeza. Cupido, su hijo, se hallaba de pie ante ella, alado y ciego (como se le representa frecuentemente), portando un arco con agudas y relucientes flechas.

Podría muy bien proseguir describiendo los frescos de los muros del templo dedicado a Marte. Estaban pintados en toda su longitud y anchura, como ocurre en el interior del deprimente edificio conocido como el gran templo de Marte en Tracia (una región fría y helada en donde Marte tiene su principal palacio).

El primer fresco era un bosque deshabitado por cualquier hombre o bestia: un bosque de añosos árboles nudosos, desprovistos de hojas y carcomidos; de astillados y feos escalabomes a través de los cuales corría el retumbante ruido del viento, como si una galerna estuviese quebrando cada rama. A medio camino de una colina, en la mitad de la pendiente, debajo de una loma, se levantaba el templo de Marte Armi potente[83] construido totalmente de acero bruñido. Tenía una entrada larga, estrecha y tenebrosa,

[76] El color amarillo representa a la envidia

[77] Chaucer confunde aquí esta montaña con la isla de Citerea, donde Venus surgió del mar.

[78] Se enamoró de su propio reflejo.

[79] Cfr. *I Reyes* 11. El amor y la envidia de Deianira le ocasionaron la muerte.

[80] Medea, la hechicera que ayudó a Jasón. Circe fue la hechicera que en *La Odisea*, 10-12, convierte a los hombres en cerdos.

[81] Turno, adversario de Eneas, murió por culpa de su amor a Lavinia.

[82] Rey de Lidia.

[83] El texto inglés es también un italianismo de Boccaccio.

de la que surgía una furiosa ráfaga de viento que hacía temblar todo el portal. Un leve resplandor invernal penetraba por las puertas, pues no había ventanas en los muros para dar luz.

La puerta estaba hecha de durísimo y eterno diamante, cruzado vertical y transversalmente con duros pernos de hierro. Para dotar de mayor fortaleza al templo, cada uno de sus pilares era grueso como un barril y construido con reluciente hierro.

Allí percibí, en primer lugar, las fúnebres imágenes de la Traición y de todas sus intrigas; la Ira cruel, roja como las brasas incandescentes; el ladrón y el macilento Miedo; el de risueño aspecto con el cuchillo debajo de la capa; negro humo elevándose de establos en llamas; el alevoso asesinato en una cama; la fétida Guerra, de heridas sangrantes; la Discordia, con el cuchillo goteando y miradas amenazadoras. Un ruido chirriante llenaba este horripilante lugar. Y allí podía verse a los suicidas, con la sangre de su corazón empapándoles el cabello; la cabeza durmiente hendida por un clavo, y detrás, temible, la Muerte con la boca entreabierta. Con la faz triste e incómodamente sentada en medio del templo estaba la Desgracia. Allí podíais ver a la Locura reír con frenesí; la rebelión armada, el clamor de la protesta, y el despiadado ultraje; al cadáver de carroña arrojado sobre un arbusto con la garganta cercenada; a un millar de muertos, víctimas de Marte, ni siquiera uno por causa de la peste; al tirano forcejeando con su presa despojada; ciudades como cloacas y desperdicios esparcidos. Veíanse barcos que retrocedían y ardían en el mar, el cazador despedazado por osos salvajes, a la marrana devorando a su cochinillo en la propia cuna; al cocinero, escaldado hasta los huesos a pesar de su largo cucharón; al carretero, aplastado por la rueda de su carro; no se olvidó ningún aspecto de la mala suerte que trae Marte. También se representó a los que se hallan bajo la influencia de Marte: al barbero, al camicero y al herrero que forja afiladas hojas de espada en su yunque. En lo alto, pintada sobre una torre, vi a la Conquista sentada en el trono, con una afilada espada colgando de un fino hilo sobre su cabeza.

Estaban también gráficamente representados los asesinatos de Julio César, Nerón y Antonio, aunque ninguno de ellos había nacido todavía; sin embargo, sus muertes estaban prefiguradas en el templo por las amenazantes profecías de Marte, mostradas en aquellas pinturas como expresan las estrellas del cielo quién va a ser asesinado y quién va a morir de amor. Un ejemplo sacado de la leyenda debería servir, aunque desease no darlos todos.

La efigie armada de Marte, con su rostro horrendo y frenético, se hallaba de pie montada en un carro de guerra. Sobre su cabeza centelleaban dos figuras estelares, que se nombran en las obras antiguas de astrología y geomancia: una era Puella, y la otra, Rúbeo[84]. El dios de la guerra estaba representado acompañado de un lobo que, con los ojos inyectados en sangre, yacía a sus pies, como si estuviera dispuesto a devorar a un hombre. Todo esto estaba dibujado con sutil pincel en reverencia de la gloria de Marte.

Ahora voy a efectuar una rápida descripción del templo de la casta Diana. Los muros estaban cubiertos de escenas de caza e imágenes de modestia y castidad. Podía verse cómo Calistopea era transformada de mujer en osa cuando Diana se enojó con ella; más tarde se convirtió en la Estrella Polar[85]. O así estaba representada: no os puedo decir más. Pero su hijo es también una estrella, como podéis ver.

[84] Robinson, en su *The Works of Chaucer*, pág. 677, proporciona una detallada narración del método de adivinación basado en el número y la organización de puntos. Las formas asignadas a Puella y Rúbeo son12 Puella Rúbeo

[85] Al perder Calistopea su virginidad a manos de Júpiter, la convirtió en una constelación, la Osa Mayor, y luego en la Estrella Polar.

Estaba también Dana (no quiero decir la diosa Diana, sino la hija de Péneo, Dafne[86], que se convirtió en árbol).

Aparecía Acteón convertido en un hermoso ciervo en castigo por haber visto a Diana desnuda, y cómo fue atrapado y devorado por su propia jauría de perros, que no le reconocieron.

Un poco más adelante había una pintura de Atlanta cazando jabalíes con Meleagro[87] y muchos otros. Diana le persiguió por esto. Había muchas otras escenas maravillosas que no hace falta recordar.

La diosa estaba sentada sobre el lomo de un ciervo; unos perritos jugaban a sus pies y debajo se hallaba una luna que crecía y menguaba.

La estatua vestía ropajes verdes con un arco en la mano y un carcaj lleno de flechas, los ojos bajos en dirección del tenebroso reino de Plutón[88]. Delante de ella, una mujer con los dolores de parto pedía en su nombre a Lucina[89] por el hijo nonato, para que, al fin, pudiese darle a luz: «¡Sólo tú puedes ayudarme!» El pintor no fue tacaño con los colores y lo pintó de la manera más real.

Cuando las lizas estuvieron ya a punto, Teseo, que había equipado los templos e instalado todo el terreno con gran boato, quedó complacido del resultado final. Pero dejad que me olvide de Teseo por un momento y vuelva a hablar de Palamón y Arcite.

Se acercaba el día en que debían volver, cada uno con un centenar de caballeros para decidir la batalla, según expliqué. Ambos, fieles a su promesa, se presentaron en Atenas con un centenar de caballeros bien armados y preparados para el combate. Realmente hubo muchos que pensaron que jamás por tierra o por mar tan pocos habrían constituido un grupo tan impresionante de esplendor caballeresco, pues todo hombre que sentía afición a la caballería y estaba ansioso de labrarse un nombre había rogado que se le permitiera tomar parte en la competición. Los elegidos tuvieron suerte: si un torneo así tuviera que celebrarse mañana en Inglaterra o en cualquier otra parte, podéis imaginaros que todo caballero y enamorado, capaz de ello, estaría allí para entablar batalla por una dama. Os puedo asegurar que sería un espectáculo digno de contemplarse.

Y esto es lo que ocurrió con los muchos caballeros que acompañaban a Palamón. Algunos iban recubiertos con cota de malla, con corazas pectorales y guerreras, y ceñían armaduras plateadas; otros llevaban escudos prusianos o bien protectores ligeros; algunos protegían sus piernas cuidadosamente con metal y llevaban un hacha de batalla o una maza de acero (todas estas nuevas armas provienen de modelos más antiguos). Todos iban armados del mejor modo posible, tal como he descrito.

Cabalgando junto a Palamón habríais visto la expresión poderosa con su negra barba del gran rey de Tracia, el propio Licurgo. Las pupilas de sus ojos resplandecían con una luz entre roja y amarilla bajo su negro y velludo ceño. Miraba a su alrededor con el aire de un grifo con cabeza de águila. Con sus enormes piernas y brazos, anchos hombros y músculos fuertes y poderosos, se alzaba imponente en un carro de guerra dorado, tirado por cuatro bueyes blancos con ameses al estilo de su país. En vez de una sobrecubierta, llevaba sobre su armadura una piel de oso, negra como el carbón por el tiempo; sus garras pintadas brillaban como el oro. Su largo cabello, peinado hacia atrás, centelleaba con una negrura que hacía palidecer a la de una pluma de cuervo, bajo una

[86] Para huir de Apolo se transformó en un laurel.
[87] Dio muerte al jabali, herido anteriormente por Atalanta, de quien estaba enamorado.
[88] El dios de ultratumba.
[89] Juno otorgó este título a Diana, como diosa del nacimiento.

Librodot

pesadísima corona de oro, gruesa como el brazo, y montada con deslumbrantes joyas, finos rubíes y diamantes. Más de veinte perros-lobo blancos seguían su carro de guerra, cada uno de ellos tan grande como un toro y entrenados para la caza del venado y el león. Llevaban apretados bozales y coliares dorados provistos de agujeros. Su séquito consistía en un centenar de nobles de corazón fuerte y bien armados.

Las leyendas afirman que Emetro, el gran rey de la India, vino con Arcite cabalgando, como el dios de la guerra, sobre un caballo bayo revestido de acero, cubierto con un paño de oro primorosamente bordado. Llevaba un sobretodo de seda de Tartaria con grandes perlas blancas y redondas. Su silla de montar era de oro recién batido y bruñido. De sus hombros caía un manto repleto de rojos rubíes que centelleaban como el fuego. Amarillos y relucientes como el sol, sus cabellos crespos estaban peinados en forma de anillos. Con su nariz larga y los ojos color limón, labios carnosos, tez rubicunda y unas pocas pecas negras y rubias esparcidas por el rostro, cuando lanzaba miradas a su entorno tenía el aspecto de un león. Calculo su edad en veinticinco años. Su barba había ya brotado y le cubría la cara casi por completo: su voz tenía el timbre metálico de una trompeta. Sobre su cabeza llevaba una alegre guirnalda de laurel verde, recién cortado. Por deporte llevaba un águila domesticada, blanca como un lirio, en el puño. Con él cabalgaban un centenar de nobles con la cabeza descubierta, pero, no obstante, completamente armados y suntuosamente equipados. Duques, condes y reyes se habían reunido voluntariamente formando este noble grupo para exaltar la caballería. Muchos leones y leopardos domesticados merodeaban alrededor del rey.

De esta forma llegaron juntos todos estos caballeros a la ciudad, a eso de las nueve de la mañana del domingo, y allí descabalgaron.

Cuando el noble duque Teseo les hubo escoltado hasta el interior de la ciudad y alojado en ella, de acuerdo con su rango, se tomó tanto empeño en festejarles, agasajarles y hacerles los honores, que la gente comenta todavía que nadie hubiera podido mejorar su recepción o su hospitalidad.

No diré nada sobre los juglares, el servicio en el banquete, los regalos entregados a la gente de alcurnia y de baja estofa, la rica decoración del palacio de Teseo, el orden de precedencia en el estrado; qué dama era la mejor bailarina o la más hermosa, o quién sabía cantar o bailar mejor o hablar de amor con mayor vehemencia; qué halcones reposaban arriba o qué perros yacían en el suelo. No diré nada de todo esto, pero hablaré de lo esencial; creo que es lo mejor que puedo hacer.

Y llegamos ya al meollo de la cuestión. Escuchad si queréis.

El domingo por la noche, antes de romper el alba, Palamón oyó cantar la alondra, a falta de dos horas para el amanecer. Pero cantó la alondra, y también lo hizo Palamón. Se levantó muy animado para efectuar su peregrinaje con devoto corazón hacia la bendita y clemente Citerea -quiero decir Venus, la augusta y venerada. En la hora que ella impuso se dirigió andando lentamente a las lizas, al lugar donde se levantaba el templo, y, con humildad, se arrodilló diciendo más o menos:

-Bella entre las bellas, hija de Júpiter y novia de Vulcano, Dama Venus, que lleváis la alegría a la montaña de Citerea: por este amor que tuviste por Adonia, tened piedad de mis ardientes y amargas lágrimas y acoged en vuestro corazón mi humilde plegaria. ¡Ay de mí! No tengo palabras para daros una idea del infierno que me atormenta. Mi corazón no sabe explicar su sufrimiento. Estoy tan confuso, que sólo sé decir: «¡Gracias, radiante señora, por entender mis pensamientos y ver las heridas que siento!» Considerad todo este pesar y apiadaos de mi dolor; a partir de ahora, mientras esté en mi mano, seré vuestro fiel servidor y haré siempre guerra contra la castidad. Este es mi voto, si me ayudáis; no quiero

alardear de hazañas guerreras, ni os pido la victoria mañana, ni ganar fama o cualquier tipo de vano renombre en este asunto, ni que mi proeza en la batalla sea proclamada por doquier a toque de trompeta, sino sólo poseer a Emilia y morir en vuestro servicio; la forma la dejo en vuestras manos, decidirlo. Tanto si les venzo como si me vencen, no significa nada para mí, si puedo abrazar a mi dama entre mis brazos. Aunque Marte sea el dios de la guerra, vuestro poder en el cielo es tan absoluto, que yo puedo fácilmente poseer mi amor si así lo deseáis. A partir de ahora os veneraré siempre en vuestra capilla; encenderé velas y ofreceré sacrificios en vuestros altares por donde quiera que vaya. Pero si ésta no es vuestra voluntad, dulce señora, entonces rogaré para que mañana Arcite pueda atravesar con su lanza mi corazón. Si muero, no me importará que Arcite la consiga como esposa. Esta es toda mi oración: ¡oh querida y bendita señora, concededme mi amor!

Una vez Palamón hubo concluido su plegaria, hizo humildemente el sacrificio con el ceremonial prescrito, aunque no describiré sus devociones. Pero, al final, la estatua de Venus se movió e hizo una señal, por la que él entendió que su oración, aquel día, había sido aceptada. Aunque la señal sugería un retraso, entendió perfectamente que su petición le había sido otorgada. Por esto se dirigió rápidamente a su casa con el corazón alegre.

Tres horas después de que Palamón hubiera dirigido sus pasos al templo de Venus, salió el sol y con él se levantó Emilia para encaminarse presurosa al templo de Diana. Las doncellas que llevó consigo llevaban fuego debidamente preparado, incienso, vestimentas y todo lo necesario para un sacrificio: cuernos rebosantes de aguamiel, como era costumbres, y todo lo demás.

El humo del incienso llenó el templo, de cuyos muros colgaban espléndidos tapices. Con el corazón acelerado, Emilia lavó su cuerpo con agua del pozo, pero no me atrevo a describir detalladamente cómo efectuó los rituales, aunque pudiera resultar placentero oírlo. Si se es hombre de buena voluntad, no resulta perjudicial; no obstante, es mejor dejarlo a la imaginación de cada uno. Su cabello brillante estaba peinado y suelto, y una corona de hojas de roble siempre verdes adornaba bellamente su cabeza. Empezó por encender dos fuegos sobre el altar y efectuó las ceremonias que podéis leer en la *Tebiada*, de Estatio[90], y otros libros antiguos. Una vez encendido el fuego, empezó a implorar a Diana con estas palabras:

-¡Oh casta diosa de los bosques verdes, que contemplas el cielo, la tierra y el mar[91]; señora del tenebroso reino de Plutón en las profundidades del mar; diosa de vírgenes, que durante tantos años habéis comprendido mi corazón y sabéis lo que desea! Libradme de vuestros enojos y del terrible castigo que infligisteis a Acteón. Casta diosa, conocéis mi deseo de vivir virgen y de no ser nunca ni esposa ni amante. Como sabéis, todavía pertenezco a vuestro cortejo; soy una virgen cazadora que antes vagaría por los bosques silvestres que casarme y quedar preñada. No deseo la compañía de los hombres. Ahora, señora, socorredme, pues tenéis el poder y el conocimiento en los tres aspectos de vuestra divinidad. En cuanto a Palamón, que siente tal atracción por mí, y a Arcite, que me ama con tan gran desespero, este único favor os pido: poned paz y amistad entre los dos, desviad sus corazones de mí, apagad o dirigid hacia otra parte su ardiente pasión y deseo, todo su incesante y doloroso tormento.

»Pero si no me concedéis este favor, y uno de los dos ha de ser mi destino, dejad que sea el que más me desee. Diosa de la castidad y de la pureza, contemplad las lágrimas amargas que resbalan por mis mejillas. Virgen, guardiana de todos nosotros, mantened y poned a salvo mi doncellez, que pueda vivir como virgen a vuestro servicio.

[90] Autor de la obra en la que Boccaccio se inspiró para escribir *Tesaide*.

[91] Esta diosa aparece en tres formas: la Luna (en el cielo), Diana (en la tierra) y Hecate (en las profundidades marinas).

Mientras Emilia oraba, los fuegos ardían sobre el altar. Pero, súbitamente, vio un fenómeno muy curioso: de repente, uno de los fuegos se apagó y volvió a encenderse nuevamente; pero después se apagó el otro totalmente, y al apagarse hizo el ruido silbante que hace el fuego de ramas mojadas al arder; algo como gotas de sangre se condensó en el extremo de cada haz de leña. Ante aquel espectáculo, Emilia se asustó tanto, que casi se desmayó y se puso a gritar, no entendiendo lo que aquella misión significaba; temerosa empezó a llorar sin consuelo. En aquel momento se le apareció Diana con el arco en la mano y aspecto de cazadora, que dijo:

-Hija, seca tus lágrimas; los dioses han decidido en las alturas y han decretado que debéis desposaros con uno de esos dos que están pasando tantos pesares y sufriendo tanto por causa vuestra, pero no puedo decir con cuál de ellos. Adiós, pues no puedo permanecer aquí por más tiempo; pero los fuegos que arden en mi altar te aclararán, antes de que te vayas, cuál va a ser tu destino.

Después de hablar así, chocaron y resonaron las flechas en el carcaj de la diosa. Ella dio un paso hacia adelante y desapareció. Emilia inquirió asombrada:

-¿Qué significa todo esto? Me pongo bajo vuestra protección y acato vuestra voluntad, ¡oh Diana!

Y se encaminó a su casa por el sendero más corto; esto fue todo.

A la hora siguiente, que pertenecía a Marte, Arcite se dirigió a grandes zancadas al templo del fiero dios de la guerra para efectuar su sacrificio con todos los ritos de su fe pagana. Con el corazón suplicante y devoto oró así a Marte:

-Oh tú, Dios fuerte, venerado en la fría región de Tracia, en donde eres señor; tú que en todos los reinos y todos los países manejas las riendas de la guerra y alternas a tu capricho las victorias, acepta este mi humilde sacrificio. Si por mi juventud merezco tus favores, si mi fuerza es adecuada para servirte como uno de tus fieles, te ruego que te apiades de mis sufrimientos, por los tormentos y llamas abrasadoras en los que tú una vez ardiste en deseo, cuando la belleza de Venus, hermosa, joven, lozana y libre, era tuya para gozarla y la tenías en tus brazos a tu antojo, aunque, desgraciadamente, las cosas no salieron como tú querías y Vulcano te apresó en su trampa y te encontró yaciendo con su esposa. Por el dolor y la pasión que entonces tuviste, apiádate de mis sufrimientos. Como sabes, soy joven e ignorante, y, supongo, más atormentado por el amor que ninguna otra criatura viviente, pues a la que me hace sufrir este tormento no le importa si nado o me hundo. Me doy perfecta cuenta de que, antes de que ella me conceda su amor, debo vencer por fuerza en la liza. Yo bien sé que toda mi fortaleza no me servirá de nada sin tu ayuda y favor. Así pues, ayúdame, señor, en la batalla de mañana, no sólo por las llamas que te abrasaron una vez, sino también por el fuego que me consume ahora, y haz que mañana consiga la victoria. Deja que el trabajo sea mío y tuya la gloria. Veneraré siempre tu templo soberano más que a todos los demás lugares e incluso me dedicaré a lo que más te deleita y a tus artes marciales; en tu templo colgaré mi estandarte y las armas de mis compañeros; mantendré fuego ardiendo eternamente en tus altares hasta el día en que muera. Además me ligo con este voto: a ti te dedicaré mi barba y estos largos rizos que me cuelgan y que no han tocado jamás ni navaja ni tijeras y seré tu servidor por el resto de mi vida. Ten piedad, señor, de mis pesadas aflicciones y otórgame la victoria; no pido más.

Cuando el poderoso Arcite hubo terminado su plegaria, los arcos que cuelgan de la puerta del templo y hasta las propias puertas empezaron a hacer un ruido estruendoso y violento; Arcite se acobardó. Los fuegos del altar crecieron hasta iluminar todo el templo, mientras un dulce olor se desprendía del suelo. Entonces Arcite levantó su

mano y echó al fuego más incienso y realizó otras ceremonias, hasta que la cota de malla que cubría la estatua de Marte tintineó, y con aquel ruido oyó como un suave murmullo que decía: «¡Victoria!» Entonces rindió pleitesía y homenaje al dios. Lleno de alegría y con la esperanza de que todo saldría bien, Arcite regresó a su alojamiento, alegre como un pájaro a la luz del día.

Pero arriba, en los cielos, estalló una fuerte discusión entre Venus, la diosa del amor, y Marte, el fiero dios de la guerra, sobre la concesión de su favor. Júpiter hubo de ponerse serio tratando de poner paz, pero, al final, el pálido Saturno, muy versado en antiguas estratagemas, dada su larga experiencia, se las arregló para idear una solución que satisficiera a ambas partes. Como dice el refrán: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo», posee sabiduría y experiencia que pueden ser superadas, pero no burladas. Aunque no está en la naturaleza oponerse a las disensiones y al miedo, Saturno pronto encontró la forma de solventar la disputa.

-Mi querida hija Venus -dijo Sararno-, la mía es la trayectoria más amplia alrededor del Sol[92], y mi poder es mayor que el que los hombres suponen; a mí me pertenece la muerte por ahogo en el triste mar, el encarcelamiento en oscuras bóvedas, el estrangulamiento y el morir ahorcado, el amotinamiento y la rebelión de las turbas[93], las quejas, los envenenamientos clandestinos; cuando estoy en Leo, la venganza y el desquite son míos; y míos son la ruina de los altos palacios y el derrumbamiento de torres y muros sobre mineros y carpinteros[94]; yo maté a Sansón derribando la columna; y mías son las enfermedades mortales, las negras traiciones y conspiraciones. Mi aspecto engendra pestilencia. Vamos, deja de llorar: haré lo que pueda para que vuestro caballero Palamón tenga la dama como prometiste, aunque Marte ayudará a su propio caballero. Sin embargo, tarde o temprano deberá haber paz entre vosotros, a pesar de vuestro temperamento tan distinto, causa de estas riñas diarias. Soy vuestro abuelo, dispuesto a cumplir vuestros deseos. Vamos, seca tus lágrimas, que haré lo que deseas.

Valga lo dicho sobre Marte, sobre Venus, la diosa del amor, y los dioses de allí arriba;

y voy a llegar ya, y detallarlo con sencillez, al punto culminante de mi historia.

ACABA LA PARTE TERCERA Y COMIENZA LA CUARTA

Aquel día se celebró un gran festival en Atenas. Además, la alegre época de mayo elevó el ánimo de todos, de modo que aquel lunes bailaron durante todo el día y celebraron justas o pasaron el tiempo en el distinguido servicio de Venus. Pero como debían levantarse temprano para presenciar el gran torneo, por la noche se retiraron a descansar.

A la mañana siguiente, al romper el alba, resonó el eco de armaduras y repiqueteo de cascos de caballo por las inmediaciones de todas las posadas y hostales: grupos de nobles cabalgaban sobre briosos corceles y palafrenes hacia el palacio. Allí podían verse extrañas armaduras de ricos diseños, ejemplos magníficos de orfebrería, forja y bordado; escudos, viseras y jaeces relucientes; yelmos, cotas de malla y sobrecubiertas de oro

[92] Durante la época de Chaucer se creía que la órbita de este planeta era la mayor.
[93] Alusión evidente a la revuelta campesina de 1381.
[94] Cuando está en Leo, el poder maléfico de Saturno se evidencia en el demunbamiento de edificios.

forjado; príncipes espléndidamente equipados sobre sus corceles; los caballeros del séquito y los escuderos fijando puntas de lanza a varas de madera, abrochando yelmos y sujetando escudos con correas de cuero entrelazadas.

Nadie holgaba, pues el trabajo era mucho. Podían verse caballos espumajeando por la boca luciendo bridas doradas, y maestros armeros que iban febrilmente de acá para allá con limas y martillos, campesinos a pie y enormes multitudes de gente ordinaria armada con palos cortos; cornamusas, trompetas, timbales y clarines aullaban pidiendo sangre; el palacio estaba lleno de gente por todas partes; aquí un grupito de tres, allí un grupo de diez, comentando, debatiendo y especulando sobre las probabilidades de los dos caballeros tebanos. Uno decía una cosa, otro algo diferente; algunos apoyaban a Barba Negra, otros a Cabeza Pelada, o bien a Cabellos de Estopa. «¡Este de aquí parece fuerte!» «¡Aquél, un luchador!» «¡El hacha de batalla de éste pesa veinte libras!» Cuando ya el sol estaba en todo lo alto, el gran sol bullía en conjeturas.

El gran Teseo, arrancado del sueño por la música y el murmullo de la gente, permaneció en sus habitaciones hasta que los caballeros tebanos (que recibieron idéntico honor) fueron conducidos a palacio. Sentado en un trono como un dios, el duque Teseo se hallaba junto a una ventana. Rápidamente la gente se acercó para verle, rendirle homenaje y oír sus órdenes.

Desde un catafalco, un heraldo impuso silencio hasta que el ruido de la muchedumbre cesó. Cuando se hubieron callado anunció el deseo del gran duque:

-En su elevada discreción, el príncipe considera que la destrucción de sangre noble en este torneo sería demasiado grave si la batalla se librara hasta la muerte. Por consiguiente, desea modificar sus condiciones originales con el fin de salvar vidas.

»Por ello, y bajo pena de muerte, ningun hombre podrá llevar a la liza ninguna clase de arma arrojadiza, hacha o daga; nadie sacará o llevará espadas cortas, afiladas, de las que pueden matar; nadie efectuará con su lanza de punta afilada más de un embate contra su oponente; se permitirá clavar armas punzantes sólo cuando se esté pie al suelo, y, aun así, únicamente en defensa propia. Cualquiera que sea derribado será apresado, no muerto, y llevado a una estaca que habrá a cada uno de los dos lados; deberá ser llevado allí a viva fuerza y permanecer en la estaca. Si el jefe de uno u otro bando es apresado o muerto por su oponente, el torneo finalizará en aquel mismo instante. Ahora, id con Dios. Adelante y luchad con ardor. Satisfaced vuestras ansias de lucha con espadas y mazas. Vamos, id; es la voluntad del duque.

El cielo resonó con el alegre vocerío de la multitud: -¡Viva el buen duque, que no quiere que se derrame mucha sangre!

Se elevaron las trompetas hacia el cielo y sonaron en un brillante floreo; todos los contendientes se dirigieron a la lucha con la debida compostura a través de la gran ciudad, engalanada con paños preciosos.

El noble duque cabalgó solemnemente con los dos tebanos, uno a cada lado, seguido por la reina y Emilia, y detrás de ellos, en otro grupo, venía todo el resto ordenados según su rango. De este modo atravesaron la ciudad, hasta que llegaron al terreno donde debían celebrarse enseguida los torneos.

Aún no eran las nueve de la mañana cuando Teseo tomó asiento en el lugar de honor con la reina Hipólita, Emilia y en su alrededor las otras damas según su categoría. La multitud también se sentó. Por el extremo occidental, Arcite entró por la puerta de Marte, con un rojo pendón y los cien caballeros de su grupo, mientras que al mismo tiempo Palamón, por los portales de Venus, penetró con aspecto decidido por el extremo oriental, portando un pendón blanco. Habría que recorrer el mundo de uno a

Librodot

otro extremo para ver dos comitivas tan iguales; nadie podía decir cuál parecía tener más valor, rango o edad: con tanta igualdad habían sido seleccionados.

Se dispusieron en dos formaciones impresionantes. Cuando se pasó lista (no podía haber trampa en cuanto a su número respectivo), se cerraron las puertas y se oyó en el recinto:

-¡Jóvenes y orgullosos caballeros, cumplid con vuestro deber!

Los heraldos se retiran y suenan las trompetas y clarines. Sin más preámbulos, las lanzas se ponen en ristre con seriedad mortal para el ataque, y todos los contendientes clavan sus espuelas en los caballos. Pronto se verá quién sabe justar y cabalgar mejor. Las varas vibran al chocar contra los gruesos escudos, y alguno siente el empuje de una lanza que penetra en su costillar. Las lanzas saltan veinte pies por el aire; se desenvainan las espadas, que lanzan destellos de plata; los yelmos son heridos y destrozados; la sangre brota en forma de ríos rojos y los huesos quedan quebrados por las pesadas mazas. Un hombre intenta pasar por donde más densa es la lucha, donde incluso los caballos más fuertes tropiezan; todos caen derribados; otro cae al suelo como una pelota, se vuelve a poner en pie, empuja con la vara de su lanza y derriba a otro caballero del caballo; a otro le atraviesan el cuerpo, es apresado y llevado, en lucha desesperada hasta la estaca donde, según las reglas, debe permanecer; otro del bando contrario es capturado también del mismo modo. De vez en cuando, Teseo les hace descansar, refrescarse y beber algo, si lo desean.

Los dos tebanos se enfrentaron e hirieron recíprocamente muchas veces durante el transcurso del día. Dos veces cada uno de ellos descabalgó al otro. Un tigre del valle de Gargafia[95], al que hubieran arrebatado un cachorro, no atacaría al cazador con mayor saña que lo hacía Arcite a Palamón en su pasión de celos; y ningún león cazando en Benmarín[96] se mostraría más feroz y frenético, hambriento y sediento de la sangre de su presa, que lo estaba Palamón buscando matar a su enemigo Arcite. Los mandobles que reparten, llenos de celos, hienden sus yelmos y brota la sangre de sus cabezas.

Pero todo llega a su fin. Antes de que el sol hubiera declinado, el poderoso rey Emetrio cazó a Palamón mientras luchaba con Arcite. Su espada se hendió profundamente en su carne y fueron necesarios veinte hombres para arrastrar a Palamón -que no cedía- hasta la estaca. El poderoso rey Licurgo, que acudía en ayuda de Palamón, cayó derribado. Pero antes de ser capturado, Palamón le dio al rey Emetrio tal mandoble, que, a pesar de su gran fuerza, lo envió a una yarda de su montura. Pero todo ello no sirvió de nada. Palamón fue llevado a rastras hasta la estaca, donde su valor ya no podía servirle de nada: una vez apresado, tenía que permanecer allí, obligado tanto por la fuerza de las armas como por las regias del torneo.

Palamón se sentía desgraciado al no poder luchar nuevamente. Cuando Teseo vio lo sucedido, ordenó a todos los combatientes:

-Deteneos. ¡Basta! ¡Todo ha terminado! Seré un juez justo y no tomaré partido: Emilia será para Arcite de Tebas, quien ha tenido la suerte de ganarla limpiamente.

Al oír esto, la multitud prorrumpió en un grito tan estruendoso de alegría, que pareció como si los muros del recinto se fueran a derribar.

¿Qué podía hacer ya la encantadora Venus? La reina del amor sólo pudo romper a llorar de decepción, de modo que sus lágrimas cayeron sobre las lizas. Exclamó:

-Estoy desacreditada sin remedio. Pero Saturno le replicó:

[95] Allí Acteón fue devorado por su propia jauría *(Metamorfosis* II, 155 y ss., de Ovidio).
[96] En la zona del norte de África ocupada por los benimerines.

-¡Silencio, hija! Marte se ha salido con la suya, pues a su caballero le ha otorgado su favor; pero te juro que pronto te verás satisfecha.

Sonaron de nuevo las trompetas y la música, y los heraldos proclamaron y gritaron su satisfacción por el triunfo del príncipe Arcite. Pero tened paciencia conmigo y no os impacientéis, pues pronto sabréis el milagro que ocurrió.

El feroz Arcite se quitó el yelmo y cabalgó a lo largo de todo el campo de combate para mostrar su rostro. Levantó sus ojos hasta Emilia, que le devolvió la mirada con dulzura (pues las mujeres, por regla general, sienten inclinación a seguir a los favorecidos por la Fortuna). Ella constituía el deleite del corazón de Arcite. Pero del suelo surgió una Furia infernal enviada por Plutón, a petición de Saturno, y el caballo de Arcite dio un respingo, tropezó y cayó, con lo que Arcite, antes de saber qué estaba pasando, rodó de cabeza y quedó como muerto en el terreno de combate, con su pecho aplastado por el arco de su montura. Allí quedó en el suelo, con su cara ennegrecida al fluir su sangre a ella. Se le transportó penosamente desde las lizas hasta el palacio de Teseo, donde le recortaron la armadura para sacarlo de ella y ponerlo inmediatamente en la cama, todavía vivo y consciente, mientras llamaba con insistencia a Emilia.

El duque Teseo y su cortejo regresaron a la ciudad de Atenas con alegre pompa. A pesar de este accidente, no quiso que cundiera el pesimismo entre todos. Se dijo que Arcite no moriría, sino que se recuperaría de su percance. Otra cosa que complacía a todos era que nadie había resultado muerto, aunque algunos estaban malheridos, sobre todo el hombre del costillar atravesado por una lanza. Como remedios para sus heridas y brazos rotos, algunos tenían ungüentos; otros, hechizos y hierbas medicinales, en particular un brebaje de sabios que se bebía para recuperar el uso de sus extremidades. Por ello, el duque, que tenía gran habilidad para estas cosas, hizo que todo el mundo se sintiera cómodo y les rindió honores. Como correspondía, estuvo de juerga con los príncipes visitantes, durante toda la noche. Ninguno de ellos se sintió más derrotado que si hubiera estado en una justa o en un torneo. De hecho, nadie sufrió descrédito, pues una caída la puede tener cualquiera. Tampoco resulta vergonzoso para un hombre que lucha por sí mismo ser capturado por veinte caballeros y arrastrado por la fuerza hasta la estaca, sin ceder un ápice, a pesar de los puntapiés y bofetadas, mientras su caballo es alejado a palos por campesinos y muchachos. Nadie puede llamar cobardía a eso.

El duque Teseo, para poner fin a cualquier manifestación de celos o rencor, mandó proclamar que ambos bandos contendientes lo habían hecho bien y que habían estado a la misma altura como si hubieran sido hermanos. Les dio regalos de acuerdo con su rango y posición y celebró una gran fiesta que duró tres días; después proporcionó a los caballeros una honorable escolta hasta fuera de la ciudad para despedirles y desearles buen viaje. Todos regresaron a sus hogares por el camino más corto: «¡Adiós!» «¡Buena suerte!» Y todo se acabó. No voy a decir nada más de la batalla, pero volveré a referirme a Palamón y Arcite.

El pecho de Arcite se hinchó, y la herida cercana al corazón empeoró cada vez más. A pesar de todos los esfuerzos de los doctores, la sangre coagulada se iba corrompiendo y ulceraba su cuerpo. Ni el sangrar las venas, ni los tratamientos con hierbas servían de nada. La expulsión, o fuerza animal, llamada «natural» por esta función, no podía desplazar ni expeler el veneno que había en la sangre vivificante. Las venas del pulmón empezaron a hincharse. La ponzoña y la gangrena le destrozaban los músculos del pecho. No obtenía ningún provecho ni de los laxantes ni de los vómitos, aunque su vida dependía de ello. Toda aquella parte de él estaba como hecha añicos; la Naturaleza había perdido su imperio, y donde la Naturaleza no quiere trabajar, lo único que

se puede hacer es despedir al médico y llevarse el hombre a la iglesia. En pocas palabras, Arcite tenía que morir, por lo que mandó buscar a Emilia y a su querido primo Palamón, a los que habló de esta manera:

-A vos, señora, a quien más amo, el angustiado espíritu que anida en mi pecho no sabe expresaros ni en la más pequeña medida lo atroz de mi pena. Pero puesto que mi vida no puede durar ya mucho, a vos, más que a otra criatura viviente, confio el servicio de mi espíritu. ¡Oh, la pena y dolor tan violentos que he sufrido por vos durante tanto tiempo! ¡Oh, Muerte! ¡Oh, Emilia! ¡Oh, separación! ¡Oh, reina de mi corazón, esposa mía, señora de mi corazón, fin de mi vida! ¿Qué es este mundo? ¿Qué se desea tener? Un momento estás con tu amor; al siguiente, solo y sin amigos en la tumba fría. Adiós, Emilia, mi dulce enemiga. Tomadme dulcemente en vuestros brazos, por amor de Dios, y dejadme hablar.

»Por amor a vos y a causa de mis celos ha habido rencor y peleas entre mi primo Palamón y yo durante bastantes días. Pero que el sabio Júpiter dirija mi alma para hablar con la verdad y como debe ser del enamorado y de sus atributos, es decir, verdad, honor, caballerosidad, sabiduría, humildad, rango, sangre noble y franqueza, y todas las cosas que pertenecen al amor, pues como congo en que Júpiter protegió mi alma, en este momento no conozco en todo el mundo a nadie más digno de amor que Palamón, que os sirve y os servirá toda su vida. Y si alguna vez tuvierais que casaros, no os olvidéis de este hombre bueno que es Palamón.

Acababa de pronunciar estas palabras y le empezó a fallar el habla. El estertor de la muerte le subió de los pies al pecho y le venció, mientras la fuerza vital abandonaba sus brazos y se perdía totalmente. Muy pronto, la razón que seguía sola en su pecho enfermo y malherido le empezó a fallar en cuanto la muerte tocó su corazón. Sus ojos perdieron brillo y su respiración empezó a decaer, pero todavía seguía mirando a su dama. Su última palabra fue:

-¡Piedad, Emilia!

Su alma abandonó su morada y se fue a donde no sé decir, pues nunca estuve allí; prefiero callar. Las almas no entran dentro del tema de esta historia y no deseo discutir teorías acerca de ello, aunque se hayan escrito libros sobre este asunto. Arcite está muerto, que Marte cuide de su alma. Ahora hablaré de Emilia.

Emilia dio un grito; Palamón gimió; Teseo se llevó a su hermana, a punto ya de desmayarse, y la condujo lejos del cadáver de Arcite. No hace falta que alargue mi historia explicando cómo lloró día y noche. En casos semejantes, las mujeres que han perdido a sus maridos sienten la vida más profunda, y la mayor parte de ellas o sienten el duelo de esta forma o caen en una desgana que incluso llega a ocasionarles la muerte.

Por toda la ciudad no cesaban las lágrimas y las lamentaciones de jóvenes y viejos por la muerte del tebano. Hombres y muchachos lloraron por él. Realmente los lamentos que hubo cuando Héctor fue llevado a Troya, recién fallecido, no llegaron ni a la mitad de los que hubo por Árcite. ¡Qué lamentación fue aquélla! Hubo quien se arañaba las mejillas y mesaba los cabellos. Las mujeres gritaron:

-¿Por qué tuviste que morir? ¡Tenías oro suficiente, y a Emilia!

Ninguno pudo consolar a Teseo, excepto su viejo padre, Egeo, que comprendía los cambios de fortuna de este mundo por haber visto sus altibajos: la alegría tras la pena y la pena tras la felicidad. Le proporcionó ejemplos e ilustraciones.

-De la misma forma que nadie ha muerto -dijo él- sin haber vivido un tiempo sobre la tierra, del mismo modo, nadie ha vivido en este mundo sin morir más tarde o más temprano. El mundo no es sino un camino de penas que nosotros, pobres peregrinos, vamos

recorriendo de un extremo a otro. La muerte es el final de todos nuestros problemas terrenales.

Además de decirlo y repetirlo muchas veces, exhortó a la gente a que se consolase.

El duque Teseo pensó enseguida en el lugar más adecuado para construir la tumba del buen amigo Arcite y la forma de hacerla honorable y de acuerdo con el rango del muerto. Al fin llegó a la conclusión de que el mejor emplazamiento era allí donde Arcite y Palamón lucharon por primera vez entre sí por su amor. En aquel mismo bosquecillo, tan dulce y verde, donde Arcite sintió la ardiente llama del amor y deseo fisico y cantó su queja, él construiría una pira donde el funeral sería celebrado como correspondía. Entonces dio órdenes para que se talasen los viejos robles y se cortasen en forma de leños y colocaron en hileras a punto de quemar. Los oficiales se apresuraron a cumplir sus órdenes. Después Teseo mandó a buscar un féretro, sobre el que colocó el más rico paño de oro que poseía, y cubrió a Arcite con el mismo, puso guantes blancos en sus manos, una corona de verde laurel sobre su cabeza, y entre sus manos una espada afilada y reluciente. Lo situó sobre el féretro con el rostro descubierto y, entonces, se desmoronó y rompió a llorar. Cuando fue el día, y para que todo el mundo pudiera verlo, lo trasladó a palacio, que resonó con lloros y lamentos.

En aquel momento llegó el tebano Palamón con el corazón destrozado, la barba en desorden y los cabellos enmarañados y cubiertos de ceniza, vestido con ropaje negro salpicado de lágrimas; Emilia, llorando inconsolable, era la persona más triste de todos los presentes. Para dignificar y enriquecer el servicio fúnebre, el duque Teseo ordenó que fueran traídos tres caballos enjaezados con relucientes arreos, cubiertos con las armas del príncipe Arcite. En cada uno de estos grandes caballos blancos cabalgaba un jinete: uno llevaba el escudo de Arcite, otro, su lanza, y el tercero, su arco turco con el carcaj y accesorios de oro bnuïido. Se dirigieron, cabalgando, hacia el bosquecillo con los corazones sumidos en la tristeza. Los más nobles de los griegos allí presentes pusieron el féretro sobre sus hombros; luego, con los ojos enrojecidos y húmedos de llanto, lo llevaron a paso lento a través de la ciudad por su calle principal, que se hallaba completamente adomada con paños negros; de todos sus elevados edificios pendían colgaduras del mismo género. El anciano Egeo caminaba a mano derecha, con el duque Teseo al otro lado, llevando en sus manos vasijas del oro más fino llenas de miel, leche, sangre y vino. A continuación venía Palamón con una gran compañía seguido por la infeliz Emilia, que llevaba el fuego para los ritos fúnebres de costumbre.

Los preparativos de la ceremonia fúnebre y la erección de la pira se revistieron de gran solemnidad. La cúspide de la pira casi tocaba el cielo, mientras que su base se extendía en veinte codos. En primer lugar se colocaron cargas de paja, una tras otra; pero no tengo intención de describir cómo se construyó la altísima pira, cómo se talaron los árboles, ni tampoco sus nombres: robles, abeto, abedul, álamo, temblón, saúco, encina, chopo, sauce, olmo, plátano, fresno, boj, castaño, tilo, laurel, arce, espino, haya, avellano, tejo, sanguiñuelo; cómo los dioses -ninfas, faunos y hamadriades- corrían de acá para allá después de haber sido desposeídos de los hogares en los que vivían en paz y tranquilidad; cómo las bestias y los pájaros huyeron de pánico cuando se talaron los árboles; cómo el suelo, poco habituado a la luz del sol, palideció a la luz; cómo la pira tenía como base una capa de paja, seguida de una capa de tocones partidos en tres; luego seguía madera verde, especias, gemas preciosas, paño de oro, guirnaldas floridas, muy perfumadas como mirra e incienso; cómo Arcite yacía en medio de todo esto y los tesoros que había colocados a su alrededor; cómo Emilia ritualmente encendió la pira fúnebre y se desmayó al subir el fuego; lo que ella dijo o pensó; qué gamas fueron arrojadas al fuego de la pira,

Librodot

cuando las llamas habían prendido y aquélla ardía furiosamente; cómo algunos arrojaron sus escudos, otros sus lanzas, incluso otros los trajes que llevaban, así como vasos de vino, leche y sangre, a las furiosas llamas; cómo una numerosa compañía de griegos con la cara vuelta a la izquierda cabalgaron tres veces alrededor de la pira, gritando juntos y tres veces más, haciendo ruido con las lanzas; cómo las damas lloraron tres veces, y cómo Emilia fue llevada a casa; cómo Arcite fue incinerado hasta que las cenizas se enfriaron; cómo su velatorio se mantuvo durante toda la noche; cómo los griegos jugaron en los juegos fúnebres... No me interesa explicar quién luchó mejor cuerpo a cuerpo, desnudos y untados de aceite, o quién hizo la mejor demostración; no relataré ni tan sólo cómo regresaron a su casa de Atenas después de los juegos, sino que, rápidamente, iré al meollo del asunto y terminaré este cuento tan largo.

Con el tiempo, después de pasar algunos años, cesaron las lágrimas y el duelo de los griegos llegó a su fin. Parece ser ' que, de mutuo acuerdo, se reunieron en parlamento en Atenas para comentar algunos asuntos pendientes, uno de ellos el de la alianza con ciertos países y la obtención de plena lealtad por parte de los tebanos. Por dicho motivo, Teseo, sin explicarle la razón, mandó a buscar a Palamón. Al enterarse de la orden, se presentó apresuradamente, con el corazón triste y vestido de negro. Entonces Teseo mandó buscar a Emilia. Cuando todos se hubieron sentado y reinó el silencio en aquel lugar, Teseo hizo una pausa y dejó que sus ojos se pasearan por la asamblea antes de hablar con la sabiduría de su corazón. Suspiró calladamente y dio a conocer su pensamiento con expresión seria:

-Cuando el primer motor y la primera causa crearon originalmente la gran cadena del amor en el cielo, grande fue su propósito y profunda su consecuencia. Entendió todos los por-qués y por-lo-tantos cuando Él ató con la gran cadena del amor los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra, para que no se salieran de ciertos límites. Este mismo príncipe y motor-prosiguió- estableció aquí abajo, en este miserable mundo, ciertas temporadas y periodos de duración para todo lo que se engendrase sobre la faz de la tierra, más allá de cuya fecha no pudieron perdurar, aunque sí pueden abreviar fácilmente dicho periodo. No es preciso que cite a ninguna autoedad porque esto puede demostrarse por la experiencia. Sin embargo, deseo manifestar mi opinión. Por esta ley resulta evidente que este motor es inmutable y eterno. Y resulta claro para todos, salvo para el imbécil de solemnidad, que toda parte proviene de un gran todo, pues la Naturaleza no surgió de alguna porción o fragmento, sino de una inmutable perfección, descendiendo desde allí a lo que es corruptible. Y, por consiguiente, su sabia previsión había ordenado las cosas para que todas las especies y procesos de siembra y crecimiento continúen sucesivamente y no sobrevivan eternamente. Esta es la verdad: puede verse con una simple mirada. Mirad el roble que crece tan lentamente desde que empieza a germinar; como sabéis, vive hasta una verdad muy avanzada, pero finalmente muere.

»Considerad la piedra que pisamos con nuestros pies al pasar: se desgasta mientras está allí en el suelo del camino. »El ancho río, algunas veces, se seca; las grandes ciudades se ven declinar y caer. Es evidente que todas las cosas llegan a su final. Es también evidente que, en el caso de los hombres y de las mujeres, inevitablemente deben morir en uno de los periodos de edad -es decir, en la juventud o en la vejez-, algunos de ellos en la cama, otros en las profundidades del mar y otros en el campo de batalla, como sabéis; el rey igual que el paje. Es algo que no tiene remedio; todo el mundo sigue el mismo camino. Por consiguiente, digo que todas las cosas deben morir.

»¿.Quién es el que gobierna todo esto sino el majestuoso Júpiter, gobernante y causa de todo, que devuelve todo a su fuente original de la que proviene? Contra esto no hay criatura viviente que pueda luchar.

»Por ello, me parece juicioso hacer de la necesidad una virtud y aceptar lo inevitable de buen grado, sobre todo aquellas cosas que están previstas para todos nosotros. No sólo resulta inútil oponerse, sino que constituye un acto de rebelión contrariar al que gobierna todas las cosas. Y ciertamente el hombre que muere en la flor de su juventud, seguro de su buen nombre, obtiene el máximo honor, pues entonces no avergüenza ni a sus amigos ni a sí mismo. Sus amigos deben estar más contentos de su muerte si su último aliento lo ha dado con honor, que si su nombre se ha apagado con los años y se han olvidado sus gestas. Para legar un buen nombre es mejor morir cuando se está en el pináculo de la fama.

»Negar esto sería ser caprichoso. ¿Por qué debemos afligirnos o sentirnos con el corazón contrito de que Arcite, flor y prez de la caballería, haya escapado de la triste cárcel de la vida con veneración y honor? ¿Por qué deben escatimarle la felicidad tanto su primo como su esposa, aquí presentes? Él los quiso bien. ¿Les daría ahora las gracias? No, Dios bien lo sabe, de ninguna manera. Ambos ofenden tanto su espíritu como a sí mismos, sin, por ello, conseguir mayor felicidad para los dos.

»¿Qué conclusión debo extraer de este largo comentario sino aconsejar que la alegría siga a nuestra pena, agradeciendo mientras tanto a Júpiter toda su bondad? Y antes de que nos marchemos de este lugar, sugiero que de dos penas destilemos una alegría que dure eternamente. Ahora mirad: allí donde encontremos la pena más profunda, allí empezaremos la curación.

»Hermana -prosiguió-, ésta es mi opinión profundamente meditada, confirmada por el parlamento aquí presente: que debéis apiadaros del noble Palamón vuestro caballero que os ha servido con toda su alma, corazón y fuerza, desde la primera vez que le conocisteis-, y tomarle por vuestro señor y esposo[97]. Dadme la mano, pues ésta es nuestra decisión. Ahora, veamos vuestra compasión femenina. Después de todo, es el sobrino de un rey; pero, creedme, aunque no fuese más que un pobre caballero soltero, merecería consideración porque os ha servido y ha sufrido tan grandes penalidades durante tantos años por vuestra causa. Una noble compasión debe exceder a la simple justicia.

A continuación habló a Palamón:

-Creo que no hace falta insistir mucho para obtener vuestro consentimiento. Acercaos y tomad a vuestra dama de la mano.

Entonces, el Consejo reunido y los barones establecieron entre ellos la denominada unión o matrimonio. De este modo Palamón convirtió a Emilia en su esposa entre músicas y alegría. Que Dios, que ha creado el ancho mundo, les envíe su amor; se lo ganó merecidamente. Ya todo iba bien para Palamón: vivía con riquezas, salud y felicidad. Emilia le amó con tal ternura y él la sirvió con tal devoción, que nunca hubo una palabra de celos o de contrariedad entre ellos.

Así termina el cuento de Palamón y Emilia. ¡Que Dios os bendiga a todos! Amén.

[97] En la obra de Boccaccio, los esponsales se celebran unos días después del entierro de Arcite, y no transcurridos varios años.

La dama de la granja Glenwith
Wilkie Collins

I

Soy un pintor de retratos y mi experiencia en este arte, si no ha servido para más, al menos me ha permitido volcar mis habilidades en una gran variedad de usos. No sólo he pintado, fielmente, hombres, mujeres y niños sino que, también, lo hice con caballos, perros, casas y, en una ocasión, hasta con un toro, gloria y terror de la comarca y el modelo más difícil de retratar que he conocido.

El animal se llamaba, apropiadamente, "Relámpago y Trueno" y pertenecía a un caballero apellidado Garthwaite.

Como escapé de ser corneado por el toro antes de terminar mi cuadro, es, hasta ahora, difícil de entender por qué "Relámpago y Trueno" odiaba mi presencia como si considerara un insulto personal el mero hecho de quererlo retratar.

Una mañana, cuando ya tenía el cuadro a medio terminar, iba con Garthwaite camino al establo, pero nos interceptó el administrador de la Granja para informarnos que "Relámpago y Trueno" se hallaba en un pésimo estado de ánimo y que sería riesgoso para mí estar en su cercanía. Miré a Garthwaite que sonrió con aire resignado.

-No hay nada que hacer, sólo esperar hasta mañana. ¿Qué le parece si nos vamos a pescar, ya que mi toro nos da unas vacaciones?

Le respondí, con toda sinceridad, que nada conocía de pesca. Pero Garthwaite, que era un apasionado pescador, no se intimidaba ni ante la mayor de las excusas.

-Nunca es tarde para aprender -vociferó-. Haré de usted un pescador en poco tiempo, si me presta atención.

Como era imposible esgrimir más disculpas, sin riesgo de parecer descortés, acepté su invitación.

-Le llevaré al mejor arroyo que hay en la vecindad. Llegaremos pronto hasta allí.

Me daba lo mismo si llegábamos tarde o temprano y si el arroyo era de lo mejor, pero hice lo posible por ocultar mis sentimientos y traté de parecer alegre y muy ansioso de comenzar la práctica.

Cuando estuvimos frente al arroyo, mi amigo se dedicó, de inmediato, a su tarea y yo pasé dos o tres horas placenteras enganchando mi chaleco, mi sombrero, mis pantalones y mis pulgares; era como si un demonio se hubiese posesionado de mi anzuelo. Por cierto, pescamos poco. En lo que a mí respecta, creo que los peces se enganchaban solos.

Luego de un tiempo, Garthwaite comentó que ya teníamos lo suficiente y me sugirió que le siguiera a otro lugar. Nos pusimos en marcha ribera abajo.

Cuando habíamos caminado cierta distancia en silencio, bordeando el arroyo, Garthwaite dijo de repente:

-Aguarde un minuto. Tengo una idea. En vez de seguir por aquí, iremos a un lugar donde sé, por experiencia, que hay buena pesca. Y, además, le presentaré a una dama cuya apariencia será de sumo interés para usted y cuya historia, le puedo asegurar, es, aún, más extraordinaria.

-¿Puedo preguntarle por qué?

-Es una notable historia que tiene que ver con una familia arraigada en una mansión de estos alrededores. La dama se apellida Welwyn, pero los pobres de por aquí la conocen como la Dama de la Granja Glenwith. Aguarde hasta que la vea antes de pedirme que le cuente más. Vive muy sola y soy el único visitante que recibe. Un amigo mío será bienvenido a la Granja (¡recuerde el escenario de la historia!) por consideración hacia mí que nunca abusé de mi privilegio. El lugar está a sólo dos millas de aquí y el arroyo cruza a través del campo.

Mientras marchábamos, el estado de ánimo de Garthwaite se alteró hasta el punto de quedarse inusualmente silencioso y pensativo como si la mención del nombre de Welwyn le trajera recuerdos de algo. Como comprendí que hablarle de cosas cotidianas sería interrumpirle, sin sentido, sus pensamientos, caminé a su lado en completo silencio, mientras buscaba, con impaciencia, la vista de la Granja Glenwith.

Llegamos, por fin, a una vieja iglesia, levantada en las afueras de una bonita villa y, de inmediato, localizamos una puerta en medio de un muro que Garthwaite traspuso y comenzamos a seguir un sendero en dirección a una gran mansión.

Era evidente que habíamos entrado por una puerta privada y que nos acercábamos al edificio por la parte posterior. Lo observé con curiosidad y vi, en una de las ventanas de la planta baja, a una niña que parecía tener nueve o diez años, mirándonos mientras avanzábamos. No pude dejar, ni por un momento, de observarla; su cutis fresco y su larga cabellera negra eran realmente hermosos. Pero había algo en su expresión, un vacío en sus grandes ojos, una sonrisa inmutable, sin significado, en sus labios abiertos, que no parecía concordar con todo lo que era atractivo en su rostro; me sentí defraudado y aun conmovido aunque no sabía decir por qué.

Garthwaite, que marchaba pensativo, con la vista clavada en el suelo, se volvió y miró hacia donde yo miraba, se detuvo un instante y tomándome del brazo, me susurró con impaciencia.

-No comente que vimos a esa pobre criatura, cuando estemos delante de la señorita Welwyn. Más tarde le contaré por qué.

Dimos la vuelta, de prisa, hacia el frente de la casa.

Era una mansión antigua, con un parque delante y, aunque el jardín estaba cubierto de flores, algo me deprimió. Cuando mi compañero tocó una campana ruidosa, de profundo gong, el sonido me sobresaltó como si estuviésemos cometiendo un crimen al perturbar el silencio; así que cuando un viejo criado abrió la puerta, apenas pude imaginarme que seríamos recibidos. Sin embargo, fuimos admitidos sin la más leve demora y percibí, de inmediato, en el interior, la misma atmósfera de quietud que existía afuera. No había perros que ladraban nuestra llegada ni se oían sirvientes ni ninguno de los usuales ajetreos domésticos que acarrean las visitas inesperadas en el campo. El largo salón donde fuimos introducidos estaba tan solitario como el hall de entrada.

Sin decir palabra, Garthwaite se acercó a la ventana; proponiéndome no interferir, me guardé las preguntas pero lancé una mirada circular al salón para ver qué señales me proporcionaba sobre los hábitos y la personalidad de la propietaria de la casa.

Dos estantes cubiertos de libros fueron los primeros objetos que me atraparon la atención y, cuando me acerqué a ellos, me sorprendió no hallar literatura contemporánea; no había allí nada que fuere actual. Cualquier libro de los que hojeara, había sido escrito quince o veinte años antes. Todos los cuadros que colgaban de las paredes eran reproducciones de viejos maestros; lo más moderno que poseía el anaquel de música eran composiciones de Haydn y Mozart. Y todo lo que examiné, me indicó lo mismo. El

propietario de esas partituras vivía en el pasado, vivía entre viejas memorias y viejas asociaciones.

Mientras estos pensamientos cruzaban por mi mente, se abrió una puerta y apareció la dama. Por cierto, ya había desaparecido su juventud, parecía más vieja de lo que realmente era, como después descubrí.

Pero no recuerdo haber visto en otro rostro, esa permanencia de la belleza de los tempranos años, como lo vi en ella. La pena, evidentemente, había atravesado ese rostro puro y calmo que tenía delante, pero le había dejado resignación. Su expresión era, todavía, juvenil y fue sólo cuando observé su cabello que crecía blanquecino, sus manos delgadas, las tenues huellas alrededor de su boca y la triste serenidad de sus ojos, que advertí la señal de la edad; más que eso: la marca de alguna gran tristeza que se resistía a ser vencida.

Incluso desde su voz, podía advertirse que había atravesado penurias en algún momento de su vida. Y que le pusieron a prueba esa noble naturaleza indoblegable.

Se saludó con Garthwaite como si fueran hermanos y era notorio que se conocían desde muy largo tiempo.

Nuestra visita fue breve y la conversación se mantuvo en un tono general, así que el juicio sobre la señorita Welwyn lo formé, más por lo que vi que por lo que oí. Me interesó tan vivamente la mujer, que me sentía reacio a abandonar la casa, cuando nos levantamos para partir. Aunque su trato para conmigo, no pudo ser más cordial y bondadoso, percibí que le costaba cierto esfuerzo reprimir, en mi presencia, la tristeza que parecía, a menudo, aflorarle.

Tan pronto como dejamos a la señorita Welwyn, ya en camino hacia el arroyo, dentro de sus campos, le manifesté a Garthwaite que la impresión que me produjo la dama era tan honda que debía hacerle varias preguntas con respecto a ella; omití preguntarle sobre la pequeña niña que vi en la ventana trasera. El me respondió que su historia respondería a todos mis interrogantes y que comenzaría a contarla apenas estuviésemos instalados para pescar.

Marchamos unos cinco minutos hasta llegar al borde del arroyo y, mientras me permitía admirar el paisaje, Garthwaite se ocupó de los preparativos de la pesca. Luego de ordenarme que me sentara a su lado, por fin satisfizo mi curiosidad y comenzó a contar su historia, que la relataré en su propio estilo y, tanto como me sea posible, con sus propias palabras.

I I

He sido amigo de la señorita Welwyn durante mucho tiempo para jurarle la verdad de lo que, ahora, estoy a punto de contarle, tanto como que conocí a su padre y a su joven hermana Rosamund y estuve relacionado con el francés que llegó a ser su cuñado. Estas son las personas de las que le hablaré y los personajes principales de mi historia.

El padre de la señorita Welwyn murió hace unos años, pero lo recuerdo muy bien aunque nunca despertó en mí ni en nadie que lo hubiese conocido, el más leve sentimiento de interés. Cuando le digo que recibió de su padre una fortuna muy grande, ganada a través de especulaciones riesgosas y afortunadas, que compró una mansión con el objeto de elevar su posición social, sospecho que le estoy diciendo tanto acerca de él como a usted le interesaría oír.

Era un hombre bastante vulgar, sin grandes virtudes y sin grandes vicios. Cuando le enumero que tenía un pequeño corazón, una mente débil, un temperamento cordial, una

talla alta y un rostro agradable, le digo más de lo que necesita decirse sobre la personalidad de Welwyn.

Debo haber visto muy a menudo, cuando era pequeño, a la señora Welwyn, pero no le puedo decir que la recuerde, salvo que era alta, buena moza y muy generosa y llena de bondad cuando estaba en su compañía. Superior a su esposo en todo; era gran lectora de libros en varios idiomas y su talento musical se lo recuerda todavía en las fincas rurales de la región.

Oí que sus amigos se sintieron defraudados cuando se casó con Welwyn, rico y todo como era; y, luego, se sintieron sorprendidos de que preservara, al menos, la apariencia de ser perfectamente feliz con su esposo, quien, por cerebro y por corazón, no era digno de ella.

La mayoría supuso (y creo correctamente) que ella halló su gran felicidad y su gran consuelo en su pequeña hija Ida, la dama de la cual, hace un momento, nos separamos.

Desde los primeros pasos, la niña se pareció a su madre, heredando su gusto por los libros, su amor por la música y, por sobre todo, su serena firmeza, paciencia y bondad; desde los primeros años de Ida, la señora Welwyn se encargó de su educación. Era raro verlas separadas y los vecinos y amigos comentaban que la niña tenía una maestra esmerada, cosa no muy común entre los otros niños que, solamente, alcanzaban una enseñanza práctica; también decían que su imaginación, de la que poseía más que una buena parte, era demasiado estimulada.

Existía alguna verdad en esto; y habría sido más si Ida hubiera tenido una personalidad común o se le hubiese reservado un destino vulgar. Pero, desde el principio, fue una niña extraña y le estaba reservado un destino, también, extraño.

Cuando Ida alcanzó los once años, era la única niña de la familia pero, poco después de su cumpleaños, nació su hermana Rosamund. Aunque la señora Welwyn quería un hijo, todos, sin lugar a dudas, se sintieron complacidos con la llegada de esta segunda hija, pero toda esa felicidad se convirtió en tristeza, cuando pocos meses después, la señora Welwyn falleció.

El señor Welwyn, que estaba realmente enamorado de ella y que sufrió tanto como un hombre puede sufrir, no fue lo suficientemente fuerte como para permanecer en el lecho de muerte de su esposa, así que las últimas palabras de la mujer no fueron pronunciadas a su esposo sino a su niña, quien, desde el comienzo de la enfermedad, permaneció con ella, hablándole esporádicamente, sin mostrar nunca temor ni pena, salvo cuando se hallaba lejos de su vista.

Cuando falleció y el señor Welwyn, incapaz de hacer acto de presencia en la casa mortuoria a tiempo para el funeral de su esposa, dejó el hogar y se fue a vivir con uno de sus parientes, en un lugar distante de Inglaterra, Ida, a quien él quiso llevar consigo, solicitó quedarse.

"Antes de morir, le prometí a mamá que sería tan buena para mi pequeña hermana Rosamund como ella fue para conmigo" dijo, con simpleza, la niña. "Ella me pidió, a cambio, que me quedara y asistiera a su entierro".

Sucedió que se hallaban presentes un amigo de la señora y un viejo criado de la familia, que comprendieron a Ida mucho más que su propio padre y le persuadieron de que no se la llevara.

He oído a mi madre comentar que el aspecto de la niña en los funerales fue algo que no podía recordar sin que las lágrimas vinieran a sus ojos y no lo pudo olvidar hasta el último día de su vida. Me veo acompañando a mi madre, de visita a la vieja casa. Era un verano que estaba de vacaciones. Como era una mañana radiante y no había nadie en el

interior, caminamos por el jardín. Cuando nos acercamos al parque, vi, en primer término, a una joven vestida de negro que leía, sentada en un banco; luego, una pequeña, también de luto, que se movía lentamente sobre el césped hacia nosotros, llevando consigo a un bebé al que trataba de enseñarle a caminar.

Me miró, era tan niña para ocuparse de esos menesteres, que me detuve preguntándole a mi madre quién era. La respuesta fue la triste historia que le acabo de referir.

Hacía tres meses del entierro de la señora Welwyn y, de un modo infantil, Ida intentaba, como había prometido, ocupar el lugar de su madre en la vida de su pequeña hermana. Le menciono sólo este simple incidente porque es necesario, antes de continuar, que usted conozca en qué estrecha relación se manejaron las hermanas, desde un principio.

De todas las últimas palabras que la señora Welwyn le comunicara a su hija, ninguna fue tan a menudo repetida como aquellas que le encomendaban el amor y el cuidado hacia la pequeña Rosamund.

Para algunas personas, la confianza que la moribunda depositó en una niña de escasos once años, era una prueba de ese deseo desvalido que se adhiere como consuelo ante la impotencia que provoca la llegada de la muerte. Y la confianza no fue defraudada. Toda su existencia futura fue una noble prueba de que ella era acreedora a esa fe de la moribunda. En esa simple escena que le narré, está reflejada la nueva vida de las dos hermanas.

Pasó el tiempo, dejé la escuela, viajé a Alemania y permanecí allí algunos años para estudiar el idioma. En cada intervalo, regresaba a mi hogar y preguntaba por los Welwyn; la respuesta era siempre la misma. Que el señor Welwyn se divertía ofreciendo recepciones y que sus dos hijas nunca se separaban; que Ida seguía siendo la misma muchacha extraña y serena que siempre había sido y que continuaba actuando como madre para Rosamund.

Fui ocasionalmente a la Granja, cuando andaba por los alrededores, y pude comprobar la exactitud del género de vida que me habían pintado. Cuando Rosamund tenía cuatro o cinco años, Ida parecía más su madre que su hermana. Era paciente en sus lecciones, ansiosa por ocultar cualquier fatiga que pudiese sobrevenirle en su compañía, orgullosa cuando la belleza de Rosamund era advertida y tan presta a conocer y atender todo lo que Rosamund hacía o decía, que era diferente a cualquier hermana mayor.

Recuerdo cuando Rosamund se acercaba a su condición de mujer y estaba de gran ánimo con la idea de pasar algún tiempo en Londres. Era muy hermosa para esa época, mucho más elegante que Ida y, aunque todos en la comarca la conocían, pocos de los que admiraban su danza, su canto, sus pinturas y que se deleitaban al saber que ella hablaba francés y alemán, estaban al tanto de lo mucho que ella le debía, no a sus maestros sino a su hermana mayor. Fue Ida quien realmente encontró la manera de enseñarle y quien le ayudaba en todas sus dificultades.

Aunque Rosamund no era desagradecida, había heredado mucho del carácter de su padre y llegó a estar tan acostumbrada a deberle todo a su hermana que, nunca, apreció como correspondía, el profundo amor del que era objeto y, cuando Ida rechazó dos buenas propuestas de matrimonio, Rosamund se sintió más sorprendida que nadie, asombrándose de que su hermana deseara permanecer soltera.

Cuando se concretó el viaje a Londres, del que le hablé, Ida acompañó a su padre y a su hermana, aunque si hubiera sido por ella, no habría ido; pero Rosamund manifestó que se sentiría perdida e indefensa en la ciudad, sin su presencia.

Librodot

Ida estaba siempre dispuesta a hacer lo que fuera por ella, así que fue a Londres, encantada de admirar todos los pequeños triunfos logrados por su belleza, oyendo sin cansarse lo que decían de su Rosamund.

Al final del verano, el señor Welwyn y sus hijas regresaron por un corto tiempo al campo, luego dejaron la casa para pasar el último período del otoño y el comienzo del invierno en París. Llevaron excelentes cartas de presentación y frecuentaron una muestra importante de la mejor sociedad parisina. En una de las primeras fiestas a las que concurrieron, toda la conversación recayó sobre la conducta de un cierto noble francés, el Barón Franval, que volvía a su país natal luego de una prolongada ausencia, acontecimiento que absorbía la atención de todos los presentes. Un amigo les refirió al señor Welwyn y a sus hijas quién era Franval.

El Barón, que heredara muy poco de su padre, salvo su alto rango, se encontró, a la muerte de su progenitor, que él y sus dos hermanas solteras tenían escasamente para vivir. Era, entonces, un joven de veintitrés años que al serle imposible obtener una ocupación, decidió abandonar Francia y dedicarse al comercio. Como se le ofreció, inesperadamente, una oportunidad, dejó a sus hermanas al cuidado de un viejo pariente de la familia en su castillo de Normandía y zarpó a las Indias Occidentales; extendió más tarde sus viajes por toda Sudamérica.

Después de quince años de ausencia, regresaba a Francia con una gran fortuna; su espíritu independiente y su generosa devoción por el honor familiar y la felicidad de sus hermanas, eran admirados por todos, aun antes de su arribo a París.

Los Welwyn oyeron la historia con mucho interés; Rosamund, que era muy romántica, se sintió atraída por ella y comentó que estaba ansiosa por conocer al Barón.

Franval llegó a París, le fue presentado a los Welwyn, se encontró asiduamente con ellos, no causó buena impresión en Ida pero se ganó el cariño de Rosamund desde el principio y fue recibido con tan alta aprobación por su padre que, cuando insinuó visitar Inglaterra en primavera, fue invitado cordialmente a pasar algún tiempo en la Granja Glenwith.

Llegué de Alemania para la época en que los Welwyn retornaban de París y, de inmediato, me propuse reanudar mi amistad con la familia. Sentía mucho cariño por Ida, oí la historia del Barón y, cuando me lo presentaron, me produjo una impresión tan desfavorable como la que le produjera a ella.

No podría decir por qué me disgustaba; era, en realidad, un hombre educado y cantaba notablemente bien. Estas dos cualidades eran más que suficientes para atraer a una muchacha del temperamento de Rosamund y jamás me sorprendió que él lograra sus favores.

También contaba con la aceptación del padre, porque el Barón era un excelente jinete y como hablaba correctamente inglés y tendía a imitar los usos y costumbres del país, el señor Welwyn entendía que semejante caballero era digno de consideración.

Le digo que me disgustaba sin poder darle una razón de mi disgusto. Aunque siempre era muy cortés conmigo y, a menudo, cabalgábamos juntos y nos sentábamos a la mesa muy cerca uno del otro, nunca pude llegar a ser su amigo. Siempre me dio la impresión de un hombre que tenía alguna reserva mental aun cuando expresara las cosas más triviales y, de continuo, tenía un dominio de sí que parecía acompañar sus palabras más frívolas. Esto, no obstante, no era motivo para mi secreta antipatía.

Ida me lo dijo, recuerdo, cuando le confesé mis sentimientos hacia el Barón y trató, en la intimidad, de referirme lo que ella pensaba. No quiso oponerse a la elección de

Rosamund y asistía al crecimiento de esa relación con un temor que trataba en vano de ocultar.

Hasta su padre se dio cuenta de que ella no era feliz y comenzó a sospechar el motivo. Recuerdo que bromeó, con toda la irreflexión de un hombre necio, comentando que Ida siempre se celaba desde niña si su hermana miraba a alguien que no fuera ella misma.

El verano comenzó a suplantar a la primavera, Franval visitó Londres y regresó a la Granja. Demoró su partida a Francia y, al fin, se le declaró a Rosamund y fue aceptado. Dada su posición, los arreglos de todo lo concerniente a la boda parecieron ser muy satisfactorios.

El único rostro triste en la Granja era el de Ida. Por un momento, fue penoso para ella ocupar el segundo lugar en el corazón de su hermana, pero el disgusto secreto y la desconfianza que sentía hacia Franval, ante la idea de que, pronto, sería el esposo de su hermana, la llenó de un vago sentimiento de temor que no podía explicarse y que, además, debía mantener oculto. Una sola cosa la consolaba: Rosamund y ella no se separarían. Sabía que el Barón sentía, íntimamente hacia ella, la misma aversión; intuía que cuando fuera a vivir con su cuñado, tendría que decir adiós a la porción más feliz y espléndida de su vida, pero debido a la promesa que le había hecho años atrás a su madre, nunca dudó y cuando Rosamund le comentó que deseaba que fuera a vivir con ella para que la ayudase, aceptó.

El Barón era demasiado educado como hombre para parecer molesto cuando se enteró de estos arreglos. Y así fue como quedó convenido, desde un principio, que Ida iría a vivir con su hermana.

III

La boda se llevó a cabo en verano y los novios pasaron su luna de miel en Cumberland. Cuando regresaron a la Granja, se habló de una visita a las hermanas del Barón en Normandía, pero esta tuvo que ser aplazada a último momento por el repentino fallecimiento del señor Welwyn.

Aunque la visita fue sólo propuesta, cuando llegó la fecha de efectuarla, el Barón fue renuente a dejar la Granja, porque no quiso abandonar la temporada de caza.

Cada vez, parecía menos inclinado, a medida que pasaba el tiempo, a ir a Normandía y escribía excusas tras excusas a sus hermanas cuando llegaban las cartas urgiéndole a cumplir la prometida visita.

En invierno, comentó que no permitiría que su esposa se arriesgara a un largo viaje; en primavera, que su salud no era muy buena; y en el verano próximo, que ya no era posible porque la Baronesa esperaba ser madre.

Esas fueron las excusas que Franval les enviaba a sus hermanas en Francia.

El matrimonio fue, en el más estricto sentido del término, feliz ya que el Barón, aunque nunca perdió la extraña reserva de sus modales, era en un estilo peculiar y sereno, el más afectuoso y atento de los maridos. Iba, en ocasiones, a la ciudad por sus negocios, pero parecía dichoso de retornar a la Baronesa; era cortés con su cuñada y se conducía con deferente hospitalidad hacia todos los amigos de los Welwyn.

En síntesis, justificaba ampliamente la buena opinión que Rosamund y su padre se formaran de él cuando le conocieron en París.

Ni siquiera estas cualidades de su carácter tranquilizaron por entero a Ida y aunque los meses se sucedieron placenteros, esa secreta tristeza, esa aprensión irracional sobre la situación de Rosamund, pendía pesadamente sobre su hermana.

Al comienzo de los meses de verano, sucedió un pequeño inconveniente doméstico, que le indicó a la Baronesa por primera vez, que el temperamento de su esposo podía ser afectado seriamente por la más leve tontería. El Barón tenía el hábito de recibir dos periódicos franceses, uno publicado en Burdeos y el otro en el Havre y siempre los abría en cuanto llegaban, leía por unos minutos con profunda atención una columna en particular de cada uno de ellos y luego, como distraídamente, los arrojaba al cesto de papeles.

Su esposa y su cuñada, en los primeros tiempos, se sorprendieron del modo en que los leía, pero no le dieron más importancia al hecho cuando les explicó que los recibía para consultar las noticias comerciales de Francia, que podían, esporádicamente, ser de interés para él.

Estos periódicos se editaban semanalmente. En la ocasión a la que me refiero, el periódico de Burdeos llegó puntualmente como siempre, pero el del Havre no apareció. Esta circunstancia banal afectó seriamente al Barón que escribió, de inmediato, a la oficina de correos y al corresponsal del periódico en Londres.

Cuando su esposa, sorprendida por su intranquilidad, trató de cambiarle su malhumor, bromeando acerca del periódico extraviado, él le respondió con las palabras más duras que ella le había oído. Y, para ese tiempo, ella ya no estaba en condiciones de recibir expresiones hostiles de nadie y menos de su esposo.

Pasaron dos días sin que recibiera respuesta a su reclamo y, en la tarde del tercer día, el Barón cabalgó hasta la oficina de correos para averiguar.

Una hora después de su partida, un caballero desconocido llegó a la Granja y pre-

guntó por la Baronesa. Al ser notificado que ella no se sentía en condiciones de recibir visitas, le envió un mensaje donde le transmitía que su presencia era de suma importancia y que aguardaría abajo, por una segunda respuesta.

Cuando recibió este mensaje, Rosamund recurrió, como siempre, al consejo de su hermana mayor y esta fue, de inmediato, a entrevistarse con el extraño.

Lo que estoy capacitado de referirle acerca de esa extraordinaria entrevista y de los terribles acontecimientos posteriores, lo he oído de los propios labios de la señorita Welwyn.

Ella se encontraba nerviosa cuando entró al salón; el desconocido la saludó con cortesía y le preguntó, con acento extranjero, si era la Baronesa. Ida le corrigió y le expresó que velaba por todos los asuntos de su hermana, agregando que si la entrevista concernía a las cuestiones de su cuñado, este no se hallaba en ese momento en la casa.

El extranjero le respondió que estaba enterado de ello cuando arribó y que la visita ingrata que lo traía no debía ser confiada al Barón, al menos por ahora.

Cuando le preguntó por qué, le dijo que él estaba allí para explicarle, expresándole que se sentía muy aliviado de poder confesarle este asunto a ella, que estaría mejor preparada que su hermana para las malas noticias que, infortunadamente, se veía obligado a traer.

El repentino desfallecimiento que le sobrevino cuando escuchó estas palabras, le impidió responder. El extranjero sirvió un poco de agua de una botella, que estaba sobre la mesa, y le dio a beber, interrogándola sobre si se sentía con fuerzas para oír lo que tenía que confiarle.

Extrajo de su bolsillo un periódico extranjero, mientras le explicaba que era un agente secreto de la policía francesa y que el periódico era el "Havre Journal" de la semana pasada; había evitado que se le enviara al Barón como siempre. Lo abrió y le pidió

que leyera ciertas líneas que le darían una pista del asunto por el cual estaba allí, señalándole la parte mientras le hablaba.

Las líneas en cuestión se referían a "entradas de barcos" y decían: "arribó el 'Berenice' desde San Francisco con un valioso cargamento de pieles. Trae un solo pasajero, el Barón Franval, del Castillo Franval, en Normandía". Cuando la señorita Welwyn leyó esto, su corazón se paralizó y comenzó a temblar aunque era una tarde calurosa de junio. El visitante le dio a beber más agua y le preguntó cordialmente si tenía valor para escucharle, se sentó y volvió a referirse al periódico; cada palabra que él pronunció, se le grabó, para siempre, en su memoria y en su corazón.

-No hay ningún error -le dijo- acerca del nombre que figura en esa línea que ha leído y es tan cierto como que nosotros estamos aquí, que hay un solo Barón Franval con vida. La cuestión es cuál de los dos es el verdadero

Barón, el pasajero del "Berenice" o el esposo de su hermana. Las señoras del Castillo no le creyeron al pasajero que arribó a el Havre la última semana, cuando les dijo que él era el Barón, así que la policía fue notificada y, de inmediato, salí de París. No perdimos tiempo en interrogar al hombre. Estaba extremadamente furioso. Encontramos que tenía un extraordinario parecido con el Barón y que estaba familiarizado con las personas y los lugares cercanos al Castillo; entonces, le hablamos a las autoridades locales y examinamos en secreto los prontuarios de personajes sospechosos. Uno de estos decía lo siguiente: "Héctor Augusto Mombrum, hijo de un respetable propietario de Normandía, bien educado, buenos modales; en malas relaciones con su familia. Carácter intrépido, astuto, inescrupuloso, aplomado. Puede ser reconocido fácilmente por su parecido con el Barón Franval. Condenado a veinte años por robo".

La señorita Welwyn notó que el hombre la observaba para ver si podía seguir escuchándole. Este le preguntó, no sin cierta alarma, si quería que le sirviera más agua. Ida sólo atinó a negar con su cabeza. El hombre sacó un segundo papel de un anotador.

La próxima entrada, bajo el mismo nombre, era de cuatro años más tarde y decía así: "Héctor Augusto Mombrum, condenado a cadena perpetua por asesinato y otros delitos. Escapó en Tolón. Se sabe que se dejó crecer la barba y usa su cabello largo con la intención de que sea imposible descubrirlo por aquellos que pueden dar aviso en su provincia natal al reconocerle su parecido con el Barón Franval". Había otros detalles agregados, pero ninguno de gran importancia.

-De inmediato, examinamos al supuesto impostor -explicó el agente francés-. Sabíamos que si él era Mombrum, encontraríamos en su hombro las letras "T.F." que significan "Trabajos Forzados". Como no hallamos nada, intercepté los números del "Havre Journal" de esa semana que iba a ser enviado al corresponsal de Londres. Llegué al Havre el sábado y, de inmediato, me llegué hasta aquí.

Continuó hablando, pero ya la señorita Welwyn dejó de escucharle.

Su primera sensación, al retornarle la conciencia, fue el agua sobre su rostro y observó que todas las ventanas del salón estaban abiertas para que le llegara aire y que ella y el hombre aún seguían solos.

En un primer instante, ella lo desconoció, pero de inmediato, le vinieron a la mente las crueles realidades que le habían llevado hasta allí y después de disculparse por no haber pedido ayuda cuando ella se desmayó, le dijo que era vital que nadie en la casa, durante la ausencia de Franval, imaginara que algo anormal estaba sucediendo. Agregó que no aumentaría su angustia refiriéndole más, dejaría que se recobrara para considerar cuál era la mejor forma de tratarlo con la Baronesa; él regresaría a la casa, en secreto, entre las ocho y nueve de esa noche, listo para actuar cuando la señorita Welwyn lo

deseara y darle a ella y a su hermana la ayuda y protección que pudieran necesitar. Luego de manifestar estas palabras, inclinó su cabeza y, en silencio, abandonó la habitación.

En los primeros minutos, penosos cuando se quedó sola, Ida permaneció sentada, indefensa y sin habla. Después, una clase de instinto le pareció decirle que debía ocultar esas noticias espantosas a su hermana, tanto como le fuera posible. Corrió a las habitaciones de Rosamund y le comentó, a través de la puerta (ya que no confiaba en arriesgarse ante la presencia de su hermana) que el visitante había venido por unos asuntos legales del padre y que se iba a encerrar para escribir unas cartas extensas acerca de ello. Cuando entró en su propio cuarto, no tuvo conciencia de cuánto tiempo pasó sintiéndose vacía, salvo por una esperanza desvalida de que la policía francesa estuviese cometiendo algún error.

Un poco después del crepúsculo, oyó llover. El ruido de la lluvia y la frescura que trajo en el aire, pareció despertarla de un pavoroso sueño y, al retornar su razón, se sintió aterrorizada cuando el recuerdo de Rosamund vino a ella; su memoria regresó al día del fallecimiento de su madre y a la promesa que hiciera en su lecho de muerte. Estalló en lágrimas que la desgarraron, luego oyó los cascos de un caballo y supo que su cuñado había vuelto; abandonó, entonces, el cuarto y fue hacia el de su hermana.

Por fortuna, la habitación de su hermana estaba escasamente iluminada. Antes de que pudieran intercambiar dos palabras, Franval, al que se le veía muy irritado, entró diciendo que había esperado el arribo del correo y el periódico no vino en él; que se hallaba empapado y creía haberse resfriado. Su esposa le sugirió alguna medicina, pero él la interrumpió rudamente diciéndole que no quería ningún remedio, sólo irse a la cama. Y las abandonó sin decir otra palabra.

Rosamund se llevó un pañuelo a los ojos.

-Cómo ha cambiado -le dijo, suavemente, a su hermana.

Estuvieron en silencio por más de media hora hasta que Rosamund se levantó para ir a ver cómo estaba su esposo. Regresó explicando que dormía y que esperaba se despertara bien en la mañana.

El reloj dio las nueve. Ida, al oír los pasos del criado en la escalera, se reunió con él para recibir la noticia de que el policía la esperaba abajo.

Cuando él le preguntó si ella le había comentado algo a su hermana o si había pensado algún plan de acción, le contestó negativamente y le contó que el Barón había regresado a la casa, cansado y enfermo y se había ido a dormir.

El agente, con ansiedad, le susurró si ella sabía que se hallaba solo y durmiendo. Al recibir su respuesta, le dijo que debía ir a su habitación, de inmediato.

De nuevo, se sintió desfallecer, pero él le explicó que si no utilizaba esta oportunidad inesperada, podía tener resultados fatales. Le recordó que si el Barón era, en realidad, Mombrum, la sociedad le reclamaba y, también la justicia, y que si no lo era, el plan para llegar, de inmediato, a la verdad defendería a un inocente de sospechas y al mismo tiempo le ahorraría al Barón el hecho de saberse sospechado.

Este último argumento surtió efecto sobre la señorita Welwyn. La débil esperanza de que las autoridades francesas estuvieran en un error, le permitió al agente seguirla al piso superior, donde le señaló la puerta. El tomó la lámpara de su mano, abrió con suavidad y entró al cuarto, dejando la puerta abierta.

Ida miró a través de la puerta y vio que Franval yacía de costado, sumido en un

profundo sueño, con su espalda vuelta hacia ellos. En silencio, el agente colocó la lámpara sobre una pequeña mesa de lectura, apartó un poco las ropas de cama, tomó un par de tijeras y con mucha suavidad y lentitud, comenzó a cortar la porción de camisón

que le cubría los hombros. Cuando la parte superior de su espalda quedó descubierta, el agente tomó la lámpara y la mantuvo cerca de su piel.

La señorita Welwyn le oyó exclamar algo por lo bajo, luego se volvió hacia donde ella estaba y le hizo una señal para que se acercara. Ida se acercó a la cama y miró hacia donde le indicaba. Allí, muy visible a la luz de la lámpara, se hallaban las letras "T.F." sobre el hombro.

Aunque no pudo moverse ni hablar, el horror de este descubrimiento no le hizo perder, de nuevo, el sentido y observó cómo el agente extendía las ropas de cama y retiraba las tijeras. Percibió que él la sacaba rápidamente del dormitorio y la ayudaba a llegar a la planta baja.

Cuando estuvieron, otra vez, solos, le dijo, por primera vez con muestras de agitación.

-Ahora, señora, por amor de Dios, sea valiente y déjese guiar por mí. Usted y su hermana deben abandonar la casa de inmediato. ¿No tienen algún familiar en los alrededores donde puedan refugiarse?

-No tenían.

-¿Cuál es el pueblo más cercano donde puedan pasar la noche?

Era Harleybrook.

-¿A qué distancia está? Doce millas.

-Es mejor que tomen un carruaje enseguida, con la menor demora posible -comentó.- Déjeme que yo pase aquí la noche. Me comunicaré con usted por la mañana en el hotel principal. ¿Puede realizar estos preparativos con el criado, si yo le llamo y usted le dice que debe obedecer mis órdenes?

El sirviente recibió sus indicaciones, salió con el agente para vigilar que el carruaje se preparase rápida y silenciosamente y la señorita Welwyn subió a ver a su hermana.

Cómo las noticias terribles destrozaron a Rosamund, no puedo relatarlo. Ida no me lo contó ni le dijo nunca a nadie lo que sucedió entre ella y su hermana esa noche.

No le puedo describir el shock que ambas mujeres sufrieron, excepto que la más joven y débil murió a causa de ello; que la mayor y más fuerte nunca se ha recobrado ni se recobrará.

Rosamund murió muy poco después del nacimiento de su hija, pero la niña nació con vida y vive aún. Usted la vio en la ventana cuando llegamos y yo le sorprendí, me atrevo a creerlo, al rogarle que no le hablara de ella a la señorita Welwyn. También habrá notado un vacío en la expresión de la niña y temo creer que su mente también está vacía.

Seguramente, querrá saber qué sucedió en la Granja Glenwith, luego que las dos hermanas partieron. He leído la carta que el agente de la policía envió a Ida a la mañana siguiente; y haciendo memoria, le relataré todo lo que desea conocer.

Primero, sobre el pasado de Mombrum, debo decirle que era el preso fugado; por largos años, había burlado a la policía de toda Europa y América. Aunque tuvo éxito en el robo de fuertes sumas de dinero, habría sido capturado, al regresar a Francia, si no hubiese contado con la fortuna de hacerles creer a todos que era el Barón Franval. Si el Barón Franval hubiera muerto en el exterior, tenía todas las probabilidades de no haber sido descubierto jamás.

Además de su extraordinario parecido con el Barón, tenía todo lo que se necesitaba para llevar a cabo su engaño. Aunque sus padres no eran ricos, había recibido buena educación y sus primeros años los había pasado en las proximidades del Castillo de Franval. Conocía cómo vivía el Barón, había residido en el país hacia donde el Barón emigrara, le era fácil referirse a personas y lugares que estaban relacionados con el Barón

y, por último, tenía la excusa de haber pasado quince años en el exterior, si deslizaba algún ligero error ante sus "hermanas". No es necesario que le diga que el auténtico Barón fue acogido de inmediato, y recibido con todos los honores por su familia.

De acuerdo al propio relato de Mombrum, se había casado con la pobre Rosamund, puramente por amor. La delicada e inocente muchacha le había encandilado y la vida serena y fácil en la Granja le complacía, por contrastar con su existencia peligrosa del pasado. Lo que hubiera sucedido si él se hubiese cansado de su esposa y de su hogar inglés, no lo sabemos. Lo que aconteció la mañana siguiente a la partida de su esposa y su cuñada, se puede contar en pocas palabras.

Tan pronto como los ojos de Mombrum se abrieron, se encontraron con el policía sentado muy cerca de su cama, con una pistola en su mano. Supo, de inmediato, que había sido descubierto pero ni por un instante perdió la compostura, por la que era famoso.

Declaró que deseaba cinco minutos para considerar seriamente si resistiría a las autoridades francesas en tierra inglesa y así ganar tiempo, obligando a un gobierno a solicitar la extradición al otro o si aceptaría los términos oficialmente ofrecidos por el agente, si permitía ser arrestado en secreto.

Eligió la última opción; se pensó que elegía esta porque supuso que podría escapar cuando se le antojara. Cualesquiera que fueran sus motivos, dejó que el agente le sacara, apaciblemente, de la Granja.

No pasó mucho tiempo sin que su suerte le sorprendiera, porque trató de escapar de nuevo y, como se aguardaba que lo hiciera, fue baleado mientras hacía el intento. Recuerdo haber oído que la bala le entró por la cabeza y lo mató en el acto.

Finalizó mi relato. Hace diez años que Rosamund fue enterrada y hace diez años que la señorita Welwyn regresó a ser un solitario habitante de la Granja Glenwith. Ahora vive exclusivamente en el pasado. No hay un solo objeto en la casa que no le recuerde a su madre, cuyos últimos deseos vivió para obedecer.

Aquellos cuadros que usted observó, en las paredes de la biblioteca, eran de Rosamund, los libros de música son los mismos que ella y su madre ejecutaban en las tardes silenciosas de verano. Ella no tiene nada que la ate al presente, salvo la pobre criatura cuya aflicción es el consuelo constante que la ilumina, y la gente del campo que la rodea, cuyas necesidades está siempre dispuesta a socorrer.

Tarde o temprano, las noticias sobre sus limosnas llegan hasta nosotros y es muy amada en todos los hogares humildes.

No hay ningún hombre pobre, no sólo en esta villa, sino también muchas millas más allá, que no lo recibirá a usted como se recibe a un viejo amigo, si le dice que conoce a la Dama de la Granja Glenwith.